

En este número:

¿Cuál es el forward al que temen más nuestros arqueros?

"Esa noche, apenas aquel hombre se ubicó a su lado, Matilde hizo desesperados esfuerzos por regular su andar, hacerlo indolente, con ese ritmo característico que había visto en tantas parejas. No podía. No sabía hacerlo. Los pies se resistían al andar lento, a ese andar nunca ensayado. Estaban acostumbrados a una marcha acelerada, rapidísima. Esta contrariedad habíala puesto sumamente nerviosa."

De la novela corta de ambiente nacional

LA FEA

De ALFREDO ESPINOSA

Mundo Argentino

20 centavos en toda la República

Año XXIII - N° 1169
JUNIO 14 de 1933

El ESPEJO *de la* OPINION PUBLICA *en el* PAIS *y en el* EXTRANJERO

El BALANCE *de la* POLITICA MUNDIAL

(1) El doctor Julio A. Roca ha vuelto de su misión a Londres después de concertar con los estadistas británicos un convenio angloargentino que mitiga las restricciones impuestas a nuestras carnes en Ottawa, y la ganadería nacional abriga la esperanza de que ese **convenio pueda significar una mejora en la situación.**

(2) **El nudo gordiano de la Conferencia del Desarme está a punto de ceder bajo el filo de la espada de la sinceridad manifestada en las respuestas de la mayoría de las naciones al histórico mensaje de Roosevelt,** liberando al contribuyente de las enormes cargas que significan los presupuestos del ejército y la marina.

(3) **Los Estados Unidos,** al abandonar **el patrón oro para facilitar el pago de las deudas y aumentar el circulante,** se unen a la nutrida compañía de los países que ya han apelado a este recurso.

(4) Las severas medidas contempladas en materia aduanera por el gobierno británico han sido, en parte, compensadas por los esfuerzos conciliatorios de las cancillerías, y, **actualmente, el mundo mira con más optimismo la actividad británica.**

(5) Las actividades desplegadas por Mac Donald en sus viajes a Roma y Wáshington, consiguieron un claro pronunciamiento de parte de Mussolini y Roosevelt a favor de una cooperación internacional efectiva, lo cual **ha inyectado nueva vida a las conferencias mundiales que a raíz de ello han entrado en una nueva fase.**

(6) **El presidente Roosevelt es un convencido que las tarifas aduaneras que se implantaron en la Unión durante la presidencia de Hoover, han sido de un efecto desastroso para el comercio de la Unión, y ya ha entablado negociaciones con varios países para volver a las condiciones que antes regían.**



1 REPUBLICA ARGENTINA

Juan Pueblo. — A ver si áhura engordan las siete vacas flacas que nos daban tanta miseria.



2 EL DESARME

El único sable que hace falta. (De "Dallas News")



3 ESTADOS UNIDOS Y EL PATRON ORO

El bebé abandonado. (De "Morning Post")



4 INGLATERRA

El mundo. — ¿Es ésta la muralla aduanera de la Gran Bretaña? ¿Por dónde pasaré mis mercaderías?
Runciman. — ¡Por aquí! (De "Punch")



5 LAS CONFERENCIAS INTERNACIONALES

Opinión pública. — ¡Vamos! ¡Despiértense! Ahora queremos acción. (De "Morning Post")



6 LAS TARIFAS

El nuevo limpiador.



Mundo Argentino

SEMANARIO POPULAR ILUSTRADO

APARECE LOS MIERCOLES

EDITADO POR LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN: RÍO DE JANEIRO 300 - U. T. 60, CAB. 1020 AL 1029



FUNDADOR ALBERTO M. HAYNES

AÑO XXIII — BUENOS AIRES, JUNIO 14 DE 1933 — Nº 1169

La crisis en la Argentina y la CONFERENCIA ECONOMICA MUNDIAL

AUNQUE no comulguemos con las teorías de Henry George sobre el impuesto único, debemos reconocer con él que la base de toda riqueza es el suelo, vale decir, los productos de la tierra.

En un país agrícola como el nuestro, esta afirmación la comprende todo el mundo, pero hay países en que muchos no lo entienden así debido a la enorme cantidad de energía y capital que se invierte en industrias subsidiarias, que llegan a constituir, en ciertos distritos, la principal actividad de los habitantes.

Todos concederán que la baja excesiva de los precios es la causa más seria y palpable del malestar económico. Pero, ¿dónde empezó esa baja? Aclarando este punto se estará en buena vía de hallar una solución de todo el problema, porque si la baja en el precio de un producto ha influenciado a los demás, es de presumirse que remediando la situación de aquel producto, los demás se verán arrastrados en el sentido inverso a lo que pasó en ocasión de la baja.

EMPEZANDO POR EL PRINCIPIO

El postulado de que la base de toda riqueza es el suelo, halla amplia confirmación al analizar los hechos.

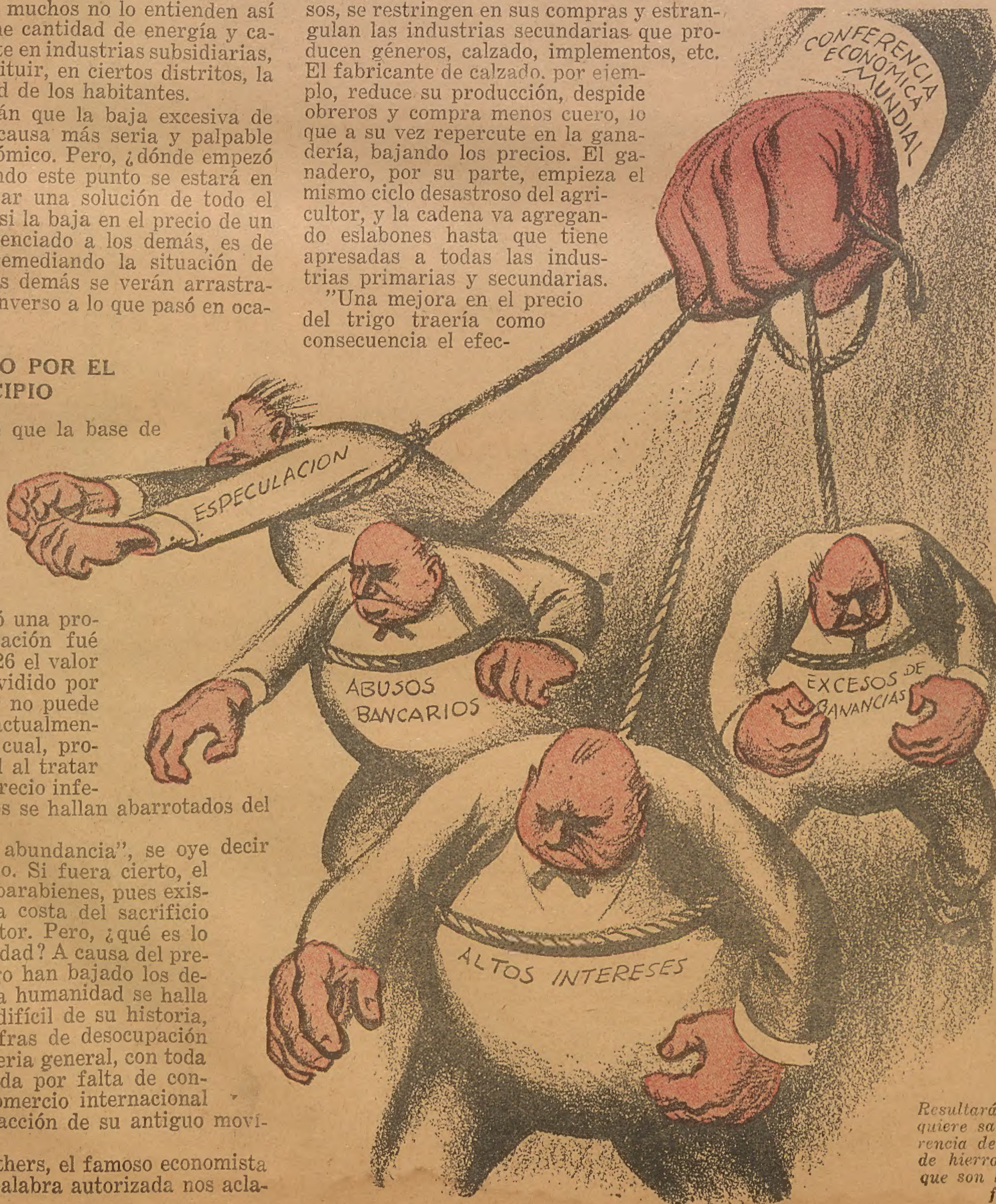
El primer producto esencial que sufrió una progresiva desvalorización fué el trigo. Desde 1926 el valor del trigo se ha dividido por tres. El agricultor no puede cubrir sus gastos actualmente; a pesar de lo cual, produce más cantidad al tratar de resarcirse del precio inferior y los depósitos se hallan abarrotados del cereal.

"Una crisis de abundancia", se oye decir ante este fenómeno. Si fuera cierto, el mundo estaría de parabienes, pues existiría abundancia a costa del sacrificio de un solo productor. Pero, ¿qué es lo que ocurre en realidad? A causa del precio ínfimo del trigo han bajado los demás productos y la humanidad se halla en el trance más difícil de su historia, con alarmantes cifras de desocupación que significan miseria general, con toda iniciativa paralizada por falta de confianza y con el comercio internacional reducido a una fracción de su antiguo movimiento.

Mr. Hartley Withers, el famoso economista británico, con su palabra autorizada nos aclara el proceso que ha convertido al mundo en tan pocos años en la sombra de lo que fué después de la guerra.

—Es fácil explicar — dice — cómo una baja repentina en los precios del trigo puede haber causado semejante estrago. Los agricultores, que forman uno de los gremios más numerosos, se restringen en sus compras y estrangulan las industrias secundarias que producen géneros, calzado, implementos, etc. El fabricante de calzado, por ejemplo, reduce su producción, despide obreros y compra menos cuero, lo que a su vez repercute en la ganadería, bajando los precios. El ganadero, por su parte, empieza el mismo ciclo desastroso del agricultor, y la cadena va agregando eslabones hasta que tiene apresadas a todas las industrias primarias y secundarias.

"Una mejora en el precio del trigo traería como consecuencia el efecto totalmente opuesto, es decir, que en vez de ir para abajo, como ocurre ahora, se iniciaría una tendencia al alza en todas las ramas del comercio. Eso es el secreto de la prosperidad: un precio remunerativo para las materias primas."



Resultará indispensable, si es que se quiere salvar al mundo, en la conferencia de Londres, sujetar con puño de hierro a estos cuatro personajes que son los verdaderos pulpos de las finanzas universales.

LA ARGENTINA EN LA CONFERENCIA

Este enunciado es de especial interés para la Argentina, como país productor de materia prima. Significa que para mejorar la situación económica del mundo habrá que empezar por mejorar las condiciones en países como el nuestro. Nuestra prosperidad significaría la prosperidad de aquellas naciones que nos surten. En otras palabras, es de la conveniencia de Europa que nuestros productos valgan.

De ser bien comprendida esta evidente verdad, la situación argentina dentro de la Conferencia sería privilegiada. Sin embargo, no habrá que perder de vista que los estadistas europeos tratarán con preferencia los complicados asuntos financieros que traban la acción de sus industrias y recargan los presupuestos.

EL PROBLEMA DE LAS DEUDAS PARTICULARES

Incontables volúmenes se han escrito sobre las deudas de guerra, las deudas flotantes y consolidadas, los empréstitos al extranjero, los emprés-

(Continúa en la pág. 9)

Desde que existe ROBOS de auto

Una nota de **Benigno Herrero Almada**

Poco a poco nuestra policía va adquiriendo los elementos que necesita para poder luchar eficazmente con la delincuencia, que en los últimos tiempos, como se sabe, ha recrudecido en forma alarmante. Ahora, con la estación transmisora que posee, la policía metropolitana está en condiciones ventajosas para combatir a los delincuentes, como ya lo ha demostrado en varios casos que se han hecho públicos. El autor de esta nota nos muestra por dentro el funcionamiento de la broadcasting policial, que si por ahora es modesta, se ha iniciado con buen pie y ha de lograr bien pronto la importancia que la policía de Buenos Aires merece, poniéndose así a la altura de las primeras policías del mundo.

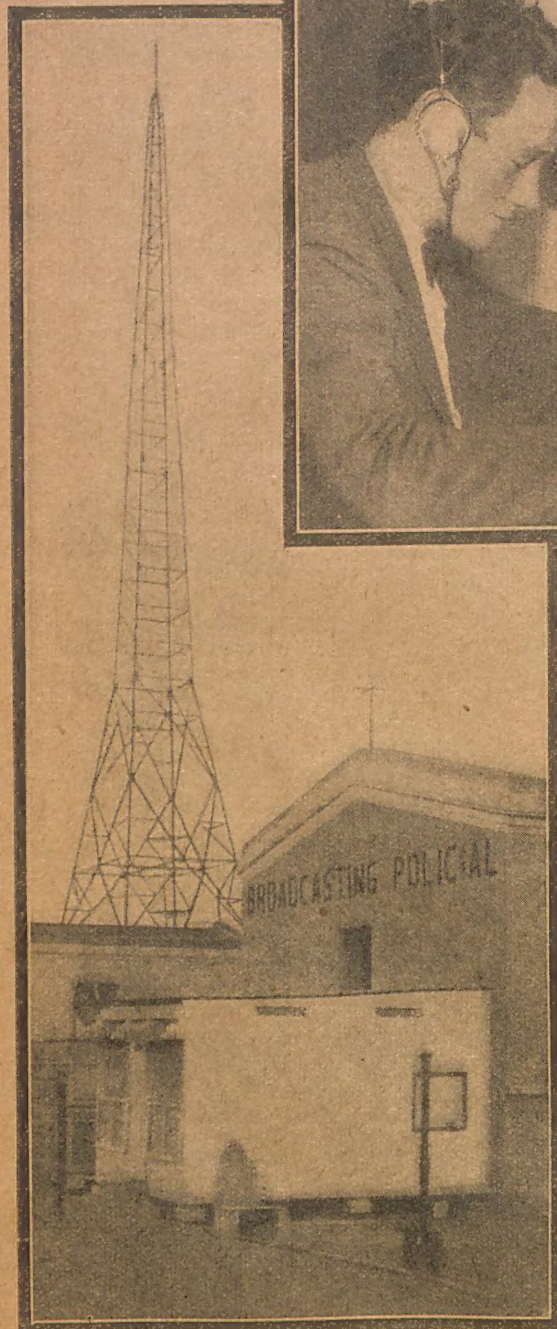
DURANTE muchos años la policía argentina ha figurado entre las mejores policías del mundo. Pero el mundo se ha transformado. Los delincuentes se movilizan en aviones, utilizan fusiles ametralladoras, constituyen bandas internacionales. Una policía que no evolucionara en consecuencia, aprovechando los últimos inventos del siglo, se quedaría mirando la luna. Por eso en Alemania, en Norte América, en Inglaterra, en Francia, la policía incorporó hace tiempo la radiotelefonía a sus servicios. Lo propio, afortunadamente, acaba de hacer la nuestra. La radio es un instrumento de comunicación indispensable para desatar en un momento dado un ejército de policías sobre una banda de delincuentes que huyen. ¡Qué distinto el resultado del trágico suceso de Corral de Bustos si hubiéramos contado con su auxilio! Porque el telégrafo no basta...

El telégrafo lo implantó en la policía el teniente coronel Rocha. Eran unas pocas secciones al principio. Se fué luego ampliando el sistema. Y casi simultáneamente se implantó el teléfono. Fueron conquistas definitivas en su época. Cuando entraron los primeros automóviles al país, la policía no tardó en adoptarlos. Aumentar las posibilidades de comunicación equivale a reforzar los servicios, a multiplicar las garantías de seguridad para una población extendida como la de Buenos Aires.



Hay 60 coches patrulleros como éste, equipados cada uno con su correspondiente receptor, de modo que están en permanente comunicación con la broadcasting del Departamento, y pueden acudir en un instante.

En el interior de la estación uno de los cinco únicos empleados en que por ahora consiste todo el personal de la radio policial, monta guardia permanente delante de un verdadero arsenal de teléfonos y controla asimismo las transmisiones.



Sobre la terraza del Departamento Central están las torres de la broadcasting policial, que es todavía una instalación modesta. Sin embargo, ha conseguido transmitirse hasta Comodoro Rivadavia y Bariloche.

Pero es el caso que aquellos recursos se fueron anticuando. Hace tres años hubo que proceder a una nueva instalación de la oficina telegráfica, de acuerdo a un sistema más racional y más moderno. Y hubo que montar otra oficina telefónica. Un benemérito funcionario de la repartición — don Manuel Peccetto — tuvo que emplearse a fondo para ejecutar personalmente esta transformación, porque los recursos eran muy limitados. Con pocos operarios, trabajando a destajo, pero animados por el precioso estímulo del actual jefe de policía, que concede a estos servicios toda la importancia que tienen, fueron más allá todavía, incorporando la radio a las comunicaciones actuales. Y los primeros resultados del funcionamiento de la broadcasting policial han sido muy estimulantes.

La radiotelefonía es, sin duda, un instrumento definitivo en materia de eficacia policial.

—De lo que es ya en la capital antes de hallarnos en condiciones de experimentar su aprovechamiento íntegro, puede deducirse — me decía el coronel García — lo que será para el país entero dentro de pocos años. Considere usted que las primeras comprobaciones no han podido ser más afortunadas. El 22 de abril, a las 3 y 30 de la madrugada, la comisaría de Villa Urquiza avisó al



Departamento que en Echeverría y Cuba acababa de perpetrarse un atentado criminal con bombas incendiarias, arrojadas al interior de un ómnibus por cinco sujetos que viajaban en el automóvil de alquiler número 5025. La radio policial propala de inmediato la alarma. Se movilizan todas las patrullas seccionales, como es de rigor, y los de la 27ª dieron con los delincuentes en seguida, produciéndose

la RADIO POLICIAL los móviles han DISMINUIDO

el tiroteo sangriento que es del dominio público y que fuera tan comentado.

El jefe de policía no disimula su entusiasmo. Tiene en su despacho un receptor análogo al que ya existe en cada una de las comisarías de la capital. Además hay receptor en los destacamentos del deslinde con la provincia. Sabido es que los delincuentes tienden a eludir la jurisdicción. Hay que obrar con rapidez para cerrarles el paso. Cuando en un destacamento se recibe un aviso de alarma, los agentes echan su carabina al hombro y permanecen a la expectativa. Son minutos terribles...

Han disminuído en la capital los robos de automóviles y los asaltos desde que existe el servicio de radio. ¡No es para menos! En contados segundos un aviso de alarma pone un ejército de hombres armados en movimiento. Generalmente, las patrullas van armadas de fusiles-ametralladoras y... de coraje.

¿QUIÉN DONÓ LA PRIMERA ESTACIÓN TRANSMISORA?

La primitiva estación transmisora fué donada por don Antonio Devoto. El señor Devoto, dueño de Radio Splendid, acudió en auxilio de una institución que no debía continuar privada de los beneficios que asegura uno de los más trascendentes inventos del siglo. Más tarde, cuando se pudo — y se pudo recién con los 700 mil pesos de la colecta pro día de la seguridad, — se procedió a la modificación de todo ese equipo anticuado por elementos modernos. Otro industrial — el señor Tonnazzi — tomó a su cargo la parte que le correspondía, sin pensar en las ganancias. Puso a disposición de la policía sus talleres eléctricos, cobrando exclusivamente los materiales.

— Todos, excepto las válvulas — me decía el señor Tonnazzi — son materiales de fabricación nacional. Es una satisfacción para todos. En el terreno electrotécnico la industria argentina avanza a pasos de gigante. Es un orgullo poder decirlo...



En el piso de los automóviles patrulleros es colocado el receptor radiotelefónico. El objeto es protegerlo de las frecuentes descargas con que los delincuentes se defienden. Se trata de receptores sintonizados exclusivamente con la estación policial.



Verdadero interés ha puesto el actual jefe de policía, coronel García, en la perfección de este servicio, dirigido por el señor Peccetto, que personalmente trasmite los avisos de alarma.

DÓNDE ESTÁ UBICADA LA BROADCASTING POLICIAL

En la terraza del Departamento de Policía está emplazada la estación. La antena está sostenida por dos torres piramidales de hierro de 31 metros de altura. La estación irradia en 140 metros y tiene una potencia de 1.8 kw. imput de placa. Es todavía una instalación modesta, si se piensa que Radio Nacional trabaja con 80 kw. Pero aun así, el servicio que presta ya es importante. Y sería inmenso si hubiera receptores en todos los puestos policiales del interior.

— Cuando se probó la estación — refiere el señor Peccetto, que es el jefe, — con la ayuda del correo, la marina y el ejército, se recibieron trasmisiones hasta en Comodoro Rivadavia, en Bariloche y en Rosario, perfectamente. En cuanto a la capital, los receptores, que también son de fabricación nacional, han sido seleccionados por concurso. Hay ya 50 puestos fijos instalados. Además, hay 60 aparatos portátiles para los coches patrulleros, que tendrá cada uno el suyo para recibir mientras anden de recorrida. Agregue usted que el servicio se robustecerá con el auxilio de los teléfonos que se están colocando en los destacamentos de las policías camineras para unirlos a la capital. Y si las circunstancias lo permiten, serán dotados oportunamente de un aparato receptor.



Modelo de motocicleta patrullera blindada, ya adoptada por nuestra policía, con las ventajas que es de imaginarse cuando se trata de perseguir bandas de delincuentes armados.

¿CÓMO SE REALIZA UNA TRANSMISIÓN?

Desde la inauguración de este servicio hasta la fecha se han efectuado 57 trasmisiones, o para decirlo más exactamente, 57 alarmas.

¿Cómo se opera una trasmisión? Inmediatamente de conocerse un hecho, cualquier agente de policía puede comunicarse desde cualquier teléfono, mediante una línea directa (cuya característica sólo el personal de la repartición conoce) con la broadcasting policial, que entra a funcionar, iniciándose el aviso

(Continúa en la página 9)



La CONQUISTA de la FELICIDAD

... no se hace siempre por caminos conocidos, sino por el que menos se sospecha.

Su nombre no era Eros, como debió ser, sino Tomasa.

Tomasa tenía diez y siete años; era pequeña y sumamente enérgica; tenía una naricita respingada y unos ojos pizpiretas que parecían buscar en la vida la alegría.

Ni siquiera después de tres años de limpiar pisos y lavar loza en una casa de pensión, perdió la creencia de que la mitad del mundo estaba siempre enamorado de la otra mitad, lo que trajo como conclusión que Tomasa fuera romántica. Lo era, pero no egoístamente, porque su gran ambición en la vida era el matrimonio; en otras palabras, Tomasa había nacido para concertar matrimonios.

Desgraciadamente, su campo era muy restringido; el romance era en su barrio una flor muy rara.

La mayor parte de la gente era demasiado vieja o vivía demasiado ocupada; por eso los esfuerzos de Tomasa para concertar matrimonios habían sido hasta entonces ensueños o puras fantasías. Quería construir sus castillos con piedras y no en el aire.

Pero la oportunidad llegó al fin. Las dos personas elegidas fueron la señorita García, que tenía una habitación en el tercer piso, y el señor Servel, que tenía otra arriba, en el último. Los dos eran jóvenes y de más o menos la misma edad: alrededor de veinticinco años calculaba Tomasa.

La señorita García vivía en la casa desde la misma época en que Tomasa había entrado a servir. Su padre era un profesor. Tomasa la quería mucho y, sobre todo, la encontraba perfecta.

El señor Servel era nuevo pensionista; hacía alrededor de un mes que habitaba la casa. En el momento en que lo vió, pensó que él y la señorita García serían espléndido material para su experimento romántico.

Claro que la primera solución era unirlos a los dos, lo que no era muy fácil, porque el señor Servel dormía y tomaba el desayuno solamente; decía que sus comidas las hacía afuera, pero Tomasa tenía sus dudas, porque su cara siempre estaba pálida y sus ojos cansados. Así lo vió una noche en que se le cruzó en la escalera entre el segundo y el tercer piso. Antes de llegar al otro piso, oyó un ruido que la hizo correr. Había sucedido lo que previó; encontró al señor Servel desmayado delante de la puerta de la señorita García. Por un instante se quedó atónita, pero inmediatamente se dió cuenta de que era esa la oportunidad que había estado esperando.

Golpeó la puerta de la señorita García.

—¡Señorita García! — gritó con voz entrecortada.

—¿Qué sucede, Tomasa? — preguntó la joven abriendo la puerta.

—¡Mire! ¡Se ha desmayado!...

—¡Corre, Tomasa, y busca un médico!

Tomasa se quedó parada.

—No necesita médico; lo que necesita es comida.

—Creo que tienes razón, Tomasa. ¿Cuál es su habitación?...

—La del altillo.

—¡No podemos llevarlo hasta allí! — dijo la señorita García frunciendo los labios.

—Eso mismo creo yo.

—¿Y si lo entráramos a mi habitación?...

—¡Es una gran idea! — dijo Tomasa con chispas en los ojos.

—Pero, ¡y si la dueña de casa oyera!...

—No oirá. Y ¿quién se lo va a decir?... Además ha salido, y dijo que volvería tarde.



Cuando Cristóbal Servel abrió los ojos, se encontró acostado en un sofá, en una pieza desconocida, y vió a su lado a una joven sonriente que le preguntaba:

—¿Cómo se encuentra usted ahora?...

Su cara le era vagamente familiar, y llevó las manos a la frente para tratar de recordar: la memoria volvía poco a poco. Acababa de llegar a la casa. ¡Esas terribles escaleras!... Se sintió de pronto desvanecer y cayó... Probablemente cayó delante de la habitación de la muchacha... ¡Claro!... ¡Era ahí que la había visto!...

Se sentó y trató de hablar algo; en una pequeña mesa, cerca del sofá, había una taza que parecía de café con leche y sandwiches... Un cuarto de hora después los dos estaban sentados frente a la ventana, fumando un cigarrillo; el café y los sandwiches habían desaparecido. Trató varias veces de agradecer a la joven.

—No quiero que me lo agradezca. ¿No hubiera hecho usted lo mismo por mí?...

—Sí..., pero...

—Después de todo, no somos extraños;

CUENTO SENTIMENTAL

Por

JORGE PILGRIM

sé mucho de usted por Tomasa; sé qué cigarrillos fuma, como asimismo su nombre...

—Sabe usted mucho más de lo que yo sé acerca de usted — dijo él sonriendo.

—Usted debía haber cultivado la conversación de Tomasa; mi nombre es Silvia García.

—¿Silvia? ¡Qué coincidencia! La joven con quien yo iba a casarme se llamaba Silvia.

—¡Ah! ¿Entonces es la fotografía de ella la que tiene usted en un marco de plata?

—Sí... ¿Cómo lo sabe?...

—Es otra pequeña información de Tomasa — dijo sonriendo. — Pero..., ¿qué pasó?... ¿Se casó con otro?...

—No..., rompí. ¡Tuve que hacerlo!... Usted comprende...

—Siga...

No le era fácil hablar acerca de sí mismo; pero después de unas preguntas pudo hacerlo.

Hasta hacía poco su vida se había deslizado sin novedad; pero hacía seis meses su padre había muerto repentinamente, y aunque él sabía que los asuntos de su padre no iban del todo bien, jamás supo lo mal que estaban. Cuando se arregló la testamentaría, sólo le quedaban unos cientos de pesos. Había tratado de conseguir trabajo, sin éxito; por eso le escribió a su novia explicándole las cosas, y desapareció de su círculo; desde entonces había tratado de encontrar empleo, pero sin resultado.

—¡Yo tengo un empleo para usted! — dijo Silvia interrumpiéndole.

—¿Qué?...

—¿Ha oído usted hablar de la casa Jiménez?... Yo trabajo ahí... Uno de los empleados se va a fin de semana... Yo lo recomendaré... Vaya mañana; tal vez consiga el empleo... ¿Cree que será bastante bueno para usted?...

—¿Bastante bueno?... Más fácil será que yo no sea apto para él.

Las cosas sucedieron como las había previsto Silvia. El señor Servel entró como vendedor.

Tomasa comprendía que ella era la causa de esa alegría; claro que lo que había sucedido en la pieza de la señorita García era todavía un misterio para ella. Había notado sólo que el señor Servel había salido como de costumbre a la mañana siguiente, y había vuelto a las dos horas con la cara cambiada de alegría.

Luego, a partir del lunes siguiente, el señor Servel y la señorita García salían juntos de la casa todas las mañanas, y volvían juntos a la noche; al final de la semana el señor Servel había cambiado su pieza del altillo por otra del segundo piso.

Luego sucedió que el señor Servel encontró inesperadamente un viejo amigo que le ofreció un empleo en su agencia de autos.

Pero lo que más agradó a Tomasa fué que hicieran sus comidas juntos; que se llamaran por sus nombres, y que a menudo, de noche, fueran al teatro o al cine, también juntos. Con estos datos el alma romántica de Tomasa sacó la más acertada de las conclusiones.

Cristóbal Servel había sido todo un éxito como vendedor de autos, y cuatro meses después, una noche, entró corriendo, subió la escalera sin pérdida de tiempo y golpeó en la puerta de Silvia.

—Venga a dar una vuelta; tengo grandes noticias.

Silvia se puso el sombrero, y bajaron juntos.

—Almorcé con Juan Cardal, el presidente de la fábrica de automóviles Cardal. Parece que la compañía va a poner una agencia en Chile; el hombre que habían elegido para mandarlo, los dejó plantados a último momento; entonces el señor Juan le preguntó a mi jefe si no conocía a alguien, y éste le dió la lata sobre mí, y...

—¿Le ofrecieron el empleo?

—¡Sí! Con un buen sueldo y comisión. Nos iremos de aquí a dos semanas.

—¿Nos...?

—¡Sí!... Usted y yo... ¿No quiere?

—Lo lamento, Cristóbal — dijo Silvia lentamente.

Luego, en silencio, volvieron a la casa de pensión. Le pidió que la esperara en la puerta de la habitación y volvió a aparecer con algo en la mano: una fotografía.

—En su habitación — comenzó Silvia, — tiene usted la fotografía de alguien que lo espera: una joven.

—Pero...

—Y yo tengo también una fotografía — prosiguió Silvia rápidamente — de alguien que también me espera.

Le mostró la fotografía; era de un joven vestido con traje de montar. Era alto y bastante buen mozo; tendría cerca de treinta años.

—Trabaja en el campo, y uno de estos días, cuando tenga todo listo, iré a reunirme con él.

—¡Lo lamento! Yo no sabía nada — dijo

(Continúa en la página 57)

Se llevó las manos a la frente para tratar de recordar. La memoria le volvía poco a poco.

EL CONSEJERO DE LOS NOVIOS

Por NENUFAR

GUARDE EL SECRETO. Su pasado le pertence. Sea buena con su novio actual y observe en adelante una conducta tal, que él nunca tenga que arrepentirse de haberla elegido.

Contestando a "Una locura de amor", de Barracas.

● ●

1º **CUELLO DURO**, volcado, y corbata negra u obscura.

2º Si tiene, póngase una camisa de seda blanca y si no una al estilo de las que usa generalmente.

3º Ha caído en desuso la ropa que me menciona; vista traje de saco obscuro y estará perfectamente.

Mis felicitaciones a la nueva parejita.

Contestando a "Goyano", de Corrientes.

● ●

1º **DESPUÉS** de lo que pasó, ¿se visitan o no con la novia de su hermano? Si están disgustadas no concurran al casamiento; en caso contrario, asistan solamente a presenciar la ceremonia religiosa, ya que su amiga fué tan desleal con usted.

2º Sobre la segunda pregunta yo no puedo informarla; lo mejor es que recurran a un facultativo.

Contestando a "Morocha argentina", de San Nicolás.

● ●

MIS FELICITACIONES, amigo mío, por su reciente compromiso. Ahora deseo que resulte muy feliz su búsqueda, así puede cuanto antes ver colmadas sus esperanzas. En cuanto a lo que me pide al final de su carta, por el momento es imposible; prefiero continuar siendo la "confidente desconocida" y seguir manteniendo esta hermosa amistad espitual que nos une a través de nuestra mutua correspondencia.

Espero sus nuevas noticias.

Contestando a "Enamorado", de Diamante.

● ●

SU DESILUSIÓN es justificada. Esas coqueterías son inconcebibles y no quedan bien en una chica que dice querer a su novio. Observe otro poco; si se repiten los mismos hechos, entonces... deje a esa señorita en libertad para que sonría a quien quiera.

Contestando a "Celoso", de Mendoza.

El amor es la belleza que triunfa en la inmortal sonrisa de la Gioconda y en la dolorosa resignación mística de la Virgen. Es la poesía que canta en las olas y en los vientos y que en el alma humana se hace murmullo de suspiro o silencio de éxtasis.

¿VOLVERLE A ESCRIBIR?... No, de ninguna manera. Ya trató usted de reconciliarse, sin obtener resultado, a pesar de haber sido ella la culpable del disgusto.

Indiferencia, amigo mío, mucha indiferencia; esto es lo que corresponde en su caso.

Contestando a "Atormentado sanmartinense", de Mendoza.

● ●

ENVÍELE LAS CARTAS, fotos y la alhaja que aún conserva, aunque esté algo deteriorada; al mismo tiempo escríbale pidiéndole la devolución de lo suyo y explicándole la verdad de lo ocurrido con el otro obsequio. Estando él en vísperas de casarse no dará importancia a ese hecho, y tenga la seguridad de que accederá a su justo pedido.

Recibí su poesía; cuando le llegue el turno la publicaré.

Contestando a "Sacerdotisa de Helios", de Villa Iris.

Tarde romántica

Una tarde tranquila de febrero
los dos estábamos a solas: ella,
escuchando la clásica querella,
sin levantar los ojos. Mi sincero

fervor cordial, unido al verdadero
momento crítico, hacía bella
mi cálida palabra. Pude aquella
vez oírle por fin su sí primero.

La tomé de las manos. Conmovida,
en la penumbra de la tarde ausente,
me miró con mirada enternecida.

Hubo en su rostro una expresión tan pura,
que yo contuve hasta mi beso ardiente,
y mi alma conoció nueva dulzura.

FERNANDO LIZARRALDE



Señorita Mercedes Iriarte Udaondo el día de su enlace con Iván de Achával, efectuado el 23 de mayo último.

Foto Pérez

CAMBIE DE TÁCTICA. Quizá a ella, demasiado segura de lo profundo de su sentimiento, le gusta hacerse un poquito la interesante. Muéstrese menos expresivo en sus manifestaciones de afecto, en fin... distinto a lo que ha sido hasta ahora y comuníqueme si esta ficción le dió el resultado que desea. Tiene razón; soy mujer.

Muy agradecida por sus cordiales palabras.

Contestando a "Amargado de la vida", de Rosario.

● ●

RESUELVA PRIMERAMENTE su problema financiero y entonces puede presentarse, sin temor alguno, a hablar con los padres de esa chica, que ya no tendrán nada que objetarle. No se desespere, que todo se arreglará bien.

Contestando a "Idilio trunco", de Hernando.

● ●

SI TUVO la suficiente sangre fría y entereza de ánimo para evitar la tragedia cuando sus ojos presenciaron aquel cuadro, no cometa ahora ninguna torpeza. Estoy de acuerdo con usted en lo que respeta al duelo, y en cuanto a lo demás, le digo: Viva, trabaje; el trabajo ayuda a olvidar y reconforta; piense en su hijo, la vida puede ofrecerle aún otras compensaciones.

Contestando a "Sin corazón", de Curuzú Cuatiá.

● ●

ACLARE LA SITUACIÓN; es mejor. Es raro que después de la ingratitud de la otra, y sabiendo que está comprometida, la atienda. Dígale todo lo que ha llegado a saber y que quiere que le manifieste con toda franqueza qué es lo que piensa hacer, pues la actitud de él la tiene en la incertidumbre de si debe o no seguir escuchándolo.

Contestando a "Desorientada", de capital.

● ●

SI ESE JOVEN no la visita no corresponde que le regale; en caso contrario, obséquielo con cualquiera de las dos cosas que ha pensado.

Contestando a "Tucumanita ilusionada",

● ●

LA MEJOR FIESTA para usted me imagino que será pasar ese día en compañía de su novia. Si tiene relación con su familia, invítela a tomar el té o a cenar en su casa, y si no, vaya usted a visitarla.

Contestando a "Rubio ignorante", de Rosario.

Amor es la brisa que despeina los trigales; es el brochazo verde que pone septiembre en la arboleda; es el oleaje del océano que unas veces desmaya al besar la orilla y otras se arroja con ímpetu salvaje para realizar la estupenda conjunción de su grandeza con la grandeza de la tierra.

NO VUELVA A ESCRIBIRLE, pues nada conseguiría; espere una oportunidad para hablarle, y entonces ella le desengañará o hará que aún pueda conservar sus ilusiones. Fué una necedad de parte de ella, enojarse por una causa tan trivial. Si persiste en su negativa, no la importune más.

Contestando a "Alma torturada", de Chivilcoy.

● ●

EN CUESTIONES DE AMOR los terceros sobran. Si ustedes dos se comprenden y se quieren, deben hacer caso omiso de lo que dicen los amigos y amigas. Dígale esto mismo a su novia.

Contestando a "Polito", de La Cautiva.

La VIDA de la MUJER es el AMOR. BALZAC

titos internos y toda la extraña zoología de la financiación de los estados. "Pero tan importante como todos ellos es el problema de las deudas particulares. Demos la palabra nuevamente a Mr. Hartley Withers.

"La mayoría de los productores de materias primas, que son los que más han sufrido la baja de los precios, trabajan con capitales prestados, ya sea en forma de hipoteca o por simples transacciones bancarias.

"Cuando los precios bajan a tales extremos, que se ven en dificultad para pagar los intereses sobre el dinero prestado, todos los demás gastos se reducen para poder hacer frente a las obligaciones bancarias. Los gastos se pueden reducir, pero los intereses bancarios no se reducen.

"De donde resulta que en la actualidad el gran ejército de productores de materias primas trabaja exclusivamente para rendir a los bancos un alto por ciento de tributo por los préstamos que le han sido otorgados."

Si el interés cobrado por las deudas pudiera regularse proporcionalmente al precio pagado por lo que producen los deudores, la baja no tendría consecuencias tan alarmantes. El chacarero conseguiría un precio menor por su trigo; pero, en cambio, pagaría menos interés a sus acreedores, dejando un saldo para invertir en mercaderías y maquinarias que mantendrían siempre activos al comercio y la industria. Este sistema equipara el acreedor capitalista al proveedor de elementos elaborados, en oposición a lo que ocurre actualmente: que el acreedor siempre cobra el mismo interés, o al menos tiene el derecho de hacerlo, mientras que el comerciante y el industrial cobran, vale decir, venden poco o nada por no existir un excedente. La situación privilegiada del acreedor es un contrasentido y uno de los graves errores del sistema capitalista, que pone el oro a cubierto de toda sorpresa y al mismo tiempo abandona al productor a todos los peligros.

EN LA ENCRUCIJADA

Dada la necesidad urgente que existe de mejorar la situación del productor de materias primas si ha de resolverse la crisis por vías naturales, la Conferencia Económica debe elegir entre dos caminos:

1º — Hacer que los precios suban a lo que fueron hace cuatro años.

2º — En su defecto, rebajar proporcionalmente las deudas particulares de los productores de materias primas.

Hartley Withers refuerza la segunda tesis con la siguiente declaración de vastos alcances:

"Debido a que la baja en los precios ha afectado a los deudores que consiguieron dinero prestado con la muy legítima esperanza de poder cumplir con sus compromisos, creándoles una situación intolerable con esa baja imprevisible, *la equidad de sus contratos de deuda es dudosa.*"

En la Argentina los principales acreedores del productor rural son las instituciones de carácter oficial, y tanto el Banco Hipotecario Nacional como el Banco de la Nación han encarado el asunto de las deudas con un criterio acertado dentro de los límites que les permiten las leyes que rigen sus actividades. Pero el precio del dinero, vale decir, el interés bancario, no ha variado mayormente y gravita sobre la población rural, y, por ende, sobre todo el país, como la piedra al cuello del ahogado.

En vista de que una mejora importante en los precios no es de esperarse hasta que las condiciones que obligaron la baja no hayan sido modificadas, se hace imprescindible encarar el asunto de la carestía del dinero con el fin de reducir el costo de producción de las materias primas.

Un 7 y un 8 por ciento pueden considerarse, en los tiempos actuales, como intereses confiscatorios, y aunque este hecho es reconocido por las autoridades financieras del país, la adopción de una tasa menor que significaría una grave pérdida en el valor del capital, entraña serios inconvenientes que hacen difícil su adopción por un país aisladamente.

Pero la adopción del "dinero barato" requiere ante todo un ambiente de confianza en el porvenir para cumplir con su misión. Este ambiente es el que debiera surgir de las deliberaciones de la Conferencia.

LOS PROBLEMAS PROPIOS

Mientras tanto, es ilusorio esperar que el único remedio posible será elaborado en Ginebra. La misión de la Conferencia es preparar el terreno para que cada cual siembre en armonía con los demás, y no en descubrir la panacea que transformaría el mundo de la noche a la mañana, trocando la miseria en prosperidad.

Hay muchos problemas que resolver en casa, entre ellos, la reducción de intereses, un tratamiento equitativo de los capitales invertidos en el país, para estimular la confianza, y una mejor organización de la producción y venta de materias primas.

El éxito de la Conferencia Económica Mundial, al normalizar el comercio internacional, hará fructificar los esfuerzos que se hagan para poner la propia casa en orden, en tanto que su fracaso convertirá en caos la presente desorganización de la economía terrestre, haciendo estéril todo esfuerzo aislado para resolver la crisis.

FIN

EN EL PROXIMO NUMERO:

POEMA GAUCHO

Novela corta de AMANDO VILLADOR

Desde que existe la radio policial...

(Continuación de la página 5)

con un triple llamado de atención, seguido del breve relato del suceso cuya difusión se persigue. Los receptores de las comisarías que están exclusiva y permanentemente sintonizados con esta estación, recogen el aviso, y de cada una de las seccionales sale en automóvil, una patrulla armada a efectuar la pesquisa. Puede consumarse toda esta operación — y debe consumarse — en sesenta segundos.

— Hay que emular a los delincuentes — me decía el jefe, — que operan con la rapidez del relámpago. Se ha dado el caso de robar un coche en una sección, ejecutar un asalto en otra y abandonarlo, finalmente, en una tercera, hacia el deslinde de la capital, todo ello en siete minutos, de modo que no siendo la casualidad, sólo la radio puede permitirle a la policía una intervención eficaz en estos casos.

Y el jefe agrega:

— Los delincuentes lo saben. Desde que existe la radio policial, los robos de automóviles han disminuído en Buenos Aires...

FIN

Una tragedia de amor a través de un manojo de cartas privadas



LAS RECOPILÓ **Elvira Ferreira**

SEXTA CARTA

De Susana Montero a Josefina Fontana.



Tigre, lunes 31.

Queridísima.

No me acuses por no haber acudido a tu llamado. Tu telegrama llegó a buena hora, pero yo no tenía deseos de partir y me quedé, consecuente siempre con mis defectos, que me hacen ser descomedida contigo. Espero que habrás arreglado el asunto que requería mi presencia y me habrás reemplazado con alguna otra de tus amigas. Por otra parte, te diré que el llamarme tan pronto me pareció en desacuerdo con tu natural comprensión. ¿Acaso no te he dicho por qué he venido? Creo que recordarás que cada vez que no veo claro en mí debo recogerme en mí misma para escrutar un poco este extraño corazón que Dios me ha dado.

Esta vez tuve miedo, y, como siempre, partí. Claudio me tenía un poco turbada, y ya comenzaba yo a caminar a tropezones. No soy coqueta y deseo responder a lo que me dan. Estoy enamorada de Jorge, y como deseo decirle que "sí" para siempre, he de darme cuenta de que no doy cobre por oro. Conozco a Jorge más que a mí misma. No fallará, pero... ¿si yo no estuviera lo suficientemente segura de mí?... Es un hombre a quien no es posible engañar. Es el honor y la lealtad en persona. Su amor es fino como su espíritu y tan puro que exalta. Yo he tenido miedo de recibir el reflejo y creerme en su mismo estado de espíritu.

Dime: ¿tú has oído aquello de que en el matrimonio uno solo ama y el otro se deja amar? Digo matrimonio como podría decir noviazgo, etcétera. Esto quiere decir, a mi juicio, y muchas veces lo he pensado, que como las cosas, por ley natural, vuelven siempre de donde surgieron, el amor de una mujer sale de su corazón, toca el otro corazón y regresa al sitio de procedencia, dejando la ilusión de que es la respuesta esperada. Idéntica cosa es si el amor sale del corazón masculino.

En el caso mío, ¿quién ama a quién?... Ya te veo que, como buena defensora de Claudio, dirás que él es el que ama y yo... me dejo querer. Porque tú, querida mía, crees en Claudio como no crees en mí, ni en ti misma. Dime: ¿no estarás un poquito enamorada de él?... ¿Sabes? Si eso sucediera, tú me lo dirás, y juntas trataremos de arreglar el caso. Pero perdóname, estoy loca de remate, y la culpa la tiene el sol y el amor. Además..., además... Escucha, Fifina; hace rato que estoy dando vueltas por ocultarte mis sentimientos, disfrazándolos con frivolidades. Escúchame y compadéceme. Esta mañana me levanté temprano. Me demoré un poco esperando al cartero, que no es otro que el jefe del barco de motor asmático que me trajo hasta aquí y que trae la correspondencia. Salí en el bote cuando ya el sol picaba fuerte. Remé río arriba, y era fácil. La corriente me ayudaba. Los canales tienen para mí una atracción irresistible. Se va y se viene en ellos como en la vida: sin mayores tropiezos. Me fuí lejos e hice alto. El sol me quemaba, y sentía que la cabeza me ardía. Los remos me pesaban un poco y cambié de ruta, regresando hasta casa. No conté con que la corriente iba conmigo al subir, y que al volver debía contar más con mis fuerzas. Comencé a remar lento, pero como la distancia entre remada y remada era casi imperceptible, avivé el movimiento y di impulso.

A los diez minutos yo era una llama de calor y mi cabeza daba vueltas. Como viera unos árboles a la orilla del canal, atraqué y desembarqué. Debía ser mediodía, tan alto estaba el sol. Me tendí en el suelo debajo de los frescos álamos, y me dormí. De pronto, entre el sueño..., yo he sentido que alguien se acercaba. No abrí los ojos, ese alguien pasó. "Los isleños son gente sencilla", reflexioné para mis adentros. Pero los pasos volvieron sobre el camino, se detuvieron, el "alguien" pareció haber desaparecido, cuando de repente la boca mía fué presa de una boca ardiente, quemante, blanda.

Salté como tocada por un resorte, y la violencia de mi movimiento fué tal, que el "alguien" cayó sentado en el suelo. Tan ridículo encontré el asunto, tan grotesca la figura, que sin fijarme en quién era corrí hasta el bote, al tiempo que el otro se enderezaba y trataba de saltar también.

Perdió pie y quedó con uno en el agua y el otro en la orilla. Entonces, al levantar la mirada y encontrarme con el rostro del desconocido, la sorpresa más viva me sacudió. El que estaba ante mí era Roque...

Mis brazos han debido ser de acero. ¡Dios mío, qué angustia terrible! Llegué rápido, sin pensar en nada, ansiosa por pisar tierra, por escapar al peligro, por huir. Acá me tienes, turbada, extraña, con este beso en la boca, con esta tortura en el alma. ¿Cómo? ¿Cómo y por qué?... Aquello estaba muerto, perdido, enterrado. ¿Acaso resucitan los que ya partieron a la región del olvido? Pero, pero, ¿es que yo acaso lo he olvidado?... Y Claudio... Y Claudio... ¡Ah! ¡Qué frágiles son los sueños de la vida! ¡Cómo los quiebra un soplo!... Perdóname. Hasta siempre.

SUSY.

SEPTIMA CARTA

De Susana Montero a Claudio Martínez.

Tigre, martes 1º de abril.

Amor mío: ¡No vengas! Mi espíritu y mi alma necesitan reposo. ¡No vengas! Déjame que sueñe con la dulzura de tu presencia y que sufra por la falta de realidad. Tú me conoces bien, sabes cuán extraña soy c veces y cuánto deseo sentirme en el dolor como una consecuencia de que vivo. No estoy alegre. Es más, estoy triste. Las palabras de tu carta me han devuelto a mi misma, y soy en este momento en que te escribo la pe queña amada con la que tú sueñas.

Una languidez extraordinaria me domina. He pasado horas enteras tendida en un sillón bajo la sombra de los naranjos, bien cubierta con una manta, porque respondiendo a mi languidez espiritual, mi cuerpo se ablanda también. ¡Qué pequeña cosa sería hoy en tus brazos! ¡Apenas si tus besos podrían reanimarme! Hoy tengo miedo, un miedo dulce de vivir. Quisiera que tú llegases de improviso y me tomases así, cansada y débil, sin voluntad y sin fuerzas y me encerrarses para siempre en el cofre blando de tu corazón.

¡Quiéreme, quiéreme, por sobre todos tus recuerdos, por sobre todos tus dolores, por sobre todas tus preo cupaciones! Hoy quiero que me quieras, que me quieras mucho, tanto como nunca hayas querido y con la mayor y más pura de tus esperanzas. Esto puedo decírtelo, segura de que será cierto. ¡Nadie es tan tuya y desea serlo tanto como yo en este instante, nadie! A cambio de este senti-

(Continúa en la página 60)



Dos cuatreros famosos en el pago se persiguen y se calumnian, excitados por una vieja rivalidad, hasta que llega el momento en que se hallan frente a frente,

Pasaron algunos [illegible], en un recodo del camino, ño Braulio, de a caballo, se dió de manos a boca con ño Nicasio, de a caballo también.

TIGRE a TIGRE

Por AUGUSTO ALBERTO CANSTATT

y ambos hacen gala de su valor de hombres que no tienen más ley que su cuchillo y rinden un fervoroso culto al coraje.

FULGURÓ el relámpago su luz de bengala, y, tras el espacio de un segundo, retumbó el trueno por todo el ámbito con su rodar sonoro de artillería pesada.

—¡Mal'haiga la lluvia... y p'chá que llueve juerte!... — barbotó el Zancudo, un peón mensual de "La Baguala", entrando en la pulpería y sacudiendo el poncho calado del agua que le caía de los flecos ralos.

—Y si llueve, ¿qué le vá'hacer, pó? — retrucó un borracho que, entre la tormenta exterior y la interior, no sabía de qué lado ponerse para quedar a mano; pero un segundo relámpago, seguido de otro trueno más formidable que el primero, le cortó la frase, y sólo le dió tiempo para persignarse:

—¡Santa Bárbara bendita, qué rejucilo!...

El candil del boliche cabrilleaba a mal traer por los chisguetes del viento que se colaba por las junturas de la puerta semidesvencijada del maltrecho rancho, que un gallego, con más agallas que un dorado, un tal Tapiales, había transformado en pulpería y acopio de frutos del país.

En los cuatro metros por diez que tenía de superficie el boliche, se habían congregado, con motivo del aguacero, varios paisanos del lugar, que sorprendidos por las cercanías y visto el diluvio, optaron por quedar secos por fuera y mojados por dentro, refugiándose en lo del gallego Tapiales, a enderezar los caballos bajo los árboles y allí mojarse hasta las pilchas "de vergüenza", permaneciendo por dentro más secos que mata de paja brava en el mes de enero.

En un rincón, don Braulio Deberes, cuyas mentas de caudillo de arrastre en cualquier elección, de cuya facilidad de palabra podían dar patente las mozas del pago, y de cuya valentía y guapeza más de uno llevaba la marca en forma de violáceo barbijo, y más de cuatro no lo proclamaban por impedírselo dos varas de tierra que los oprimía, don Braulio Deberes, repetimos, estaba en un rincón, alisando con la palma de la mano el ala del chambergo, un poco ajada por algunas gotas de agua que, irreverentemente, se habían posado sobre el sombrero del hombre más hombre del pago.

—¡Güenas, ño Braulio, y disculpe que no lo haiga saludao más enantes, pero l'agua tiene la culpa! — dijo el Zancudo al reparar en el mencionado, con ese respeto y esa humildad que es un verdadero homenaje entre los hombres de campo, hacia quienes estiman y temen por su propio valer.

—¡Güenas, Zancudo!... Y no hay di qué disculparse... Yo sé que sos mi amigo... — Y en brusca transición, ordenó al pulpero: — ¡Che, gallego, servíle al Zancudo lo que guste!... ¡Yo pago!

El Zancudo brindó su copa de ginebra a la salud del convidador.

—¡Salú, Zancudo! — retribuyó el malo.

Las libaciones se sucedieron, y, vaya uno a saber, si por debilidad congénita o por exceso de alcohol, que el Zancudo se puso llorón y parlero, y tan agradecido a la atenciones de ño Braulio que, en prueba de infinita amistad, empezó a contarle, entre hipo e hipo:

—¡Le juro, ño Braulio, que sólo y mesmo porque no tenía ni pa empezar conmigo, es que no le salí al cruce a ño Nicasio! De no..., ¡quién sabe! Pero tuve que morder el freno, porque ño Nicasio, con rispeto de usté, ño Braulio, tiene más espinas que "vieja e'l'agua" y no aguanta ni el chiflido de un mosquito...

Ño Braulio nada contestó, y el Zancudo, interpretando este silencio como una anuencia, prosiguió:

—La cuestión es que ño Nicasio dijo que ya estaba cansao de que todas las cuatreriadas de hacienda se las encajaran a él, que era un hombre honrao, y que aquí, en el pago, no había más cuatrero que usté, ño Braulio. ¡Mírelo al santo! ¿No?...

—¡Seguí!... — ordenóle el interlocutor.

—Y güeno, ño Braulio; áhi nomás comenzó a desatarse y a bolasear de lo lindo... ¡Cha, si l'estoy viendo!... Dijo que hasta hoy día no había tomao "engerencia" en el asunto de puro considerao y por no darle un disgusto a su amigo y compadre el juez de paz, pero que ya se estaba cansando y que uno de esos días ya iría a ver el mentao Braulio quién era Nicasio Loza... ¡P'chá, si lo estoy oyendo!...

—¿Y qué más dijo?... — invitó ño Braulio.

—Y, pues, siguió amenazando... Y vea, ño Braulio, a mí no me gusta andar soplando el "juego", pero yo lo apreceo a usté, y si le dije lo que le dije, es pa que ande prevenido... Ño Nicasio es muy capaz de cumplir su palabra...

Don Braulio quedó un instante pensativo, después se acercó a la puerta, miró el cielo, y viendo que empezaba a escampar, se arrimó al mostrador, echó mano al tirador, pagó la consumición, y palmeándole el hombro al Zancudo, salió de la pulpería sin decir palabra. Montó su tobiano y se alejó al sobrepaso, para no salpicarse con el barro del camino...

(Continúa en la página 60)

Los CUENTOS GAUCHOS de "MUNDO ARGENTINO"

PARA LAS MADRES

Por "EL MEDICO DE GUARDIA"

Los juegos más convenientes



Entre los juegos que deben fomentarse entre los niños están, en primer lugar, esos que sin ser violentos ni exigirles mayor esfuerzo, constituyan para ellos un ejercicio saludable, tanto para las piernas como para los brazos.

Los niños, al mismo tiempo que se divierten jugando, deben, por razones de salud, desarrollar su organismo. El ejercicio moderado, sin excesos de ninguna clase, constituye para ellos la mejor medicina.

Las madres que en su casa no tienen comodidad para el normal desarrollo de sus hijitos, deben concurrir a los parques, hoy, en general, dotados de todas las comodidades para la expansión de los niños.

Los fríos no deben asustar a nadie, siempre que el día sea despejado y de sol. En este caso, basta con abrigarlos bien.

No olviden, pues, las madres que del mismo modo que hay juegos peligrosos para las costumbres y la salud, los hay sumamente beneficiosos. Todo está en saber seleccionarlos.

LAS CONGESTIONES PULMONARES

Como todos saben, las congestiones pulmonares se caracterizan por una gran afluencia de sangre de los vasos sanguíneos del pulmón, así como la salida de sangre en torno de dichos vasos en los tejidos celulares próximos.

Los síntomas son: escalofríos, puntadas en el costado, elevación rápida de temperatura, disnea, expectoración espumosa acompañada algunas veces con estrías de un poco de sangre roja.

En la fluxión al pecho, la congestión se extiende a todos los planos de la caja torácica, tanto al tejido subcutáneo como a los músculos intercostales, tejido celular, pleura, bronquios y parénquina pulmonar.

AL CARGAR A UN NIÑO ES NECESARIO TENER MUCHO CUIDADO DE NO OPRIMIRLO Y DE LLEVARLO SENTADO LO MEJOR POSIBLE EN UNO DE LOS BRAZOS, DE MODO QUE LAS DOS PIERNAS ESTEN A LA MISMA ALTURA Y QUE EL NO TENGA QUE ESFORZARSE POR MANTENER EL EQUILIBRIO DE SU CUERPO.

Las causas son de origen vario: enfriamiento, reumatismo articular agudo, paludismo, fiebres eruptivas, difteria, fiebre tifoidea, etc.; estados crónicos de insuficiencia cardíaca, o cardiorrenal.

Como medidas preventivas en las personas propensas a la congestión se tomarán las siguientes: evitar los ejercicios violentos, seguidos de un reposo en corriente de aire frío, las marchas a pie en días calurosos y a paso ligero para penetrar en un ambiente de aire enrarecido, tras lo que sobreviene, casi invariablemente en estos temperamentos, una afección; se evitará el alcohol, las comidas copiosas; se cuidará de que el intestino evacue normalmente y serán de gran eficacia baños de pies en agua con harina de mostaza.

Regularizando el régimen alimenticio de modo que el organismo se nutra más veces por día, pero no abundantes cada vez, para no hacer digestiones laboriosas.

Haciendo uso de laxantes adecuados para no fomentar con afecciones intestinales la congestión de las vías respiratorias.

Como tratamiento médico se aplicarán ventosas secas o escarificadas. Bebidas calientes. El acetato de amonio está indicado para estos casos; los expectorantes, los calmantes, así como los medicamentos tónicocardíacos.

• •

RESPUESTA

La consulta que usted nos formula no corresponde a esta sección, que como usted habrá visto, está dedicada a las madres y a sus niños. En consecuencia, para que usted obtenga la respuesta a su debido tiempo, hemos pasado su carta a la sección "El arte de contestar", en uno de cuyos próximos números será contestada su carta.

Cdo. a "Nequeuniano", de Neuquén.

• •

LA LOMBRIZ SOLITARIA

Cuando este parásito se observa en una persona adulta, el tratamiento más eficaz, según un reputado médico, es el siguiente:

A) La víspera de la cura se somete al enfermo a una alimentación liviana, exenta de frituras, grasas, carnes, mariscos y condimentos. Por la tarde se le da leche y avena o chuño. En la noche, tres horas después de la última ingestión de los alimentos, se le da un lavado intestinal con un litro de agua cocida con una cucharada grande de bicarbonato de soda y dos cucharadas de glicerina pura. La solución tendrá 38 grados.

Al día siguiente, en ayunas, se ingieren doce cápsulas iguales, preparadas así:

Extracto etéreo de helecho macho, 0.50 gramos; calomel, 0.02 gramos.

Esto es para una cápsula. Se toman de dos en dos con intervalo de diez minutos. Una hora después de la última cápsula se toma el siguiente purgante:

Aguardiente alemán, 15 gramos; jarabe de naranja, 15 gramos.

Se guarda reposo en cama durante todo el día: cada vez que hay necesidad de mover el intestino, se sienta en un recipiente con agua caliente, adicionada con un poco de leche, para que la lombriz que está atontada por el remedio, no note gran diferencia de temperatura y salga fácilmente engañada aun más por el olor de la leche.

NO HAY QUE APRESURARSE EN ENSEÑAR A CAMINAR AL NIÑO; EL LO APRENDE A SU TIEMPO CON TAL DE QUE SE LE DEJE LA LIBERTAD SUFICIENTE. EN UNA ALFOMBRA EXTENDIDA EN EL SUELO, EN LA MISMA CAMA DE LA MADRE, PUEDE EMPEZAR A PONERSE DE PIE POR SI SOLO, PRIMERO, Y SOSTENERSE AGARRANDOSE DE ALGUN OBJETO DESPUES.

b) Las indicaciones de la víspera, en cuanto a la alimentación y tratamiento, son iguales al primer procedimiento.

Se toma en ayunas, de una sola vez:

Tanato de pelletierina..	0.20	gramos
Extracto de cachou	1	,,
Agua cocida	15	,,
Jarabe de naranja	25	,,

Una hora después se toma un purgante de aceite de ricino, 30 gramos. Lo demás es igual al tratamiento A.

(Continúa en la página 61)

La ALEGRIA de un NIÑO se TRANSMITE a la MADRE; ¡es su MAYOR GLORIA!

Hojeando los últimos Libros

Comentarios de LUCAS GODOY

ALTER EGO: "UN COMANDANTE ENTRERRIANO"
Editor "Lajouane" — Buenos Aires

Comedia en cuatro actos, "para leer, para representar, para filmar", dice su autor. Y no dice mal. De la lectura, prueba terrible si las hay para una pieza de teatro, no sale malparado el "comandante entrerriano": y no es esto poco elogio. De la representación, sería imposible anticiparlo: pero a los méritos que la lectura ya permite apreciar le ha añadido el autor los deméritos que aseguran larga permanencia en el cartel: bailes, payadas, dianas militares... Y en cuanto a la "filmación", por fin, hay también sus amoríos y sus villanos, sus escenas de coraje y su beso final.

El escritor, que se esconde tras el seudónimo de Alter Ego, tiene, sin duda alguna, buenas dotes de autor teatral. El comandante entrerriano — que da título a la comedia — está trazado en pocos rasgos con un gran vigor y colorido. En torno suyo, cada cual con su vida propia y no como comparsas, van pasando algunos tipos de nuestro viejo Entre Ríos, allá por la época de Urquiza y López Jordán, felices casi todos en la sobria evocación: ño Filo, el degollador; don Nicanor, el tigrero; don Rudecindo, el domador.

Alter Ego conoce hondamente los personajes y el medio que ha evocado. Para presentarlos al lector — o al espectador probable — le bastan muchas veces algunas palabras certeras, algún incidente elocuente. El único personaje que por lo mismo resulta desdibujado — don Bruno, el villano — es precisamente aquel que para presentarlo recurre al monólogo de un "aparte"... Lamentamos por eso, junto a este defecto, los otros recursos de mala ley de que ya hablamos: los tambores y clarines del acto cuarto, el baile campestre con que la comedia se termina. Recursos, repetimos, que si son siempre demasiado fáciles, resultan reprochables por demás en un autor que demuestra tan seguro dominio de su técnica.

Con muy ligeros retoques — impuestos quizá por la representación, — "Un comandante entrerriano" resultaría una comedia de méritos innegables. Tanto más digna de aplauso cuanto más miserable es la vida que arrastra nuestro pobre teatro criollo.

FRANK ARKRIGHT: "EL A. B. C. DE LA TECNOCRACIA"
Editorial "Ahora" — Buenos Aires

Esta pequeña introducción se estaba ya haciéndose esperar. En las revistas y en los diarios, en las charlas de sobremesa y de café, no hay día que no se hable de la tecnocracia. Después del psicoanálisis y del yo-yo, es el juguete de moda. Pero hasta hoy, a decir verdad, no había llegado hasta nosotros sino a través de telegramas y de correspondencias.

El público necesitaba, sin embargo, una información un poco más amplia: no tanto como un tratado, porque entonces le sería inaccesible, pero algo más que un artículo, porque entonces se quedaba de nuevo insatisfecho.

"El A. B. C. de la tecnocracia" de Frank Arkright ha de complacer, sin duda, a los lectores. No es lo suficientemente claro como para dejarlo desilusionado ni lo bastante obscuro como para llegar a fastidiarlo. Véase, por ejemplo, la definición de la tecnocracia que da en la página primera: "Tecnocracia es una organización de investigación, fundada en 1920, compuesta de hombres de ciencia, técnicos, físicos y bioquímicos, establecida para reunir y comparar informaciones sobre el funcionamiento físico de la mecánica social en el continente americano, y demostrar las relaciones de este continente y la magnitud de su desenvolvimiento en relación cuantitativa con otras áreas continentales."

¿Qué tal eso del "funcionamiento físico de la mecánica social"? La cosa no está muy clara que digamos. Pero ninguna definición si fuera demasiado clara podría figurar de introducción. Porque si no, ¿quién se pondría a leer las páginas que faltan si conoce de entrada con perfecta claridad la respuesta terminante a esa pregunta que está hoy en los labios de todos?: ¿Qué es la tecnocracia?

Libros y revistas recibidos

"Cursos y Conferencias", revista del Colegio Libre de Estudios Superiores. Noviembre de 1932.

"El personal de Correos y Telégrafos a la Honorable Cámara de Diputados de la Nación", memorial presentado con motivo del proyecto de reformas a la Ley 4349, de Jubilaciones y Pensiones Civiles.

"Himno Nacional del Paraguay". Su letra y su música. Encuesta del Instituto Paraguayo. Editorial Buenos Aires.

"La generación española de 1898", por José María Monner Sans. Disertación pronunciada en el Club Español de Buenos Aires, el 30 de julio de 1932. Editorial La Vanguardia.

"La Columna al Mediodía". Oda, por Arturo Vázquez Cey. Editor Jesús Menéndez. Buenos Aires.

"Nacionalismo y Socialismo", por Adolfo Dickmann. Volumen de 150 páginas. Talleres gráficos de Porter Hermanos. Buenos Aires, 1933.

LA FEA

Una broma cruel hace despertar en el corazón de una mujer, desprovista de encantos, el incendio de la pasión amorosa, y por unos días vive el ensueño de toda su obscura existencia: tener entre sus manos las de un hombre que le dijera ternezas y la mirara con cariño. Pero ese breve período deja en su alma la mayor de las amarguras: la que brota del desengaño

EMA, ya impaciente, se atrevió al reproche:

—Pero, Matilde, ¿tanto necesitás para leer tan pocas palabras?

Matilde creyó que se le había descubierto en su secreto. Tuvo miedo. Vergüenza. Miedo y vergüenza de que Ema sospechara que su corazón habíase robado, para sí, aquellas palabras escritas...

— Disculpáme — respondió, confundida, y le entregó la carta.

— ¿Qué te parece?

En la mirada de Ema — dos ojos brillantes, agrandados y embellecidos por el milagro de un lápiz de sombra — se acumulaba toda su felicidad de saberse querida. Esperaba ávidamente, con ostensible inquietud, la opinión que la lectura del minúsculo papel había sugerido en Matilde. Ésta permanecía callada, insensible casi a la nerviosa expectativa de la otra muchacha que allí, junto a ella, frente a ella, aguardaba sus palabras...

— ¿No me decís nada?

— Sí, mi hija, sí — habló, como saliendo de un sueño. — Sí, que está muy bien.

— ¿Le acepto la invitación?

— Yo creo que nada perdés con ello, sobre todo si tenés la seguridad, como me has dicho, de que es tan caballero...

— ¡Ah, sí: un perfectísimo caballero! — confirmó Ema.

— Entonces, ¿para qué me consultás si debés aceptar o no?

— Porque algunas veces le tengo miedo..., miedo de estar sola con él, ¿comprendes? — Y, ya en tren de íntima confidencia, acercándose cuanto pudo al oído de Matilde, le confesó en un suspiro: — ¡Me sabe dar cada beso!...

Matilde unió los labios, unos labios gruesos, sombreados de vello, y en ellos anidó el beso ajeno, como antes, en su corazón, había amparado las palabras escritas para otra...

— ¿Te has quedado pensativa por lo que te he dicho?

Ella abrió la boca — una boca desmesuradamente grande — y dejó al desnudo sus dientes pequeños y algunos superpuestos.

— Por lo que me has dicho, no; me entristezco pensando en mi desgracia.

— ¿En tu desgracia?

— ¿Querés, acaso, mayor desgracia para una mujer que el ser fea..., tan fea como yo lo soy?

Ema procuró animarla:

— No digás disparates. Vos serás tan feliz como la más hermosa. Todo es cuestión de tiempo. ¿Sos capaz de decirme que nunca has tenido novio?

En los ojos, de un marrón difuso, de Matilde pugnaron por asomar unas lágrimas. Ella se esforzó en reprimirlas, avergonzada.

— Aunque vos no creás, así es: yo nunca he tenido novio, ni tengo ni debo tener esperanzas que suceda lo contrario. ¿Quién suponés que pueda fijarse en mí?

— Mientras haya hombres en el mundo — filosofó Ema, — nosotras no debemos desesperarnos. Si no es hoy, será mañana; pero, al fin, son ellos los que tienen que venir a buscarnos.

La presencia del jefe les quebró el diálogo. Luego, a la hora de salida, Matilde y Ema volvieron a encontrarse en el toilette.

— ¿Querés que te presente mi chico?

Matilde no supo responder de inmediato. Recordó las palabras escritas en el minúsculo papel, aquellas palabras que su corazón hurtara para sí. Podía, si lo deseaba, conocer de cerca al hombre que era dueño de ellas...

— Bueno, como querás.

Salieron. Ya en la calle, vió Matilde cómo muchas de sus compañeras se adherían al brazo de los hombres que las esperaban en la esquina. Vió también cómo se alejaban, estrechamente unidos, paseando sus amores... Se estremeció de tristeza.

Ema hizo la presentación.

— Matilde; mi novio...

La suave presión de aquella mano enguantada le hizo sentir que el corazón, agitándosele con violencia, le hurgaba el pecho.

Ema ascendió a la voiturette.

— Hasta mañana, Matilde.

— Buenas noches, señorita.

El hombre rubio volvió a tenderle la mano, y Matilde volvió a sentir que su corazón le golpeaba con insólito ritmo.

Y esa noche Matilde se durmió soñando con el hombre rubio...

Ema vió a su hermano, sentado junto a una mesa, en un café. No estaba solo. Le acompañaba una mujer. Un raro temblor le cosquilleó en la médula.

Así apuntalaba ella su vida, con retazos de dicha ajena. Sufría y gozaba con los altibajos de las pasiones de los demás. Conocía íntimamente el proceso de los amoríos de quienes se llegaban hasta ella reclamando su opinión o su consejo. Era una caja de secretos que guardaba celosamente. Virgen de inquietudes propias, resignada

NOVELA CORTA DE ALFREDO ESPINOSA



ya a su destino de no hilvanar quimeras, se contentaba con su suerte de mediadora. De la felicidad de los otros hurtaba ella lo suficiente para alimentar su corazón. Era la novia de los novios de sus amigas. Soñaba con ellos...

— ¿Sabés que estoy encantadísima del paseo de anoche? — díjole Ema apenas habían ocupado sus puestos de labor.

Matilde se adhirió a la alegría de su amiga:

— Te felicito, entonces.

— Sí, ya te digo, encantadísima. Llegué a casa cerca de las once. Le dije a mamá que me había demorado en casa de una compañera enferma.

— ¿Se portó bien tu compañero?

— ¡Lo más bien! — respondió Ema, y agregó maliciosamente: — Aunque eso sí, un poquito más enamorado que de costumbre... y unos besos más fuertes que los de otras veces...

Matilde sintió en su boca la boca del muchacho rubio.

Aquel día fué Matilde quien buscó en Ema a una confidente:

— ¿Me prometés guardar reserva si te cuento una cosa?

Ema la miró sorprendida.

— ¿De qué se trata? Podés hablar con toda confianza.

— Bueno, lee esta carta.

Cuando Ema cesó en la lectura, vió que los ojos — unos ojos oblicuos, marrones, — de Matilde estaban extrañamente iluminados. Vió también que una sonrisa amplia acentuaba aun más la fealdad de su rostro.

— ¿Has visto — recordóle Ema, devolviéndole la carta, — has visto que yo tenía razón en lo que te decía? Todo es cuestión de tiempo. Supongo que ahora no tendrás por qué quejarte de tu suerte.

Matilde no podía hablar. La emoción le trababa las palabras. Vivía un instante de honda felicidad, de felicidad propia. Acaso el único instante de felicidad de su vida.

— ¡Cómo querés que me queje, si es lo que más he deseado en mi vida!

— Creeme que me alegro de veras.

— No les vayás a decir nada a las demás chicas.

— ¡No faltaba más!

Guardaron un ligero silencio. Fué Ema quien habló primero:

— ¿Así que te espera esta noche a la salida de la tienda?

— Eso es lo que me dice en la carta.

— ¡Cómo estarás de nerviosa!

— ¡Oh, te aseguro que las horas se me hacen siglos!

— Y, ¿dónde lo conociste?

— Aquí, en la esquina, anoche. Cuando pasé a su lado no sé qué palabras me dijo. Dudé que fuera a mí a quien se dirigía; por eso no atiné a contestarle. Después, me siguió dos o tres cuadras, según me dice en la carta, pero como yo iba con Elisa, no se atrevió a hablarme.

Un rato después, en el toilette, un grupo de compañeras rodeaba a Ema:

— Y, ¿qué tal; cómo salió el asunto? — preguntáronle casi a coro.

— Lo más bien. No se ha dado cuenta de nada. Les aseguro que no sé cómo pude hacer para disimular tanto y no reírmele en la cara.

Una voz salió del grupo:

— ¡Pobre fea! ¿Para qué la engañan?

Las demás muchachas localizaron rápidamente a la que había hablado:

— Y a vos, ¿qué te importa? Entre amigas, una broma se justifica.

— Y tu hermano — preguntó otra de las del grupo. — ¿Qué dijo?

— ¡Oh, — respondió Ema, ufanada de su éxito. — Se ha reído lo que no tiene nombre mientras escribía la carta.

Todas festejaron con una risotada la ocurrencia sugerida por Ema. Sólo una voz volvió a oírse:

— ¡Pobre fea! ¿Por qué hacen eso?

Todas volvieron a reír más fuerte.

Esa noche, apenas aquel hombre se ubicó a su lado, Matilde hizo desesperados esfuerzos por regular su andar, hacerlo indolente, con ese ritmo característico que había visto en tantas parejas. No podía. No sabía hacerlo. Los pies se resistían al andar lento, a ese andar nunca ensayado. Estaban acostumbrados a una marcha acelerada, rapidísima. Esta contrariedad habíala puesto sumamente nerviosa.

Caminaron unas cuadras bajo una tenuísima llovizna. ¡Cómo había envidiado y sufrido ella cuando veía, en horas de lluvia, la intimidad de tantas parejas que parecían, de apretadas, fusionar sus cuerpos en uno sólo, buscando mutuo refugio! Pero también ella gozaba ahora ese instante tan ardientemente ambicionado. Le dolía, sin embargo, que su compañero caminara un tanto desarrimado de su cuerpo, y que le hablara de cosas tan banales, dichas en un tono de voz alto, que casi las oían quienes pasaban a su lado. Ella hubiera deseado una calle obscura, desierta, arbolada, y que la voz de su hombre llegara hasta sus oídos en un eco apagado, en un rumor suavísimo...

La lluvia comenzó a tornarse intensa.

— Me parece mejor — propuso él — que nos detengamos en este zaguán hasta que llueva menos... Si no se va a mojar mucho.

¡Qué le importaba a ella del agua! ¡Cuánto no hubiera preferido seguir andando..., andando..., para luego, ya en su casa, en la soledad de su pieza, quitarse la ropa empapada, colgarla en una percha o sobre una silla, a secar, y tener así, para solaz de su corazón, el recuerdo de un momento feliz vivido bajo la lluvia!...

— Bueno, como usted quiera.

— ¿Vive usted lejos?

Ella le dió su dirección.

— Un poquito retirado del centro, ¿eh?

— Efectivamente.

— ¿Y no le cansa el viaje tan largo?

— No; siempre me distraigo leyendo.

— ¿Qué lee?

— Novelas.

— ¿De amor?

— Son las únicas que me gustan.

Al muchacho se le antojó francamente ridículo que esa mujer, con una nariz tan imperfecta, con esa boca de labios gruesos

y velludos y con ese mirar oblicuo de sus ojos marrones, tuviera veleidades románticas...

—Y a usted — preguntó ella con timidez, — ¿le gustan también las novelas de amor?

Él hizo un esfuerzo para fingir seriedad:

—Las novelas de amor no me gustan. Prefiero ser yo el protagonista. — Y en un ex abrupto, procurando impregnar su voz de dulzura, le dijo, tomándole la mano: — Por ejemplo, me agradaría mucho que usted me quisiera, como yo siento que la quiero.

Matilde quedó alelada. Sintió decrecer las fuerzas. Tuvo miedo. Alegría. Fiebre. Frío. Intentos de llorar. De reír. Era la primera vez que su corazón no hurtaba la dicha ajena..., la primera vez que un hombre le reclamaba su cariño. Se rehizo un tanto. Habló apenas:

—Nunca — respondió él con aplomo, — nunca he dicho una verdad tan santa como ésta.

—Entonces — respondió Matilde, melosa la voz, — yo tengo la seguridad que podemos ser felices..., porque siento que también yo lo quiero.

Siguieron hablando, ya en un tren de mayor intimidad, hasta que, amainada un tanto la lluvia, él dispuso reiniciar la marcha.

—Vamos.

—Bueno, como usted guste — aceptó, sumisa.

Echaron a andar bajo el agua que caía ahora lenta.

—Tomaremos el ómnibus aquí — habló el muchacho, deteniéndose en una esquina.

Ascendieron al vehículo y, durante todo el trayecto, no cesaron de hablar un instante. Ella había extendido las manos sobre la falda, como en demanda de las de él que las oprimiera. El muchacho pareció interpretarla en su intento y pronto sintió Matilde el tibio roce de unos dedos que se entrelazaban con los suyos. Buscó ella, al sentir la suave caricia, los ojos del hombre, y sus miradas se encontraron en una mutua confesión de promesas...

Cuando se despidieron, ella no tuvo ni vivió con otro pensamiento que no fuera el recuerdo de aquel hombre que había trazado una nueva ruta a su destino...

Entretanto, el muchacho habíase quedado en la esquina a la espera del ómnibus que lo condujera nuevamente al centro, donde sus amigos del barrio lo esperaban para que dejara definitivamente constituído el team de football que defendería el domingo próximo, en el baldío cercano, los prestigios del club de la zona.

Era el único pensamiento que le preocupaba.

A la mañana siguiente, las muchachas, antes de ocupar sus puestos de labor, habían formado un círculo en torno de Ema, de cuyas palabras estaban pendientes.

—... Y entonces — seguía narrando Ema, gozosa del buen resultado de la broma — quedaron en verse hoy; pero, como ya imaginarán ustedes, mi hermano piensa en todo, hasta en irse a la China, pero no en verla más a ella.

Unos pasos próximos las hizo guardar silencio. Matilde entró y su saludo fué mucho más efusivo que de costumbre. Luego, ya a solas con Ema, detrás del mostrador, abundó en detalles refiriéndole la entrevista.

—¿Y esta noche te espera?

—¡Seguramente!

La intensa labor de ese día no les permitió volver sobre el tema. Ello no fué impedimento, sin embargo, para que, aprovechando cualquier rapidísimo aparte, Matilde repitiera a Ema, en voz apenas perceptible:

—¡No te imaginás cómo se me hacen interminables las horas de hoy!...

—Pero, ¿qué te pasa? ¿A qué se debe esa palidez y esa tristeza?

Matilde guardó silencio. Un violeta acentuado le surcaba las ojeras y lo demacrado de su rostro, que daba la pauta de una noche en desvelo, subrayaba la fealdad de sus facciones.

—Pero, mujer, hablá: ¿qué te pasa?

No pudo evitar Matilde que los ojos se le abrillantaran de lágrimas.

—¡Yo no sé por qué Dios me castiga de este modo! Anoche he esperado en vano, durante más de una hora, aquí, en la esquina, y no lo he visto. ¡He pasado unos momentos terribles, sin poder dormir un instante!

Un vago temor sobrecogió a Ema y le hizo comprender la gravedad de la broma urdida.

—Y... ¿qué pensás hacer para dar con él? — preguntóle, tratando de sondear los pensamientos de su compañera.

—No sé, no sé; esperaré esta noche, mañana, siempre. Tengo la seguridad que ha de volver.

Ema buscó unas palabras de consuelo:

—A lo mejor habrá tenido que salir de viaje impensadamente. ¡Vaya uno a saber! Pero no tenés por qué desesperarte.

Al mediodía, luego que se hubo retirado Matilde, las muchachas, reunidas en el toilette, oyeron de boca de Ema la gravedad de la situación.

—¡No es para tanto la cosa! — apuntó una de las del grupo. — Vos te has impresionado viéndola llorar y por eso exagerás los puntos.

—Nada de exageraciones — aclaró Ema, sinceramente arrepentida. — La verdad es que no creía que iba tomar el asunto tan trágicamente. Esta tarde, cuando venga, le diré que todo fué una broma.

—Si le decís la verdad — advirtió otra de las muchachas, — sacará en claro que vos sos la única autora de la broma..., y eso me parece que es ya mucha responsabilidad. Pensá bien lo que te digo.

Ema no supo qué responder, pero una rara tristeza, un miedo extraño, le apagó la sonrisa de sus labios.

Matilde fué desmejorando paulatinamente. Durante dos semanas había esperado inútilmente, todas las noches, la presencia del muchacho. ¿Qué habría sido de él? ¿Le habría ocurrido alguna desgracia? ¿Estaría enfermo? Estos pensamientos la martirizaban constantemente. Quizá él se hallara enfermo y pidiera la presencia de ella... ¿Cómo llegar hasta su lado? No podía olvidar ni un solo instante a ese hombre, al único hombre que Dios habíale puesto en su camino para reclamarle su amor..., el único hombre que llenó su vida hasta entonces vacía. ¡Cómo no sufrir ante esta cruel ironía que le jugaba la suerte!

Ema, que la adivinaba en sus pensamientos, le habló, como lo venía haciendo desde unos días atrás, para procurar aquietarla en su dolor:

—No desesperés, Matilde; si "ése" no vuelve más, no te faltará algún otro. ¡Hay tantos hombres!...

Ella la miró, envolviéndola con una sonrisa de agradecimiento:

—Gracias, Ema, gracias... Ya comprendo, ya comprendo tu buen corazón.

Salieron juntas al mediodía. Un chico les interceptó el paso apenas transpuesta la puerta de la tienda.

—¿Cuál de ustedes es la señorita Matilde?

—Yo.

—Un señor me dió esta carta para usted. — Y el chico salió a toda prisa.

Matilde no sabía si entristecerse o alegrarse con esa carta. ¿Qué diría? Rasgó el sobre, temblando. Y apuró el breve contenido del papel, escrito a máquina: "Ruégole haga de cuenta que nunca nos hemos conocido. Nada puedo

(Continúa en la página 19)



Un cuento humorístico de

SAUL CORTINEZ

DESDE que Serapio entró a ocupar el modesto cargo de vendedor en la tienda "El Gran Turco", acreditada sedería del barrio del Sur que cuenta con una aristocrática clientela, Petra, su mujer, no podía dormir de celos. Su marido, aunque no era un John Gilbert ni mucho menos, a ella le constaba que tenía veleidades de conquistador, y temía que más de una "vampiresa" en tren de compras le robara su cariño.

—No exageres, mujer. A ellas lo único que les interesa es la mercadería; el vendedor no es más que una máquina de desplegar cortes de género — decía Serapio para tranquilizarla; pero como no podía dejar de satisfacer su amor propio, agregaba, como no queriendo darle importancia: — Si bien es cierto, claro está, que hay excepciones...

—No, no trates de engañarme. Esas pichincheras copetudas son capaces de enamorarte para conseguir una rebaja — le contestaba Petra, sintiendo ganas de arañar a sus presuntas rivales. Y de buena gana hubiera preferido verlo a él expuesto a las llamas de un incendio, trabajando de bombero, con tal de que no estuviese allí con el corazón al "spiedo", bajo el fuego de tantas miradas femeninas. Pero, como era tan difícil encontrar trabajo, comprendió que no había más remedio que resignarse... y extremar la vigilancia para evitar las tentaciones de su marido.

Él, por su parte, infructuosamente, hacía lo posible para provocarlas, y aunque no tenía un momento de descanso, desempeñaba complacidísimo sus funciones, afanándose por atender el mayor número posible de clientas y prodigarles una sonrisita picaresca que no se le borraba en todo el día. Si bien en el tiempo que llevaba allí no había conquistado a nadie, se sentía íntimamente feliz pensando que a medida que lo fuesen conociendo se anotaría más de una conquista. Y el turco Alí, el dueño del negocio, hábilmente estimulaba esta ilusión donjuanesca de su vendedor para que no dejara de ser galante y se mostrase siempre complaciente, aunque no le aumentara el sueldo. Por eso a menudo solía halagarlo con frases como esta: "¡Usted es terrible, Rodríguez! Sin darse cuenta, las fascina. ¡Qué hombre! La chica de Pepínez no le sacaba los ojos. ¡Tenga cuidado! Si lo sabe su mujercita, no le hará mucha gracia..." Serapio aceptaba las bromas sin disimular su satisfacción, pero le pedía encarecidamente que no hiciera alusión alguna delante de su cónyuge. Él sabía por qué...

Petra todas las noches iba a buscarlo, y lo custodiaba hasta que llegaban a su casa. Él, resignadamente, se sometía a esta vigilancia para evitarse luego ciertas escenas domésticas bastante desagradables. Este temor era una consecuencia de su timidez y del genio de su esposa. Del que podía dar fe también el turco Alí, porque no había vez que ella; en la puerta de la sedería, no le dijera en voz alta a su marido:

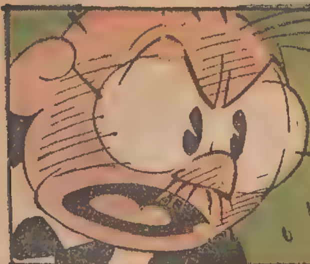
—¡Estoy deseando que vuelvas a trabajar entre cristianos!

Y después le dirigía una mirada fulminante al dueño del negocio. Una mirada que aquél, sin atajarse, aceptaba sonriendo bonachonamente, y la retribuía con otra más afable y llena de malicia.

A los dos meses de estar Serapio en "El Gran Turco", se sintió enamorado hasta la médula de una de las clientas. Una rubia pizpireta que trabajaba en una compañía de revistas, y que le hizo creer que había logrado despertar en ella un "poquito" de interés. Y él le aseguró que ese interés sería la chispa de una pasión volcánica, que haría más de una locura para ganar su cariño. Pero como no podía levantar un dedo sin que se enterara Petra, y ella no le dejaba levantar ninguno sin su

(Continúa en la página 20)





DON FERMÍN

POR DANTE QUINTERNO























ALFREDO ESPINOSA

AUTOR *de la* NOVELA CORTA *que se* PUBLICA *en este* NUMERO

LA FEA

HACE *para los* LECTORES *de* *Mundo Argentino* *su* AUTOBIOGRAFIA

Felizmente, necesito de muy pocas palabras para hablar de mi mismo:

Publiqué mi primer trabajo, un cuento brevísimo, en una revista rosarina, en 1917. Me inicié en el periodismo en esa misma época. Alterné la pluma con el martillo. La ruta era penosa... Pero tuve un puntal sólido que me aligeraba de tristezas y me renovaba los sueños: mi madre.

Luego, algunas revistas y diarios porteños y del interior del país me honraron la firma registrándola en sus páginas. Esto me permite sumar hasta la fecha cerca de 40 novelas publicadas, además de un libro de narraciones breves , DEL AMOR Y DE LA VIDA, impreso por la Editorial Tor. Es toda mi humilde fortuna.

Que el amable lector me perdone si lo he defraudado en su esperanza que le refiriera algo de interés.



La fea

(Continuación de la pág. 16)

hacer para remediar esta situación. Yo salgo hoy mismo del país, hacia el que no pienso regresar más. Perdóneme lo que haya podido sufrir por causa mía."

Matilde, para no caer, buscó el refugio de Ema.

Matilde no podía resignarse a la realidad de haber perdido el amor de aquel hombre. ¿Qué razones le habrían inducido a alejarse de su lado?

Un torbellino de pensamientos le afiebraba el corazón. Ella hubiera hecho lo imposible para sólo haber oído de su boca una sola palabra..., una sola palabra que lo justificara en su actitud. Pero Dios no habíale querido conceder esa gracia, y con ello la condenaba a torturarse formulándole a su corazón una misma perenne pregunta: ¿Por qué se alejó?

La respuesta no había llegado nunca a ella para haber de este modo mitigado en algo su dolorosa incertidumbre. Los días fueron sumándose en meses y meses, pero en su espíritu manteníase firme el recuerdo de aquel muchacho, que fué el único hombre que le reclamara su amor...

Poco se veía ahora con Ema, por cuanto ésta había sido trasladada a otro departamento de la tienda, en el octavo piso. No faltó, empero, el encuentro; un sábado a mediodía.

—Me han dicho que te casás, Ema; ¿para cuándo es?

Ema la miró enternecida.

—Sí, es cierto; pero todavía no hemos fijado fecha; quizá antes de tres meses.

—¿Supongo que con el muchacho aquel que me presentaste?

Ema se avergonzó.

—No; con otro...

Siguieron andando en animada conversación. Se internaron por Florida, y por ésta continuaron hacia Victoria, en cuya esquina ambas tomarían distintos tranvías.

De pronto, ya en la avenida, Matilde dejó escapar un grito de asombro, mientras oprimía con extrema violencia el brazo de Ema:

—¡Mirá..., mirá! ¡Allí está!

Ema, alarmada, paseó la mirada ampliamente.

—¿Quién..., quién?

—¡Él..., él!...

Ema vió a su hermano, sentado junto a una mesa, en un café. No estaba solo. Le acompañaba una mujer. Un raro temblor le cosquilló en la médula. Empalideció de miedo, previendo una tragedia inminente.

—¿Qué pensás hacer?

Matilde habíase detenido. Los labios gruesos y velludos habíansele contraído en un rictus de dolor. Su mirada se abrillantó con unas lágrimas. Ema insistió, desesperada:

—¿Qué pensás hacer?

—Matilde habló con un hilo de voz:

—Volvámonos... Iremos por la otra cuadra... ¿Para qué lo voy a intranquilizar con mi presencia?

FIN



Tenorio de mostrador

(Continuación de la página 17)

permiso, se resignó a enamorar a la bataclana desde el mostrador, firmemente decidido a seguirla y fugarse de su casa cuando le diera el *sí*. Mientras tanto, proyectaba el plan, con la esperanza de poder realizarlo de un momento a otro; había previsto hasta los detalles: esa tarde, con cualquier pretexto, saldría de la tienda antes que llegara su esposa, y mientras ella lo aguardaba, él sacaría de la casa todas sus "pilchas"; luego se ocultaría en un hotel hasta la hora del espectáculo. "¡Por fin podré verla luciéndose en las tablas! — se decía. — ¡Y después de la función la tendré para siempre en mis brazos!" Pero en seguida temblaba de miedo pensando en Petra. Sabía que ella era capaz de matarlo si llegaba a descubrir su plan. El único que estaba en el secreto era un turquito sobrino de Alí, que le había jurado no decirle una palabra a nadie, y todos los días le preguntaba misteriosamente:

—¿Y? ¿Para cuándo, Rodríguez?

—¡Pronto! — era la respuesta del Don Juan, acompañada siempre con un profundo suspiro. Un suspiro que tenía bastante inquieta a su cara mitad, porque ni en su casa lo podía contener evocando a la bataclana.

—¿Qué estás tramando, Serapio? Esos suspiros no me gustan nada; prefiero verte con la sonrisita de traidor de cine. — Y lo amenazaba con una de esas miradas de desafío que solía dispararle al dueño de la tienda cuando iba en busca de su esposo.

Dos semanas llevaba suspirando el hortera enamorado de la rubia pizpireta, cuando ella una mañana entró en la tienda y, como estaba con ganas de reírse, lo dejó hablar largamente a su Romeo, permitiéndole que le tomase la mano escondida bajo un corte de "voile de Chine". Él, casi al oído, le balbuceó tiernamente su plan, mientras, sin saber lo que hacía, le empaquetaba toda la pieza del género aquel. La damisela aprovechó esta circunstancia para retirarse llevándosela sin pagar, después de fingirse muy emocionada y prometerle a Serapio que, de acuerdo con sus instrucciones, lo esperaría esa noche a la salida del teatro. El turco Alí, desde la caja, espió toda la escena, y, sin decir una palabra, dejó ir a la mujer; pero anotó en seguida el importe de la pieza para descontarlo del sueldo de su empleado: "$ 85", dándole a éste la boleta para que la firmara.

—¿Y? ¿Para cuando? — le preguntó, entonces, maliciosamente, el sobrino del dueño a Rodríguez.

—¡Para hoy! ¡Para hoy! — exclamó él, radiante de alegría. Y sin darse cuenta, como la cosa más natural del mundo, firmó la boleta por el importe de la compra que acababa de hacer su dama.

Si en ese momento hubiera pensado en Petra y en las consecuencias que ello habría de acarrearle, hubiese preferido firmar su propia sentencia de muerte. Pero Serapio estaba muy lejos de imaginarse lo que le aguardaba. Con la mente puesta en su aventura siguió atendiendo mecánicamente a las compradoras hasta la hora de almorzar. Luego, en su casa, hizo lo posible para disimular su estado de ánimo, sin lograrlo, porque su mujer, notándolo tan cambiado, prefirió quedarse callada, muy a pesar suyo, para atisbar todos sus gestos buscando el hilo de esa inquietud.

—Hoy, si vas a buscarme, no vayas tan temprano, porque tenemos que preparar la mercadería para el balance — le dijo, sin atreverse a mirarla. Ella pescó al vuelo la mentira, y sin hacer comentario le prometió ir más tarde. Claro que decidida a sorprenderlo lo antes posible para tratar de enterarse de todo.

Y así fué. En el preciso instante en que Serapio se disponía a pedirle permiso a su patrón para salir una hora antes y cobrar el sueldo—sin acordarse de lo de la boleta — para emprender su aventura, Petra se presentó en la tienda.

—¿No tedije que vinieras más tarde?

(Continúa en la página 61)



en el 7º PISO, Nº 23

vive un personaje extraño, casi fantástico, cuya sorprendente condición, entre lo trágico y lo cómico, conocerá el lector a través de este emocionante

Cuento de MANUEL ANTONIO VALLE

LA valija! — susurró alguien. Luego, otra voz:

— ¡Ssssch!... ¡Ssssch!...

El hombre venía saliendo del ascensor y se detuvo un instante. Era bajito, flaco, pálido y, al quitarse los lentes — un par de lentes sujetos a la oreja por una cadena de oro, — le brillaban los ojos con felinidad. Recorrió los contornos con la vista. Apretó más la valijita de cuero y, sin dar mayor importancia al secreteo, fué a la puerta de su cuarto, la abrió y se metió sin hacer mucho ruido. Después, como siempre, todo quedó en silencio. El cuarto del desconocido estaba en el séptimo piso, era igual a todos y en la puerta mostraba este número: 23.

El carpintero vivía con su mujer en la habitación contigua. Por el ojo de la llave solían ambos espiar la llegada del vecino. Esa noche era día de difuntos. Sebastián sacó la cabeza y avizoró. Detrás de él se alcanzaba a distinguir la de María.

— ¡Ssssch!... ¿Te fijaste? Anda hoy inconocible.

— ...Y siempre con su valijita.

— ¡Siempre!... Yo daría la mitad de mi vida por saber qué diablos guarda allí.

— Es doctor. ¿No te acordás de lo que dijo la patrona?

Oyeron un leve ruido en la pieza contigua y, andando de puntillas, se volvieron adentro. Sebastián pegó el oído a la pared, en una esquina. Luego llamó a su mujer.

— Alcanzame una broca de media.

La mujer fué a rebuscar en el cajón de los hierros de carpintería, procurando no perturbar el silencio, y regresó con la broca. Sebastián la tomó con sumo cuidado. La pegó a la división de madera. Contenía la respiración y le daba vuelta despacio, muy despacio. A veces traqueaba la madera. Sebastián suspendía por un segundo y volvía a la carga.

— ¿Oís? Acercá el oído. Vení acá... ¡Ssssch! ¿Oís? ¿Qué es lo que dice?

— No le entiendo — secreteó la mujer.— Parece que está llorando...

El hueco estaba concluído. Sebastián no se atrevía a pegar el ojo. Le había entrado un vago y repentino temor. Y sin saber por qué le tomó la mano a su mujer y le habló en secreto.

— ¡Hoy es día de difuntos!, ¿no?

María levantó la cara y la volvió a bajar en señal de asentimiento. Era verdad. Ese día era el de difuntos. Algunas gentes dicen que esta noche andan sueltas las almas de los muertos. ¡Qué mentira! María lo sabía. Eso era un embuste... Sin embargo, ella también sentía miedo. Un miedo absurdo que tenía las raíces en su propia niñez. No se atrevían, por eso, a pegar el ojo en el hueco recién abierto.

Fué de la noche a la mañana que se dieron de narices con el nuevo inquilino. De esto iban ya varios días. Y como el individuo era bastante extraño, María decidió averiguar quién era, en qué se ocupaba, de qué vivía, qué era lo que pensaba..., etc., etc. Le acechó en vano. El desconocido no daba la cara ni mucho menos la conversación. Era hosco. Nadie le había oído hablar... ¿Nadie? ¡Ah, sí! Cómo no. Algunas veces llegaba una vieja que tenía cara de lechuza. Una de esas viejas desconfiadas que, al entrar por primera vez en una casa, examinan el sitio donde van a pararse, el picaporte de la puerta, los ladrillos o la madera del piso y una serie de otras etcéteras parecidas. La vieja salía del ascensor y llamaba con dos toques secos a la puerta del Nº 23. Y esperaba. A poco, regularmente, se entreabría una hoja.

— Buenos días, doctor — saludaba la mujer.

— Buenos días — contestaba el inquilino.

Y sin otras palabras le alargaba un paquete de ropa sucia. La vieja se marchaba despaciosa, perezuda, haragana. Un día Sebastián provocó la oportunidad y se metió junto con ella en el ascensor. Bajaron hasta la planta baja sin que el carpintero lograra sacarle un sonido. La mujer esperó a que él abriera el ascensor. Luego salió sin dar las gracias ni hacer un gesto de nada. Ya en la calle tomó un tranvía. Se la tragó la ciudad.

Fuera de esos "buenos días", escuetos y secos, nadie le había oído pronunciar más palabras. Por la lavandera — era de presumir, lógicamente, que aquella mujerraca fuese tal — había llegado a la conclusión que el nuevo vecino era médico... Y también por la valijita inseparable. María, en su afán de saberlo todo — y en particular lo que se relacionaba con los vecinos, — se devanaba los sesos buscando un medio de ponerse en comunicación con el del 23. Pero todo era inútil. El inquilino era hosco. Decididamente hosco. Entonces le observó treinta y seis horas diarias. El marido le preguntaba todas las tardes, al regresar de su trabajo:

— ¿Nada?... ¿Nada?

— ¡Nada! ¡Nada! Todo lo que sé es que se levanta al aclarar el día. Le oigo los ruidos, ¿ves? Sale a eso de las ocho o las nueve. Sin duda a desayunarse. Vuelve al rato nomás y... ¡todo lo mismo! No oís nada. Hace más ruido una mosca. A la hora del almuerzo, algunos días, le ves buscar la calle. No regresa sino hasta las seis, las siete o las nueve. Ya no sale más... Eso es todo.

— Uno de estos días — secreteaba Se-

(Continúa en la página 43)

CORREO CINEMATOGRÁFICO

Por KING



¿Como tú me deseas? Una peliculita visible por cuarenta centavos, sin propina al acomodador y siempre que antes pasen otra de dibujos animados... ¡Que no estamos para perder tiempo!, ¿verdad, tú?

a **Camorrera.**

de **JOAN CRAWFORD** es veraz. (No te asustes por el terminito. Estoy puliendo el estilo.) En cuanto a los dibujos, no quiero hablar. Porque de decir la verdad tendría que repartir desilusiones a docenas, por más pulidas que fuesen.

a **Magda E. Custer.**

Tu carta no es muy clara que digamos, y por eso no la entiendo bien. Dices que te pareces a **ANN STEN**, que su rostro te recuerda a cierta persona ausente y muy querida por ti, que ella filma actualmente **Naná**, y que Naná es tu sobrenombre. ¿Y?... ¿Quieres decir con esto que posiblemente **ANN STEN** sea tu madre, tu tía, tu hermana, tu prima o tu amiga? ¿O crees que el hecho de que concuerden tu sobrenombre y el título de la película implica algo? Porque si agarras por ese lado, vas de contramano... Es lo mismo que si fuese yo a pensar que el mono de quince metros de largo que trabaja en **King Kong** tiene algo que ver conmigo...

a **Ann.**

ROLAND YOUNG hace de doctor e hijo de **HELEN HAYES** en **El pecado de Madelon Claudet. PAUL LUKAS nació en Budapest (Hungría) el 26 de mayo de 1897**; mide m. 1.84, tiene ojos y cabello castaños y está casado con Girella Benes. En el cine es un actor novel hasta por ahí nomás, pero en el teatro es veterano. Cuando gustes puedes venir a visitarme. Si me encuentras en la Redacción te atenderé.

a **Paloma.**

El ratón Mickey ya se ha presentado en colores. Y en cuanto a **El caballero de la noche**, con **JOSE MOJICA (a) el pardo Pepe**, no te digo nada. ¡No te digo nada porque tengo mucho que decir sobre su última película filmada con **CONCHITA MONTENEGRO**! Figúrate que se siente **Tarzán** y se hace el loquito por el bosque jugando a las escondidas con ella...

a **Queen.**

ROBERT MONTGOMERY hizo su aparición en el proceloso mar de la vida (¡si será cursi el tío este!) en **Beacon (EE. UU.), el 21 de mayo de 1904**. Mide m. 1.80, tiene ojos azules, cabello castaño, y desde 1928 está unido a Elizabeth Allen por los sagrados vínculos ¡ay! del matrimonio. (Cuando me canse de hacer cine me meto a cronista social. Tengo pasta.) **JOHN GILBERT nació en Logan (Estados Unidos), el 10 de julio de 1897**. Su nombre verdadero es John Pringle, mide metros 1.81, tiene ojos y cabello negro y es un aprendiz de Salomón, por las cuatro esposas que ha tenido. **WILLIAM HAINES proviene de Staunton (Estados Unidos)**, desde el 1 de enero de 1900. Mide m. 1.83, tiene ojos grises, cabellos negros y la suerte de estar soltero. **JOSE MOJICA** (a) el pardo Pepe, como le han dado en llamar por ahí, nació en San Gabriel (Méjico), el 14 de septiembre de 1897; mide m. 1.83, tiene ojos y cabello negro y está soltero.

a **Chela.**





ASTRID ALLWIN, por Aurora C. de López Gaviola, de Mendoza.

SILVYA SIDNEY, por A. M. Firone, de 25 de Mayo.



JOHN GILBERT, por Pedro F. Altuna, de Junin 140 (C. Suárez).

JOHN BARRYMORE, por Teresa Santoro, de Arroyo Seco.

Has estado hecha una uva, mendocina. En premio a lo cual te devuelvo el crédito que te había retirado. Aquí tienes una carta para tu tan adorable Gre-r-reta: **Dear Greta; I would take it as a special favour if you would send me one of your photos, as I am an ardent admirer. Trusting you will pardon the trouble. I remain yours truly (Firma).**

a **Rubia mendocina.**

LILLIAN BOND, por José Alvado, de Montemaiz.

JOSE MOJICA, por Amalia Calderón, de Rodeo del Medio (Mendoza).

TALLULAH BANKHEAD nació el 3 de enero de 1902 y **ELISA LANDI** el 6 de diciembre de 1904. **JOAN CRAWFORD** y **DOUGLAS FAIRBANKS** andan mejor que nunca. Están divorciados. Y en cuanto a lo de **LUPE VELEZ** y **GARY COOPER**; sí. ¿Entiendes?

a **Adolfo A. Gómez.**

BARRY NORTON cumplirá 27 años el próximo 16 de junio. Las últimas noticias que de él tuve daban a entender que se hallaba en Inglaterra. Pero nada más.

a **Una adm. de Barry.**

En "Mundo Argentino" del 28 de diciembre ppdo. encontrarás lo que deseas. Si sufres una desilusión, ¡que te secuestren! Es lo menos que puedo desearte para que te pongas a la moda.

a **Istres.**

Si no fuera porque las comparaciones resultan siempre odiosas, te diría que el mejor estudio de Estados Unidos es el de la **Metro Goldwyn Mayer**, en **California**; que le sigue por orden de méritos el de la **Paramount** en Hollywood, luego el de la **Warners-First National** en **California**, y en seguida el de la **Fox** en Hollywood. Pero como esto te lo diría si las comparaciones no resultasen odiosas, prefiero callar. La primera película de los **Estudios Lumiton** fué **Los tres berretines**, con **LUIS ARATA, LUISITA VEHIL** y **SANDRINI.**

a **Viejo lector.**

Me parece que esa imitación que ustedes han hecho de **LAUREL** y **HARDY** es bastante buena. Tiene gran parecido con los dos cómicos, sobre todo en la galera...

a **Berti y Ferrari.**

MARLENE DIETRICH tiene 28 años. (No. No miento.) y **DOLORES COSTELLO** 36. Puedo asegurarte que todo cuanto he dicho



RAMON NOVARRO

por **LIDORO MANSILLA**

Este fiel retrato del famoso galán de la pantalla nos fué remitido desde Misiones 148 (Santiago del Estero), y se ha hecho acreedor, por su mérito indiscutible, al premio de diez pesos moneda nacional que semanalmente otorgamos a la mejor ilustración recibida.

La actual esposa de **TOM MIX** se llama Mabel Hubbell. **PAUL MUNI** ha filmado **Siete caras, Scarface** y **Soy un fugitivo.**

a **Adm. de Clive.**

WILLIAM POWELL tiene 41 primaveras, que ya evidencian cierta tendencia al otoño. Puedes escribirle a **Warners First National Studios, Burbank, California. JOAN CRAWFORD tiene 25**, y recibirá tu carta en **Metro Goldwyn Mayer, Studios, Culver City, California.** No creo que **POLA NEGRI** vuelva a filmar, a pesar de los esfuerzos que hace. Y en cuanto a tus dibujos, imito a **GARDEL**. Silencio...

a **Lucerito.**

La última de **JOAN CRAWFORD** es **Vivamos hoy**, con **GARY COOPER**. Por lo que respecta a los pies de **GRETA**, ya no hablo porque no se cotizan más en esta página. Están por el suelo...

a **Fernando Espi.**

BEBE DANIELS y **BEN LYON** sólo tienen un vástago. No aflojes en tu condición de marlenista. Aunque la garbista de tu hermanita se complazca en proporcionarte una que otra cachetada, tú no te rindas. Cuando la **SANTA CAUSA MARLENISTA** cuente con medios suficientes, instalaré una farmacia y remitiré gasas, algodón y árnica a domicilio. Ahora, que si tú ves que ella insiste mucho en sus expansiones pugilísticas, te permitiré que te conviertas en garbista, porque de lo contrario acabará por matarte. Y a la verdad, creo que tardaremos muchos en instalar una empresa de pompas fúnebres con servicio a domicilio...

a **Relma D. Lehuer.**

Olvida ese artículo, hijo mío. Muchos cronistas ignoran que para escribir sobre **CHARLES CHAPLIN** hay que ponerse de pie, quitarse el sombrero y utilizar una pluma con punta de oro. Y ese estoy seguro que redactó el artículo con el sombrero puesto, en mangas de camisa, sentado y con un pedazo de carbón.

a **Antonio Sueldo.**

★ Los dibujos los premio, en el noventa por ciento de los casos, por su parecido con el original, y en el nueve por ciento por la laboriosidad y habilidad evidenciadas en su formación (aunadas, claro está, con cierto parecido). El uno por ciento restante me lo reservo para mi uso particular porque... bueno..., tú me comprendes. Imagínate que por ahí me agarra a tiro un lector que me amenaza con darme una conferencia sobre el Tiziano, Miguel Angel, Murillo, Velázquez y otros ilustres a menos que le premie el "casi" dibujo que me trae. Imagínate que por ahí me sorprende otro que tras de mostrarme lo que él considera su obra maestra me asegura que jamás en su vida ha recibido lecciones de dibujo. Me dan ganas de decirle: "¡Calla, hombre, que no hace falta que lo digas! ¡Si lo estoy viendo!"—Pero el tío no me deja hablar hasta que acaba por arrancarme la promesa de que se lo premiaré. Y por último, imagínate que por ahí me encuentro con un par de ojazos ¡que bueno!, con una boquita ¡que pa qué! ¡Que "pa que" te voy a pedir que adivines si se lo premio o no!...

a Resentido con motivo.

★ Lamento no contestar tu carta en inglés, no porque no pueda hacerlo, sino porque en ese caso muchos lectores quedarían en ayunas y probablemente se repetiría en esta página aquella famosa escena del Cabildo: —¡Eh, King ¡El pueblo quiere saber de lo que se trata! — **JACKIE COOGAN** nació el 26 de octubre de 1914. Tiene, pues, diez y ocho añitos, que pronto se convertirán en diez y nueve. ¡Pero cómo pasa el tiempo! Si me parece que fué ayer cuado lo vi al lado de **CHAPLIN** en El pibe. ¡Cómo vamos para viejos! Y por último, tu pregunta final me sorprende. ¿Que si yo conozco el nombre de la persona que mató al esposo de **JEAN HARLOW**? ¡Cómo no! ¡Te lo diré, pero en secreto!... ¡S-s-s-h! Fué Paul Bern...

a Fricking.

★ Adjuntarás a la siguiente carta veinte centavos oro en estampillas norteamericanas, o su equivalente en un bono que adquirirás en el Correo Central, y la dirigirás a **COLUMBIA STUDIOS, 1438 GOWER STREET, HOLLYWOOD, CALIFORNIA;** Dear Constance: may I apply to you, the most attractive movie star I have seen in pictures, asking you to be so kind as to favour me with one of your photos? Will one of your greatest argentine admirers have the pleasure of getting it? I shall keep it as a precious remembrance of my favourite star. Yours sincerely (Firma).

a Carlomagno.

★ Haces mal en no creer en todo cuanto dije de **JOAN CRAWFORD.** Reconozco que yo, en mi afán por dar a conocer su cambio de una manera un poco amable, cometí una que otra andaluzada, pero ello no tiene importancia si se considera que en el fondo todo es verdad. Probablemente, tú no hablas ni lees inglés y por eso no te has enterado de lo que al respecto dijeron las principales revistas norteamericanas de cine. **JOAN CRAWFORD** que, entre paréntesis, merece mi admiración, ha cambiado fundamentalmente de un tiempo a esta parte. Ya no es esa personificación de la sencillez a que aludes. Ahora es una personita retraída, un poco melancólica y con frecuencia se entristece. Lee mucho, le agrada la soledad, y la habitual expresión de su rostro es la antítesis de lo que siempre fué. Todo esto, dicho por mí con un poco de buen humor, fué lo que provocó tu reacción. Verás, pues, si has estado acertada. Yo creo que no.

a Graciela Surraondo.

★ El piececito de **MARLENE** sólo necesita un zapatito número 32. Y aún así se queda bailando adentro...

a Carlos F. Nanni.

★ Yo no le conozco a **WALLACE BEERY** otro nombre que ese, por lo que supongo que no debe tenerlo. En cambio, **MARLENE** (¡de pie, camaradas!) responde al musical María Magdalena, un poquito enturbiado por el Von Losch que le sigue.

a Ciro Accurso.

★ **WILLIAM COLLIER** trabaja muy poquito ahora. Tan poquito, que casi no se le ve. Nunca fué una gran cosa. Era un actor discreto, nada más. Aquí tienes sus datos, por si te interesan: nació en Nueva York (EE. UU.), el 12 de febrero de 1902. Mide m. 1.75, tiene ojos obscuros y cabello negro.

a Katlen.

★ **BELA LUGOSI** nació el 20 de octubre de 1838 en Lugos (Hungría). Su verdadero apellido es Blasko, mide m. 1.84, tiene ojos grises y cabello castaño. **GARY GRANT** nació un 18 de enero en Bristol (Inglaterra). Su nombre de pila es Archie Leach, mide m. 1.87, tiene ojos pardos y cabello negro. **MAE WEST** no se animó a confesarme por escrito el año en que nació, pero dijo que fué un 17 de agosto en Nueva York (EE. UU.). Se ha elevado hasta m. 1.55. Tiene ojos azules y cabello rubio. Y en cuanto a tu dibujo, es tan bueno, ¡pero tan bueno!, que lo voy a presentar en la Galería Nacional de Londres a ver si me lo aceptan...

a R. Bonifacia.

★ Tu colaboración me ha resultado sumamente interesante. Lamento no poder publicarla, porque como ves, la sección "**HABLAN LOS LECTORES**" está de vacaciones. De no ser así, ya habría aparecido hace rato.

a Julio Echegaray.



KATHLEN BURKE, por Juana Guanter de Otero, de Mercedes (San Luis).

★ A **JANET GAYNOR** puedes escribirle a **Fox Studios, 1401 N. Western Ave., Hollywood, California.**

a Rolando.

★ **LIONEL BARRYMORE** nació en Filadelfia (EE. UU.), el 28 de abril de 1878. **PHILLIPS HOLMES** en Gran Rapids (EE. UU.), el 22 de julio de 1909. **ROBERT MONTGOMERY** en Beacon (Estados Unidos), el 21 de mayo de 1904. **JOHN BARRYMORE** en Filadelfia el 15 de febrero de 1882.

a Rodolfo H. Palacin.

★ Que me preguntes si **DOROTHY SEBASTIAN** aún actúa en el cine, te lo tolero. Pero de ahí a que para hacerlo te refieras primero a tu "alma exenta de maldades", al "corcel brioso de tu desventura" y a "la rosa que mi pie destrozó un día", ya es otro cantar. Sería lo mismo que si yo, en lugar de decirte simplemente: "Sí; Dorothy Sebastian todavía actúa", te dijese poco más o menos así: "Anhelo ¡oh, lectora!, que estas expresiones cuajadas de armoniosa, límpida y fúlgida belleza, penetren en los dominios luminosos de tu comprensión preclara anunciando con clarinadas misteriosas que **DOROTHY** prosigue aún en la Meca, desgranando el tesoro incalculable de su arte imponderable."

a Diesse Antiques.

★ Me parece, amable lectora, que en cuanto a escribir cursilerías se refiere, has resultado superior a mí, que modestamente me confieso discípulo tuyo. Sólo tú puedes suponer, como lo dices, que yo establezco una relación directa entre el arte de **GRETA** y sus pies, y sólo a ti se te ocurre decir que yo niego el arte de ella, cosa que jamás he hecho. ¿Dije yo alguna vez que **GRETA** es una actriz mala o simplemente mediocre? ¡Nunca! Pero, en cambio (y trata de grabar bien esto en tu cerebro para no verte otra vez en la peligrosa situación del que escribe tonterías), dije siempre que la sueca no merece la fama enorme de que goza, que ello se debe en mucho a un simple fenómeno de sugestión colectiva, a la magnífica publicidad que recibió y a la acertada que tuvo creando un personaje hasta entonces desconocido en la pantalla. Y de esto a decir que **GRETA** sea una actriz mediocre, hay mucha diferencia.

a Tota.

★ No; **CLARK GABLE** no mide dos metros, sino m. 1.80. Dos metros los mediría si tuviese las orejas puestas encima de la cabeza...

a Irpinio.

MARGARITA,

Un CUENTO de **FELIX M. PELAYO**

El triángulo que, según sutiles observadores, limita el plano de toda proyección amorosa, el autor lo ha confinado en el trinomio...

FUERA de aquí! — estalló colérico el hombrecito, fulminándome con una terrible mirada.

Se erguía en la punta de los pies para arrojarme tan ignominiosamente. No hubo remedio: tuve que irme. Salí con la cabeza gacha. Al llegar a la esquina me detuve y reflexioné.

—¡Diablo de hombre! No puede ser.

Volví sobre mis pasos. El hombrecito, que previó la rápida versión de mis intenciones, estaba esperándome en la puerta con gesto desafiante.

—¡Basta de farsas, señor! — le espeté con tono enérgico en cuanto estuve a su lado. — Tengo urgente necesidad de hablar con usted. Nada me lo impedirá.

El pobre hombre se desmoralizó visiblemente.

—Pase usted — me dijo, y con rápido andar me condujo de nuevo a la miserable habitación de la que momentos antes me había arrojado.

Aún no acabábamos de sentarnos cuando apareció su mujer, gruñó algo así como un saludo o una protesta y se acomodó sin más miramientos en un extremo de la mesa desvencijada que adornaba el centro de la habitación.

—Señor Paco Cifuentes — comencé yo ante la expectativa de mis huéspedes.

—Cifuentes y González — me corrigió con gran sequedad el hombrecito.

Hice una inclinación de cabeza, y después aventuré una pregunta:

—¿Usted tiene una hija?

—Cuatro, si gusta, señor.

Había un acento tan lleno de austera dignidad en sus palabras que lo miré con admiración.

—¡Ah, cuatro! Claro — dije al cabo de un tiempo. — En realidad yo sólo puedo hablar de una de ellas...

Los dos se miraron con inquietud.

—De Margarita — proseguí. — La mayor de todas...

—Nuestra hija Margarita no ha venido aún. Ni vendrá...

Se había puesto de pie, como queriendo dar fin a la entrevista.

—Pero, señor, no se violente usted. Siéntese. Siéntese, se lo ruego...

Don Paco se dejó caer anonadado sobre la silla.

—Debemos hablar amigablemente. Como corresponde a personas que deben llegar a estimarse. ¿No le parece a usted? — Y sin esperar una respuesta dudosa, proseguí: — El vehículo de nuestra amistad futura es Margarita. ¡No se puede pedir una criatura más adorable! Ni más buena, ni más modesta. No.

Puse tal convicción en mis palabras, que los dos se estremecieron con renovada inquietud.

—Margarita — continué con ininterrumpido entusiasmo — encierra para mí todo lo que de más agradable tiene la vida...



Don Paco se vió en la imprescindible necesidad de darme unas explicaciones, cortando el vuelo entusiasta de mis palabras:

—Señor — me dijo, — nuestra hija es una muchacha honesta y trabajadora...

—¡Y encantadora, señor!...

—...Que no se aparta ni un ápice de sus deberes...

—¡Con un corazón de oro!...

—...Y que con un espíritu de sacrificio que la honra, subviene en estos momentos un tanto críticos a nuestras necesidades...

—¡Cómo se enaltece!...

—...Trabajando modestamente; aunque su inteligencia, su educación y su rango la llaman a destinos más elevados...

—¡Angelical conformidad!...

—Porque nosotros — continuó con énfasis — hemos descendidos a esta honrada pobreza por embates injustos de la suerte.

Hizo una pausa, y luego prosiguió:

—Usted, como todos, se dejará inducir por las apariencias, y pensará: "¡Don Paco es un pobre gato!" ¡Y yo no soy un pobre gato, señor! ¡Yo soy un caballero! ¡Y mi consorte, aquí presente, una dignísima dama!...

El vuelo discursivo y noble de estas austeras palabras contrastaba notablemente con el espectáculo que se ofrecía a la vista del contemplador desapasionado.

—Usted también, señor mío — continuó, — se reirá de nosotros, nos encontrará ridículos. ¿Porque hemos llegado a tan baja situación? ¡También los cóndores caen!

Estaba sencillamente sublime. Su rostro apergaminado, con el punto rojo de la nariz, se había abermellonado ligeramente con el ardor de las palabras y el fuego de sus sentimientos.

—Señor Paco — interpuse, — como ya he tenido el honor de informarle, soy un admirador de Margarita, con quien estoy unido por una tierna amistad... que data..., que data de largos meses... ¿Cómo conocí a Margarita? ¡Oh! Son estos recuerdos que, cada vez que los evoco, me llenan de emoción y de ternura. La adorable niña..., la hija de ustedes, por supuesto, Margarita, trabajaba en ese entonces — esto lo supe más adelante por ella misma — en la casa de modas de madame Lefevre...

—Estaba muy desmejorada mi hija en ese entonces. ¿Te acuerdas, Paco?

—Nuestro conocimiento fué casual. ¡Oh! Hay casualidades de las que nunca deberá arrepentirse uno... Figúrense que una tarde, a eso del anochecer..., un día terrible, húmedo y desabrido, salía yo de mi estudio...

—¡Ah, de su estudio!

—¿El señor tiene estudio? ¿Estudio de qué, si no es indiscreción?

—De abogado, sí, señora.

—¡Ah! ¿El señor está empleado con algún abogado? Bonito empleo.

—No. No, señora. Discúlpeme. El estudio es mío. Yo soy el abogado...

Me puse en pie e hice una profunda y ceremoniosa inclinación.

—Alcides Balderrain, abogado, a las órdenes de ustedes.

El matrimonio imitó mi gesto. Luego volvimos a sentarnos los tres.

Comprendí inmediatamente que había ganado mucho terreno en la simpatía de ambos desde que se enteraron que era abogado.

—Como les decía, en un día destemplado, salía de mi estudio al anochecer. ¡Había estado agobiado de trabajo! Estaba fatigado y molesto; como entontecido... De pronto veo una criatura que va a cruzar la calle... Había un tráfico enorme. Como digo, una criatura... ¿Para qué se la voy a describir? Una silueta fina, esbelta... Y he aquí que repentinamente advierto que vacila, se detiene, se lleva la mano a la frente, deja caer un pa-

—Margarita, la engañada eres tú. Sólo sé una cosa: que te amo.

quete...

—Deja caer un paquete...

—Y está a punto de caer ella misma.

Fué un segundo nada más. Un solo segundo. Toda mi fatiga, todo mi atontamiento desapareció instantáneamente. Di un salto y llegué a tiempo para recogerla entre mis brazos y arrastrarla hasta la vereda. Como comprenderán, la gente se aglomeró en seguida. Yo adiviné que esto abochornaría a la pobre criatura. Entonces como pude, casi en vilo, la llevé a una farmacia, le hice aspirar unas sales y luego la acompañé hasta su casa...

su PADRE y YO

...los tres vértices de un romance humorístico lleno de sugestiones, y en el que también son personajes principales la vanidad, el egoísmo y la miseria.

¡Su casa es esta! De esa manera fortuita trabé conocimiento con Margarita.

Los dos se quedaron silenciosos.

—La encantadora criatura estaba bastante débil — continué. — Orgánicamente débil, y esto, debo confesarlo, por insuficiente alimentación y exceso de trabajo. Claro que yo caballerescamente no podía decírselo, porque, la verdad de las cosas, es que yo seguí viendo a Margarita todos los días. En esas entrevistas inocentes y llenas de encanto para mí, se afianzó nuestra amistad. En ellas fuí descubriendo el espíritu inteligente y cultivado de la dulce niña, su modestia, sus costumbres puras, el amor a sus padres, las inquietudes de su tierno corazón, sus afanes por que nunca les faltase a ellos ni el pan ni el techo, el deseo, noblemente inspirado, de poder arrancarlos de la pobreza injusta en que se debatían... De la camaradería casual, nuestras relaciones pasaron en gradación sucesiva a la más profunda amistad. Y por una curva lógica en las relaciones aparentes de hombre a mujer..., sí, debo confesárselo a ustedes, sus padres: ¡amo a Margarita! Por su parte, Margarita me corresponde con un amor..., con un amor lleno de veneración. Ya están sucintamente detallados los hechos. Sólo me resta agregar que Margarita no ha pensado decirles nada a ustedes, probablemente por no inquietarlos respecto al porvenir. Y que también ha alejado de mí toda esperanza de realizar una unión imperecedera pensando en ustedes. Es por eso, señores, que hoy, desesperado, sin siquiera consultarle a Margarita, he venido a decirles: don Paco, doña Eudosia..., ¡quiero que me den a Margarita por esposa!

Indudablemente, el momento era patético. Yo estaba de pie, con una mano sobre el corazón y la otra apoyada en el respaldo movible de la silla. Mis dos interlocutores, a su vez, clavaban en mí sus ojos atónitos.

Repentinamente, don Paco se levantó presa de una excitación nerviosa y consultó con la vista a doña Eudosia, que no atinaba a nada. No hallando respuesta visual en su media naranja, se decidió a tomar las responsabilidades solo. Era heroico el hombrecito.

—Señor doctor Alcides Balderrain... Permítame usted... ¡No puede ser!... Créame... Estamos desolados mi señora esposa y yo... Sí. Pero es imposible, señor doctor. Nos sentimos honradísimos..., pero no podemos acceder..., consentir... ¿Qué sería de nosotros sin ella? ¡Esa es la verdad de las cosas! Es denigrante para nosotros tener que confesar... así..., mostrar tan descaradamente nuestra miseria..., nuestra inutilidad... ¡No servimos para nada! Y ella, señor doctor... Margarita es quien nos trae el pan que comemos y nos paga este techo... Sí. Sí. Y es la que educa a las otras chicas. ¡Qué educación, señor! Pero no se puede pedir más. Honradamente no se puede pedir más... Mire usted ¡dónde vivimos, cómo vivimos!... ¡Es una pocilga, señor! ¡Pero es todo cuanto tenemos! Y es gracias a ella...

Era un torrente incontenible de palabras, de jeremiadas, de sollozos, de lágrimas.

Estaba dispuesto a terminar de una vez cuando apareció Margarita.

¡Qué escena, mi Dios! Yo estaba anonadado. La cabeza me daba vueltas.

Cuando Margarita se hubo repuesto de la sorpresa de verme allí, junto a los suyos, Margarita me preguntó con suave reproche:

—¿Por qué has venido, Alcides?

Yo empecé a tartamudear una disculpa. Me sentía culpable.

—Te había pedido que no lo hicieras. Y tú me lo habías prometido...

Sonrió melancólicamente.

—¡Ahora, ya no hay nada que hacer! —...Ya conoces a mi familia. — Puso un sarcasmo doloroso en sus palabras. — Mi dulce hogar...

Había lágrimas en sus ojos.

Don Paco y doña Eudosia tenían la cabeza hundida en la mesa. Estaban abochornados.

Margarita volvió a sonreír dulcemente.

—Como habrás podido constatar, Alcides, esto no es ningún paraíso... ni en él habitan ángeles... Ni yo soy ninguna condesa...

—Hija mía... —balbuceó tímidamente don Paco.

—¿Padre...?

Hugo una larga pausa. Yo no me atrevía ni a respirar. Margarita, a pesar de la calma que aparentaba, descubría un estado de sobreexcitación nerviosa.

El matrimonio seguía anonadado.

—Alcides — la dulce criatura parecía haber recobrado su aplomo, — Alcides, yo no te he ocultado nunca nada. Ni mi pobreza, ni mi humilde condición... Yo soy una obscura muchacha que trabaja. Me debo a los míos: a mis padres, a mis hermanas. No tengo derecho a ser egoísta. ¡Es tan poca cosa la felicidad de una humilde muchacha! Y, francamente, no hay derecho...

Suspiró y reanudó el hilo de sus palabras:

—Hasta hoy, debo confesarlo, me he dejado engañar por mí misma... Y te he engañado, Alcides... Deliberadamente. Perdóname. ¡Era tan dulce esa mentira! ¡Me pareció tan inocente! Tan sugestionadora, que me he dejado arrastrar poco a poco... En realidad ha sido un hermoso sueño; yo creí que no tendría fin. ¡Hoy he despertado!

Sonrió dolorosamente.

—¡Se ha acabado el sueño! — Y como si hablase consigo mismo: — Para siempre. — Su voz recobró nuevamente su imperio. — La vida es una cosa muy seria y en ella los sueños nada tienen que hacer. Yo te amaba, Alcides... Te amo aún...

—¡Margarita!...

—Sí. Te amo aún... Creo que te seguiré amando siempre. Pero, ya despierta, debo decirte: Alcides, no nos veremos más. Todo ha terminado entre nosotros... Adiós, Alcides. Vete. Toda ulterioridad sería inútil.

—¡Ah! No. Eso sí que no. Irme. ¿Y por qué? No y mil veces no. — De pie y con frío acento le dije:

—Margarita, la engañada eres tú. Sólo sé una cosa: que te amo.



(Continúa en la página 27)

UNA CLASE DE BELLEZA POR SEMANA

Por *JOSEFINA HUDLESTON*

Las últimas innovaciones para realzar la belleza de las manos

Las uñas postizas constituyen la novedad del momento



Después de darle la forma necesaria a la uña artificial, se le aplican una o dos gotas del líquido especial.

¡Uñas postizas! ¿Se las imagina usted? Son uno de los inventos más nuevos y sensacionales en el mundo de la cultura de la belleza. Muchas de mis amigas — antes de ver las uñas postizas — se sentían muy escépticas respecto a ellas. Algunas de ellas me aseguraron que aunque eran partidarias de mucha de la artificialidad moderna, jamás usarían algo tan evidentemente postizo como las uñas. Por cierto que no tenían derecho a juzgarlas hasta haber comprobado que no eran, en realidad, hermosas y de una apariencia completamente natural. Si usted también tiene ideas preconcebidas y completamente erróneas, le ruego que las deseche y no juzgue hasta llegado el momento.

Confieso francamente que yo también objeté a lo que creía era una innovación artificial innecesaria en un campo atestado de accesorios de belleza. Pero... ver para creer, y los primeros juegos de uñas que vi me convencieron. Comprendí cuán atrayentes, prácticas y cómodas son. No en vano las he empleado con resultados enteramente satisfactorios.

Están hechas de una substancia casi transparente y se parecen tanto a las uñas naturales como resulta posible a la ciencia. Están moldeadas de manera que se ajustan sobre las uñas, de modo que no importa qué tamaño de puntas de dedos posea; estará segura de encontrar la uña para su dedo.





El primer paso para la aplicación de las uñas postizas es humedecer los dedos en agua caliente, luego empujar o levantar la cutícula, con un palo de naranjo.



Mientras el líquido está aún húmedo, se coloca con cuidado la uña postiza sobre la natural. Se sostiene hasta que el líquido se haya secado.

Las uñas doradas, plateadas o bronceadas son de un efecto más exótico y se llevan para bailes o para sport.

Algunas de las otras características de estas uñas, que merecen ser elogiadas, son las siguientes: pueden poner o sacarse en pocos minutos; vienen en juegos de varios tonos, o si usted lo desea, puede aplicarles el esmalte usted misma. Las tonos naturales se prestan para el uso general, y los dorados, plateados o bronceados quedan muy bien para la noche y para sport. Y además... ¡son incombustibles! Un juego consiste de doce uñas (aunque pueden comprarse por separado), y cada juego contiene una botella de un líquido adhesivo especial para su aplicación.

Aunque sus necesidades presentes no demanden un juego completo de estas uñas, ¿no le parece espléndido que no tengamos que sufrir más la molestia de una o dos uñas quebradas que echan a perder la apariencia de las manos? Estas uñas llenan una necesidad muy sentida para aquellas que usamos una máquina de escribir, que tocamos el piano o que empleamos las manos en trabajos que nos impiden tener uñas hermosas.

Después de conseguir la uña que nos conviene; y esto resulta fácil porque vienen en varios tamaños y formas, todo lo que se necesita para su aplicación es humedecer los dedos en agua caliente, luego empujar o levantar la cutícula. Se aplican luego una o dos gotas en la uña postiza, que se coloca sobre la uña natural, donde queda fija como parte de la mano. Por supuesto que entonces es necesario limar y darle forma a la uña para que conforme con el contorno del dedo. Les ruego que no las usen demasiado largas, o la belleza natural que están tratando de obtener se verá arruinada por una apariencia evidentemente artificial.



Una vez que se haya colocado la uña postiza, se puede limar como la uña natural y se puede lustrar o aplicarle esmalte, según su preferencia.

Contrario a mis primeras creencias, estas uñas permanecen en perfecta condición durante varios días. Si sus propias uñas crecen con rapidez notará, después de algunos días,

que las postizas se alejan de la cutícula. Entonces remuévalas y manicure las propias y aplique de nuevo las postizas. Sencillo, ¿no es verdad?

Si sus uñas son quebradizas y la preocupan constantemente porque se le rompen, estoy segura que las postizas le resultarán completamente indispensables. Quizá se conforme con la apariencia de sus uñas durante sus días de trabajo, pero para fiestas o cuando sus manos deben soportar la observación de los ojos que nos interesan, ¿están como nosotras las deseamos o como él espera?

No importa que usemos uñas postizas o que las propias, bien cuidadas, agreguen la nota de refinamiento a nuestro ensemble; debemos preocuparnos siempre con esta parte de nuestra belleza. Todas sabemos que la verdadera hermosura femenina incluye el cuidado perfecto de las manos y brazos tanto como el del rostro. En otras palabras, no sé deben descuidar las uñas mientras se pone mucho énfasis en el maquilage del rostro. Sabemos, además, que las manos revelan nuestras emociones — a menudo en mayor grado que la expresión de los ojos o de las bocas. Por esta razón debemos prestarle cuidado inteligente a la apariencia de nuestras manos y esforzarnos por perfeccionar su belleza.

Por supuesto que no se puede hacer mucho para cambiar el contorno de las manos, pero con un masaje cuidadoso, que se practique todos los días, se puede mejorar enormemente su apariencia general. Si los dedos son demasiado cortos para el ancho de la mano, comience a masajarlos y darles mejor forma. Primero aplique una cantidad generosa de aceite o crema sobre las manos, luego — usando los dedos de la mano derecha — masaje los de la izquierda, de la punta hacia la muñeca. Pase por cada dedo durante uno o dos minutos, luego cambie la acción y masaje de la base a la punta. Este segundo movimiento requiere más presión, porque el leve estiramiento que se ejerce sobre los dedos tiene una tendencia a alargarlos y hacerlos parecer más angostos.

Las personas de manos cortas, chatas, pueden crear la ilusión de una perfecta proporción extendiendo un poco de rouge en las partes exteriores de las palmas, y sobre las yemas de los dedos. Para esto resulta mejor el rouge líquido.

Todos los días debe usarse una crema o loción para las manos. Muchas de estas preparaciones contienen un producto para blanquear, de modo que no solamente las suaviza, sino que evita también cualquier rojez, que tanto afea la apariencia de las manos. Las mujeres que se preocupan de su belleza consideran la aplicación de una loción para las manos como uno de los pasos más importantes de su rutina de belleza diaria. Cada vez que se lavan o que ejecutan algún trabajo que requiera meterlas en agua caliente, deben secarse muy bien y luego frotarlas con una loción para contrarrestar cualquier efecto secante del jabón o del agua demasiado caliente.

El orgullo femenino hace que la mujer de hoy en día desee presentar siempre un aspecto agradable y bien cuidado. Esto, sin embargo, puede conseguirse únicamente cuando nuestras manos y uñas están prolijamente cuidadas, tanto como nuestro maquillage, nuestro peinado y nuestra personalidad.

FIN

Margarita, su padre y yo

(Continuación de la página 25)

Y que me amas. Me basta. Con el corazón, niña querida, no se juega. Mi corazón es más exigente de lo que tú crees. Y más egoísta también. Mi vida — ya ves que soy egoísta — tiene su importancia y no se destroza así porque sí. Yo te necesito a mi lado y no permitiré que me abandones, que me dejes a merced de mi desesperación. ¡Oh!, no. Haría un disparate. Y no quiero que eso suceda.

Golpeé con fuerza mi puño contra la mesa.

— Margarita: no dejo que me dejes...

— ¡Pero Alcides!... — insinuó tardíamente.

Después hubo un silencio embarazoso.

— Margarita...

— ¿Qué?

— Tus padres me son muy simpáticos.

Hubo algo así como un revuelo, como un ligero cuchicheo.

— Tu padre, querida Margarita, don Paco aquí presente, es un hombre inteligente.

Don Paco sacó el pañuelo todo confuso y ocultó una tosecita molesta que le cosquilleaba deliciosamente la garganta.

— Debo confesártelo. Es el hombre que estoy necesitando en mi estudio para que me tenga en orden los papeles. No me atreví a decírtelo antes por miedo de que mi propuesta no encontrase eco.

— ¡Oh!, señor doctor Alcides Balderrain...

— Querido don Paco. Para usted aquí, fuera de nuestros asuntos judiciales, soy Alcides, simplemente Alcides...

— No sé cómo... Estoy confundido...

— ¡Oh! No crea usted que he dejado de ser egoísta. Por el contrario, ahora soy más egoísta que nunca. Usted y yo, don Paco, tenemos que formar una alianza.

— ¿Una alianza?

— Sí. Usted y yo, en mi estudio, debemos de estar espalda con espalda

— ¡Comprendido! Tenga la seguridad. Seremos uno — nosotros dos seremos uno — contra todos. ¿No es eso?

Su acento era triunfal.

— Eso mismo, don Paco. ¡Venga su mano!

Don Paco no vaciló un segundo y heroicamente sepultó su puñito en mi diestra. Quedaba sellado un pacto de defensa, de alianza y de comunes intereses

— No es eso sólo, don Paco. Hay algo más.

— ¿Hay algo más?

— Sí, don Paco. Nuestra alianza

(Continúa en la página 50)



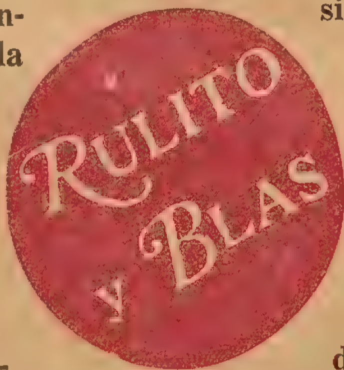
Los cuentos de Mamá Nona

La comunión: Ricos y pobres

DEL veraneo volvimos a la ciudad con un caudal de buena salud. Los pulmones purificados por el aire de las montañas, el organismo yodado por el aire del mar.

Mis hijos y yo pensamos en el deber religioso, digo, en la "primera comunión". El confesor de Rulito y Blas fué un hombre inteligente que supo guiarlos con acierto en este paso tan importante para los niños, tan trascendental para las almas, tan necesario a las virtudes. La comunión es, en realidad, el acto de purificar la conciencia, es el alimento espiritual, es la participación que todos los fieles toman para gozar de los bienes de Dios. La hostia es el símbolo de Cristo.

Mis hijos se prepararon con entusiasmo y con fe. Fué una hermosa fiesta religiosa. La iglesia estaba vestida de blanco; tules y flores. Rulito lucía un traje vaporoso que ella me ayudó a confeccionar; tul y guantes blancos, misal y zapatos, todo era inmaculado como la hostia, como el alma de mis hijos. Blas estrenó su primer traje negro, con un moño blanco en el brazo. Acompañó a su hermana, de quien es siempre el mejor amigo y el inseparable compañero.



Por la tarde les preparé una fiesta en mi casa; invitamos a todos los amiguitos. La Pelusa, que es prima de mis hijos, comulgó con ellos; vestía un lindo traje igual al de Rulito. La Pelusa es una criatura suave y bondadosa, una hija obediente y muy estudiosa.

Una mesa grande con masas y bombones en abundancia, con chocolate y toda clase de golosinas, les ofrecí a las cinco de la tarde. A esa mesa se sentaron todos los niños pobres y ricos; rieron y jugaron mucho.

Después hubo cine, apropiado para ellos. Para la noche habíamos preparado fuegos artificiales, faroles de color, globos de papel, que se remontan mediante un algodoncito empapado en un poco de alcohol.

Pero nunca falta un malintencionado. No había aún terminado de pasarse la última vista, cuando en el corredor, en el sitio en que habíamos apilado las cajas con los fuegos, se produjo un gran estruendo.

¿Quién pudo acercarles un fósforo?... ¡Entre los cien pequeños invitados era difícil saberlo! Hubo quienes lloraron del susto. Yo, para poderles distraer, adelanté la hora del reparto de juguetes, y dije a Brígida que los pusiera en fila y que les hiciera pasar uno por uno al salón, de manera de no olvidarme de ninguno. Muñecas, meccanos, bicicletas, pelotas de fútbol y toda clase de regalos habíamos comprado para los invitados. Fueron desfilando; cada uno llevábase un recuerdo; de pronto veo acercarse a un niño que era un fenómeno; todo negro; teñido de hollín, el pelo y las cejas quemadas, desaparecidas. Comprendí que era el culpable del accidente. ¡Suerte tuvo de no morir en él! Lo aparté, lo lavé como pude, le aseé un poco el traje. El culpable no podía levantar la frente; era el compañero de colegio de Blas, el mismo que rompió un vidrio en el colegio,

(Continúa en la página 60)

ACTUALIDAD GRAFICA



Parte de los concurrentes a la inauguración de la muestra que actualmente expone en Witcomb el pintor Juan C. Alonso, quien aparece en la presente fotografía al lado del intendente municipal y del escritor Juan Pablo Echagüe.



El doctor Nicolás Romano durante el acto que se realizó en el hospital Durand, al recibir la ambulancia donada por los vecinos.



La ambulancia que un grupo de vecinos donó al hospital Durand, llena una necesidad que se hacía sentir en esa importante zona del municipio.



Una de las salas del Museo de Bellas Artes, en Paraná, en la cual exponen los alumnos del escultor Perlotti que aparece aquí rodeado por los ministros provinciales, el director del museo y un grupo de sus alumnos.



Vista general de la exposición Ditlevsen que fué inaugurada en Callao y Viamonte, donde el último modelo Rockner, producto Studebaker, constituye la nota destacada de dicha muestra.

Con motivo del centenario de Murguía, la comisión del Centro Gallego de Buenos Aires, hizo colocar esta placa en el mausoleo que guarda los restos del ilustre escritor gallego.



Doctor Atilio Risolia, que acaba de llegar de Europa después de visitar las principales clínicas del viejo mundo. En breve dará a publicidad un libro sobre cirugía ortopédica.

Vive, actualmente, en Buenos Aires toda s

Se ha celebrado jubilosamente, en estos días, el 353° aniversario de la fundación definitiva de la Ciudad de Buenos Aires. Adhiriendo a la fecha, hemos tratado de reconstruir en esta nota — a grandes trazos y con paisajes actuales — las diversas etapas edilicias por que pasó nuestra ciudad, a partir de su remoto origen.

No pretendemos, ingenuamente, que las fotografías ofrecidas a nuestros lectores sean testimonios reales de la época que historian. Tan sólo nos ha movido el deseo de mostrar, con documentos gráficos, que el avance del progreso no ha conseguido aún desalojar de nuestra capital escenas que nos hablan de un ayer lejano: se ha limitado a borrarlas casi totalmente en el centro de la urbe, para reproducirlas con toda fidelidad en los barrios de extramuros.

Quizá se desprenda de esta nota una moraleja viva que la trueque en fábula, y quizá nuestros ediles den albergue a la moraleja en sus iniciativas y se decidan a llevar a los suburbios las ventajas urbanas de que gozan los habitantes del centro de la ciudad.



Cuando llegaron al Plata los primeros colonizadores, capitaneados por don Pedro de Mendoza y, más tarde, por don Juan de Garay, la margen del río presentaba, a buen seguro, el cuadro de vegetación inculta que se conserva en gran parte del bosque de Palermo, donde se ha tomado esta fotografía.



Después de que Garay ordenó talar árboles, y sus hombres entregáronse a levantar las viviendas en que tuvo su origen la monumental ciudad de hoy, aquellos rústicos ranchos no debieron ser muy distintos de éste, que se conserva en Hidalgo 795, a dos pasos del Parque Centenario, centro geográfico de nuestra capital.



Es indudable que al rancho primitivo siguieron viviendas como la del grabado, donde se conserva el característico techo a dos aguas, pero en cuya construcción se han utilizado materiales más nobles. (Nota gráfica tomada en Membrillar 2406.)



Otro paso adelante en el camino de la edificación porteña está historiado en esta casa de Membrillar y Campos, pues si bien se conserva la rusticidad de los materiales utilizados, ha desaparecido el techo en lluvia, peculiar del rancho.



De la nota anterior a la que reproduce el grabado — tomada en el Parque Chacabuco, — el progreso edilicio es extraordinario, ya que esta vivienda, de material y que ofrece las líneas más puras de la edificación en la época de la colonia, constituye un verdadero y expresivo anticipo de la construcción moderna, campo ilimitado que historiarán, para el futuro, el talento y la originalidad de los arquitectos argentinos.



El cruce de las calles Zañartú y Picheuta es un documento vivo, actualmente, de la época en que el espíritu progresista del virrey Vértiz ordenó que se colocaran pasos de piedra, como único adoquinado, en lo que son actualmente las calles más céntricas de nuestra ciudad.

su vieja historia





En los tiempos en que nuestros abuelos ignoraban la comodidad y la higiene de las aguas corrientes, aplacaban su sed con el fresco líquido de los aljibes, cuyo brocal estaba, como el de la foto — tomada en el Parque Chacabuco, — adornado con macetas floridas. Bien a las claras se ve, mirándolo, que perdimos en belleza lo que ganamos en higiene y comodidad.



Antes de que las conveniencias del tráfico urbano impusieran la costumbre de ochavar los edificios, para mayor visibilidad de los vehículos en los cruces de calles, las esquinas de Buenos Aires ofrecían el aspecto de ésta, que queda como testigo mudo pero elocuente del pasado, en Treinta y Tres e Independencia.

Si es verdad que "los extremos se tocan", según afirma la sabiduría anónima del pueblo, es un vulgar aforismo; no es menos cierto que también se tocan los siglos, como lo prueba este tramo de la calle Picheuta, donde el siglo XIX — representado por la calzada fangosa y con su humilde hilera de adoquines — se ofrece al siglo XX, caracterizado por el pavimento de asfalto que se ve en el fondo.



No obstante su celeridad, por todos reconocida, el progreso no ha barrido completamente de nuestra urbe los bañados que la afean: no ha conseguido otra cosa que empujarlos del centro hacia la periferia, donde encontramos el que aquí se reproduce y que tiene desasosegados a los vecinos de la Avenida Riestra, en la prolongación de José María Moreno.



Cuando no se soñaba siquiera en el sistema de cloacas que hoy posee Buenos Aires, seguramente las aguas servidas se deslizaban con pereza, en dirección al río, por las acequias que separaban la calzada sin pavimentar de las veredas rústicas, como hoy ocurre todavía en la calle Arquímedes.



No siempre las calles de nuestra ciudad conservaron, a semejanza de las líneas, paralelas, igual anchura en toda su longitud. Con anterioridad a la rectificación de líneas, se encontraban, a menudo, viviendas que invadían la vereda y la calle, introduciendo la anarquía en las paralelas, como hoy ocurre en Mocoretá, a cincuenta metros de Gaona.

Los pichichos son

Un saludo a "crack", que ... ma por la puerta de su pesebre como en un balcón el pequeño "fox terrier" le presenta armas, lo mismo que si hubiera aparecido el superior. Muchos hombres suelen hacer lo mismo, con los pingos de Palermo, cuando han ganado más de un clásico.

...uchos personajes como éste, se ven algunas veces en las avenidas de Palermo, a la hora del corso, cuando las veredas se llenan de caras bonitas... La mirada expresiva y el gesto de persona feliz, completan su silueta.

El baño es una cosa tan necesaria para la higiene, como desagradable para los chicos. Esta escenita muestra a una buena mamá en la tarea de convencer a su prole de que no debe salirse de la bañadera, antes de una nueva jabonada.

Suele decirse, refiriéndose a un boxeador mediocre, que es un "perro"; para demostrar lo contrario, este pibe está calzando los guantes a su amigo predilecto, con el cual ha de sostener algunos "rounds" muy movidos...



[illegible]



[illegible]

aquí hombres hechos y derechos

[illegible] ... la cabeza, cuando el cruciluz ensaya ... [illegible]





[illegible] de damas no es, por cierto, una tarea para la mentalidad canina; sin embargo, esta pareja está haciendo alarde de una profunda meditación frente al tablero, como si en verdad estuviera disputando un campeonato.

También ha adoptado un aire triunfal el conductor de este pequeño vehículo, que arrastra un semejante con todo el atalaje indispensable para dar un largo paseo. El señor que está en el coche tiene todo el empaque de un nuevo rico...

Las FUERZAS VIVAS del PAIS RODEARON a ROCA



El gobernador de Buenos Aires, don Federico Martínez de Hoz, que tiene como vecino al jefe de policía de la capital, coronel García, quiso adherir al homenaje que las fuerzas representativas de la industria, la banca y el comercio, tributaron a los poderes públicos, para celebrar la firma del tratado que subscribió en Londres la misión Roca.



He aquí al vicepresidente de la Nación, doctor Julio A. Roca, con el ministro de Relaciones Exteriores, doctor Carlos Saavedra Lamas. Fueron estas dos grandes personalidades las que, con la inteligente colaboración del ministro de Hacienda, doctor Hueyo, llevaron a feliz término el tratado comercial con Gran Bretaña, que constituye la iniciación de una nueva política económica entre aquel país y el nuestro.



El senador por Buenos Aires, don Antonio Santamarina, es un hombre vehemente, que habla siempre con entusiasmo y hasta con pasión, según los temas. Helo aquí, en el uso de la palabra, mientras su vecino, el ministro de Justicia e I. P., doctor Manuel M. de Iriondo, le escucha con la atención reconcentrada.



El ministro de Obras Públicas, doctor Manuel R. Alvarado, se ha llevado la mano al pecho, como si en ese instante sintiera alguna opresión. Posiblemente, las palabras de su vecino le han hecho daño.

El embajador de Gran Bretaña, sir Ronald Macleay, conocedor como lo es de la sinceridad de los vínculos que nos unen a su patria, sabe que esta nueva política del acuerdo habrá de acrecentarlos. A su lado, el doctor Pedro Etchegaray.



El senador por Buenos Aires, doctor Matías Sánchez Sorondo, no domina mucho el inglés y ha optado por almorzar, olvidando por un instante a su vecino, sir Herbert Gibson, quien a su vez ha hecho lo mismo.



El presidente de la república, general Justo, presidió el banquete; también se tendió la mesa en su honor, por cuanto a la orientación de su política internacional se debe en gran parte el acuerdo a que se ha llegado entre la Argentina y Gran Bretaña. El ministro del Interior, doctor Melo, que es su brazo derecho, ocupa en la cabecera de la mesa el lugar de honor.



Fué el doctor Miguel Angel Cárcano quien al lado del doctor Roca, tuvo en Londres una participación eficaz en las difíciles gestiones encomendadas. En la presente fotografía aparece junto al intendente municipal, doctor Mariano de Vedia y Mitre, con quien comenta la consagración popular que ha rubricado el acuerdo con Gran Bretaña.



El senador por Córdoba, doctor Guillermo Rothe, tuvo por vecino en el banquete, al ministro de Guerra, general Manuel Rodríguez. Este parece estar refiriéndole alguna anécdota graciosa, cuyo final aguarda con evidente seriedad y expectativa el representante cordobés en la alta Cámara.



Las galerías altas del hall en la Bolsa de Comercio estuvieron concurridas por numerosas damas, que adhirieron con su presencia al triunfo de Roca. Los doctores Luis Mitre y Clodomiro Zavalía aparecen contemplando el interesante espectáculo de las damas en la fiesta.

COMO SE DESVANECE UN TORNADO













El tornado es un fenómeno atmosférico casi corriente en la Guinea y en Norte América, lugares éstos donde suele ocasionar grandes trastornos. Es provocado por la atracción de descargas opuestas de electricidad, producidas tanto en la tierra como en las nubes.

Dejando aparte sus efectos desatrosos, no puede negarse que constituye un espectáculo admirable el de estas trombas terrestres. Tienen el aspecto de un cono nebuloso, y en su base algunas veces suelen alcanzar un diámetro de más de doscientos metros, estando dotadas de un movimiento muy grande de rotación. El tornado se origina debajo de un cúmulo-nimbus tormentoso, y se resuelve casi siempre en agua.

Ilustramos esta página con las alternativas de un tornado que duró alrededor de media hora. Las fotografías han sido obtenidas con un intervalo de cinco minutos entre una y otra, desde el comienzo de dicho fenómeno hasta el fin. Por ellas puede apreciarse su completa evolución.

Como hemos dicho antes, el tornado ofrece un espectáculo maravilloso; pero nadie es capaz de verlo desarrollarse sino con ojos de espanto, ya que va sembrando la destrucción y la muerte a su paso.

AUNQUE PAREZCA MENTIRA

De ahora en adelante las damas, celosas de su belleza facial, no tendrán ya que soportar esos tan comunes dolores que sentían siempre que se depilaban las cejas. La ciencia ha venido en su socorro representada por una máquina eléctrica que no sólo arranca las cejas de raíz, sino que lo hace rápidamente y sin producir dolor alguno. Henrieta Elston, una especialista en belleza, hace aquí funcionar el aparatito sobre una clienta que se prestó a ello.



Esta robusta niña, bastante crecidita para sus diez años de edad, se llama Lily Paney, es húngara y se encuentra actualmente en Londres, adonde llegó luego de haber hecho una exitosa jira por las principales capitales europeas. Su habilidad consiste en poder tocar 24 diferentes instrumentos de música, además de saber cantar y bailar. Aquí posa en la puerta del hotel donde reside, disponiéndose a arrancar algunas notas musicales.



¡Quién iba a decir que algún día habríamos de vernos en situación semejante! ¡Quién iba a decir que en Inglaterra existiría un colegio con un curso especial para que los hombres aprendan a ser mamitas! Aquí, por ejemplo, tenemos a la clase en pleno funcionamiento: un grupo de alumnos, convenientemente instruídos por la profesora, dan la mamadera a varios muñecos. Al de la izquierda, que sin duda debe estar bastante adelantado en la materia, le han dado un bebé de carne y hueso al que da el biberón.



En la Exposición de Floricultura, celebrada el mes pasado en Nueva York, fué exhibido un criadero de plantas eléctricamente alimentado. Con repollos, geranios y cebollas se hicieron, siempre con la ayuda de la electricidad, diversos experimentos que permitieron comprobar un desarrollo o crecimiento prematuro. A raíz de ello, se ha pensado ya en utilizar la electricidad como energía en diversas ramificaciones agriculturales.

En la exposición de la Casa Ideal, recientemente celebrada en el salón Olympia de Londres, se exhibió este teléfono que ofrecía la originalidad de hallarse colocado dentro de un árbol. Francamente, no vemos la ventaja de tal procedimiento, a no ser que tales teléfonos puedan ser colocados en nuestro bosque de Palermo, y facilitar así la comunicación de algún automóvil que se haya quedado sin nafta o errado el camino en la mitad de la noche...



La gente se ha casado ya en una pileta de natación, en un avión o en un dirigible. Cada cual busca, pues, la forma más original de contraer nupcias, habiéndose dado el caso de parejas que se unen, no por amor, sino por habérseles ocurrido una manera novedosa y rara de hacerlo. Helen Marjorie Dee y Lawrence Northrup, de Estados Unidos, se conocieron patinando, se comprometieron sobre patines y, finalmente, se casaron también sobre patines.



A las costumbres puramente aborígenes se unen, en Guatemala, las que dejó hondamente arraigadas la colonia. Así, las procesiones son una mezcla de cristianismo y gentilidad, sobre todo en los pueblos apartados, como ocurre con el de la fotografía, Tzanjayú, en el cual se ve una procesión dirigiéndose al templo, ante la unción de los indios.

POR



La civilización maya ha dejado en Guatemala algunos de sus monumentos más admirables. En la fotografía se puede apreciar una pirámide de singular hermosura, producto del antiquísimo arte de los pobladores de la región. Fué obtenida la foto por el aviador Lindbergh durante uno de sus viajes aéreos.



Guatemala es célebre por la riqueza de sus templos. Aquí se ve el altar de la iglesia de San Francisco, en la antigua Guatemala, que fué en parte destruída por un violento terremoto.



Tipo de indio guatemalteco, descansando, tras de caminar leguas y leguas con su cargamento a cuestas. En esta forma suelen llevar los cántaros y otros objetos que venden después en los mercados.

Guatemala, la más módica de las repúblicas centroamericanas, se cuenta también entre las más generosas en bellezas naturales. Desgraciadamente, su suelo montañoso está tan lleno de volcanes que puede decirse que en América no hay otro país que los tenga en mayor cantidad. Destruída por varios terremotos, el último de los cuales se produjo en 1918, su capital es, no obstante, una bella ciudad que se enorgullece de edificios y monumentos admirables, entre los que sobresalen la catedral y el hermoso templo a Minerva.



Indio guatemalteco cargado con su típico "hato" de cántaros y vasijas.

TIERRAS DE AMERICA

GUATEMALA, PAÍS DE VOLCANES

El Palacio Municipal de Guatemala es un edificio de corte español, según puede verse. Está al norte de la plaza Mayor, en la cual se levanta una hermosa estatua de Colón. Desde el punto de vista edilicio, Guatemala es una ciudad de mucha importancia, tanto que se le llama el París de Centro América.

Estas ruinas de la iglesia del Carmen, en la antigua Guatemala, darán una idea de la magnificencia de los templos coloniales de esa república centroamericana. Guatemala la antigua fué destruída en 1773 y en 1874 por dos sismos, de los cuales aún se guarda terrible memoria. Y, sin embargo, los sólidos cimientos de estas iglesias resistieron, y aún siguen en pie para pregonar su ilustre vejez y su admirable belleza.



Ah..chiss!!

El estornudo es casi siempre una advertencia de que en el organismo se está desarrollando un resfrío. Y una persona atacada por un resfrío se encuentra bajo la constante amenaza de muy graves complicaciones.

¿Por qué permitir que se desarrolle un resfrío si puede evitarse tan fácilmente con Fenaspirina?

Apenas usted comience a estornudar, tómese dos tabletas del *eliminador eficaz de resfríos*, repitiendo la dosis tres o cuatro horas después para mayor seguridad.





¡Atacar enérgicamente los primeros síntomas del resfrío es tener sentido común!

FENASPIRINA

eliminador eficaz de resfríos



Las peripecias de PANCHO



En Indianápolis. Metéle, Polenta, que vamos bien...

POLA NEGRI ASEGURA QUE TODOS SOMOS SUPERSTICIOSOS



LA mayor parte de la gente admite públicamente que es supersticiosa. Muy pocos son los que dicen que lo supernatural es cosa imposible.

Creo que hasta los que se burlan lo hacen por no reconocer que en el fondo de su corazón hay algo que no comprenden.

Las mujeres siempre han sido supersticiosas; mucho más que los hombres, y la razón no es difícil de encontrar: somos más románticas que realistas, tenemos más castillos en el aire que los hombres; claro que en esta forma la vida es más llevadera, porque es necesario poner un poco de fantasía en cada cosa. Creemos en la adivina que nos predice que encontraremos un joven extranjero, alto, morocho..., y es porque para vivir necesitamos creer en algo milagroso. Llevamos mascotas simplemente porque creemos que la mala suerte está lista siempre en robarnos la ocasión de realizar nuestros sueños.

Yo soy tan supersticiosa como cualquier mujer: tal vez haya heredado el miedo a lo supernatural, de mi raza. Todos los eslavos son sumamente supersticiosos, y mi madre no fué una excepción; mi padre era gitano, y los gitanos creen en las profecías, viven tan cerca de la naturaleza conociendo las estrellas mejor que cualquier libro y teniendo sus creencias y costumbres, tan antiguas como el tiempo; por eso no es extraño que ellos "vean" cosas que nos están vedadas a la gente común.

Creo que la vida de cada uno de nosotros está escrita en las estrellas, pero muy pocos pueden leer en ellas. Pero, ¿es tan irrazonable que supongamos que las estrellas pueden influenciarnos?... Después de todo, ¡conocemos tan poco el universo!..., que debemos adivinar la mayor parte; nos mofamos de las supersticiones y religiones, pero siempre concebimos nuevas teorías, que no duran mucho tiempo.

Hay tantas cosas para explicar aún, que no podemos decir definitivamente que las estrellas no tienen un mensaje para cada uno de nosotros.

He dicho que creo en la astrología, pero hay mucha gente que no va tan lejos como esto. No me mofo yo de las pequeñas cosas: la astrología significa tanto para mí, que la considero en el primer lugar. Siempre llevo una mascota: es un anillo que mi madre me dió, cuando tenía yo 12 años; jamás me lo he quitado, y no me gustaría pensar en lo que me sucedería el día que lo dejara. La quiromancía también me interesa; sin embargo poco puede verse en las líneas de la mano; el verdadero quiromántico lee el corazón y no la mano.

Me sorprendió enormemente cuando, hace poco, visité Londres, enterarme que todo el mundo se interesaba por la psicología. Hace algunos años cuando estuve también allí, recibí muchas invitaciones para conciertos, juegos, teatros, etc., y tuve esta vez la mayor parte de las invitaciones para sesiones de espiritismo. Rehusé todas, y no niego que lo hice por miedo.



Pola Negri también tiene veleidades literarias. En el presente artículo, debido a su pluma, afirma que, por un motivo u otro, todos somos supersticiosos.

Los actores y los artistas son conocidos como gente supersticiosa. En Londres me mostraron teatros los los cuales me decían no traer suerte, porque en ellos jamás hubo un éxito; he visto muchos teatros de mala suerte, y he actuado en algunos. La mayor parte de los productores del mundo entero, jamás permiten que se digan las últimas frases de la obra en los ensayos; si así no se hace, la obra no tendrá éxito. Hay muy pocos actores y actrices que no lleven una mascota en cualquier forma.

He dicho que los hombres son mucho menos supersticiosos que las mujeres, y lo creo; sin embargo aunque se rían de las mujeres por tomar esto demasiado en serio, nunca he encontrado un hombre que no crea un poco en lo supernatural. Observen cómo en un grupo de hombres jamás

Como todos los artistas, Pola Negri también es supersticiosa, y en este artículo lo declara, dejando traslucir que en el fondo se siente así como avergonzada de serlo. En ella este prejuicio es racial, por cuanto desciende de eslavos, y éstos son supersticiosos por naturaleza.

encenderán con el mismo fósforo más de tres cigarrillos. Esta superstición viene de los rituales de la Iglesia rusa; solamente el Gran Cura puede prender tres velas en el altar. Una vez pregunté a un hombre si conocía el origen de esta superstición: "Claro que sí — me contestó. — Fué inventada por los fabricantes de fósforos." me reí no solamente porque la contestación era graciosa, sino también porque es muy de los hombres pretender y engañarse de que no son supersticiosos.

Muchos hombres de negocio, lo son también; conozco uno que lleva siempre una pequeña cinta roja en el bolsillo porque si no, dice, su nariz sangra.

Ya ven ustedes que en una forma u otra, todos somos supersticiosos.

FIN

En el 7º Piso, Nº 23

(Continuación de la página 21)

bastián — voy a hacer un hueco en la pared, para verle.

Bien que lo podía hacer inmediatamente. Pero temía dos cosas: en primer lugar que la patrona se diese cuenta de tal mala crianza; en segundo que el inquilino del 23 lo notara y fuese con la queja donde aquélla. En ambos casos peligraba de seguro. La patrona podía echarle a la calle por atrevido. Y Sebastián no olvidaba que allí pagaba relativamente poco. No había, por lo tanto, razón justificable para arriesgarse demasiado

Como la curiosidad de María era digna de su primera madre, un domingo, último de mes, hizo que Sebastián la acompañase a casa de la patrona. Le pagarían el alquiler y, de paso, le harían algunas preguntitas. Para María no existían los obstáculos. De modo que pronto se vió frente a la patrona. Era una mujer que reía pocas veces durante el mes. De preferencia cuando iban a pagarle los alquileres de su casa. Después cuando alguien le decía, aunque fuese con sorna: "¡Pero mi señora"... ¡Qué hermosa se me está poniendo usted! ¿Sabe usted? Usted está ahora parecidita, igualita a como fué María Antonieta a los cuarenta y nueve años." Aparte de esto casi nunca reía.

— Diga usted, patrona — empezó María: — ¿Usté no sabe cómo se llama el inquilino del 23?

— ¡Eh... eh!... No recuerdo, ¿sabes? Todo lo que sé es que es médico.

— ¡Ajá! ¡Ajá! — musitó la mujer del carpintero, advirtiendo que a la casera no le gustaban las preguntas.— ¡Je, je! ¡Jum,jum!...

— Nosotros nos dijimos — intervino Sebastián: — "Este señor de la valija parece ser médico." Y como usté sabe, señora, que los médicos son escasos para uno de pobre... Puen bien. Nosotros nos dijimos: "La noche menos pensada caye uno enfermo." La verdá, señora. Así sucede a veces, ¿no? Pues bien. Nosotros nos dijimos: "Teniendo de vecino a un médico..." Usté comprenderá, señora. Así es uno de pobre, ¿no? ¡Qué quiere usté!... Por eso le preguntamos. Por eso. ¿Verdá, María?

— La verdá, patrona. Por eso. Por eso. La verdá.

La señora sentía repulsión por los chismes. (¡Cosa rara, pues era mujer!) Ella, haciendo honor a la verdad, no sabía quién era el inquilino del 23. Muchos días antes habíase presentado en su casa un individuo correctamente vestido, educado y de buenas maneras. Le dijo que necesitaba un alojamiento modesto para una persona amiga. Le habló de un médico en desgracia. De un hombre enfermizo, lunático, nervioso... El inquilino debía ser un anormal en toda la amplia acepción de la palabra. Pero a ella, ¿qué le estaba importando eso? Aquel señor no le había regateado precios y — ¡oh generosidad! — había hecho lo que, en concepto de toda persona previsora, debían hacer todos los aspirantes a inquilinos: aquel caballero le había pagado tres meses adelantados. ¿Y todavía iba ella a molestarle pidiéndole nombre, datos biográficos, señas particulares, etc., etc.? ¡No, señor! La patrona, reconocida, no sólo estaba satisfecha de su conducta en este caso, sino que de corazón, en caso necesario, hubiera defendido al inquilino del Nº 23. Bien lo merecía. ¿Acaso no le había pagado tres meses adelantados... y sin exigirle recibo? ¿Que el cuarto 23 no era para aquel mismo caballero? ¿Que era para otro, como él le había dicho? ¿Y qué le importaba esto a ella? Por eso acabó aquella enojosa charla con broche de oro... Quizás sería mejor decir con broche de bronce o de hierro.

— Cada cual — sentenció concluítivamente — paga su cuarto. Yo no sé más.

Pero ya sabían con seguridad que el inquilino del Nº 23 era médico. Era un doctor. En caso de que al chico le doliese la barriga... O en caso de que a María le viniese la tifoidea... O en caso de que a Sebastián le rompiesen la cabeza o se cortase una mano en el taller... ¡El médico! Allí estaba el médico, del otro lado de la puerta. Pero, ¿y quién sacaba a ese hombre de su cuarto? Nadie podía decir que había hablado con él. Todo lo que permitía — y quizá de mala gana y porque para evitarlo no había cómo ni remedio a la mano —, todo lo que él podía permitir, era que le viesen de lejos... o de cerca. Era lo mismo. La distancia era igual. Bajaba y subía en el ascensor con su valijita en la mano. La valijita de cuero llamaba la atención porque parecía ocupada con algo de cierto volumen. Entre los proyectos atrevidos de Sebastián figuraba el de apoderarse de ella algún día.

— Claro — le decía su mujer. — Eso es muy fácil... Yo, de chica, conocí a un hombre que soñaba con agarrar una estrella. Cosa fácil.

Pero ese día, el día de pescar la valijita, no llegaba. Uno. Dos. Tres. Diez. Veinte. Treinta días. El tiempo volaba, y nada. María estaba derrotada. Sebastián había perdido las esperanzas. Ya se podía morir que, por lo que tocaba ser al médico, muy sin cuidado le tenía tal cosa. Hasta que ese día de difuntos — era feriado para Sebastián, — por fin, como no tenía nada que hacer, se puso a taladrar la pared. Allí estaba el hueco.

— Mirá vos — le secreteó María. — Fijate en lo que está haciendo.

Sebastián se atrevió a pegar el ojo. Poco a poco fué palideciendo. Del otro lado, en el cuarto Nº 23, había una luz mortecina. La habitación era pequeña. Al centro una mesa larga llena de papeles revueltos. Sentado a ella el doctor. Grave. Mudo. Tenía al frente la valijita, ¡abierta! Había sacado de ella una calavera y la examinaba con ojos tristes. A un lado yacía el retrato de una mujer joven y bonita. El doctor hacía comparaciones. Luego, como quien no soporta más el martirio, se levantaba de la silla, cruzaba la estancia a grandes zancadas con notoria satisfacción y, al rato, volvía al asiento, enterraba la cabeza entre las manos y gemía presa de un sólo adivinable dolor. ¿Qué gran tragedia gravitaba sobre su corazón?

Una calavera. Un retrato de mujer. Más allá, en una esquina del cuarto, una mesa llena de bombas de vidrio

(Continúa en la página 50)

RESUMEN DE LO PUBLICADO

Josefina y Ray son hermanos. El acaba de salir de la cárcel, adonde fué arrastrado por Merkle, que lo tiene dominado y que prestó dinero a Josefina mientras su hermano estuvo preso. Ahora Ray quiere regenerarse. Pero recibe una carta de Merkle acompañada de dinero. Estando Josefina trabajando de enfermera en el hospital traen a Braulio, que fué compinche de Ray, herido de muerte. No puede declarar quién lo hirió, y muere. Josefina va a su casa y se encuentra con que Ray ha desaparecido. La joven se entera que está herido, según se lo comunica Merkle, que le ruega discreción. Josefina es despedida del hospital donde trabaja por ser hermana de un pistolero. Ahora ella está sin empleo y se resuelve a salvarlo. En la casa de Merkle está Ray herido, y Josefina va y lo atiende con verdadera dedicación. Llega Merkle, el jefe de la banda, y ordena que Ray sea llevado para su curación fuera de la ciudad, y le prohibe a Josefina que lo acompañe. Merkle le hace a ésta el ofrecimiento de su casa, pero la joven no acepta. Poco después entra a trabajar en un restaurante, y se entera que han asaltado el hospital donde trabajaba y que se busca una enfermera pelirroja, a quien se le sindica como "entregadora". Ella conoce a Jimmie, que es hermano de Pedro Holden. Jimmie le cuenta a su hermano que está enamorado de una muchacha pelirroja. Al día siguiente, Pedro Holden se encuentra con el pesquisante O'Shea. Y le da la dirección del establecimiento donde trabaja Josefina. El pesquisante la detiene. Jimmie, al enterarse, reprocha a su hermano, y éste le promete hacer poner en libertad a la joven. Pedro Holden conoce al doctor Slater, quien le hace la confidencia de que ama a Josefina. Aquél también se da cuenta que está enamorado de la joven cuya defensa va a hacer.

EL FOLLETIN DE MUNDO ARGENTINO

Sendas

CAPITULO X

EL insistente repiqueteo de la campanilla del teléfono despertó a Pedro Holden a la mañana siguiente en su club. Era la madre que lo llamaba desde su residencia de Long Island.

—¡Estoy furiosa contigo! — La voz de la señora de Holden dejaba comprender bien claramente a su hijo el estado de ánimo en que se encontraba, pues su tono autoritario era el de una persona que se encuentra sumamente excitada y nerviosa.

—Mamá querida, explícate. ¿Qué es lo que ha pasado?

—¿No has leído los diarios? ¡Todo es demasiado terrible! Cristina está furiosa.

Al principio, Pedro simuló no comprender nada, pero su ardid no tuvo éxito.

—¿Sabes lo que se dice por ahí? ¡Que tú y Jimmie están interesados en esa mujer horrible!

—Pero, mamá, me extraña; tú misma has de comprender que eso sería absurdo.

Hasta los oídos del hijo llegaron los sollozos de la madre.

—Tienes que abandonar esa causa inmediatamente. No te permitiré que te encargues de ella.

—Pero ya la he tomado a mi cargo, y no puedo volver atrás...

La conversación siguió durante un buen rato; la madre se negaba a creer que su hijo predilecto pudiera negarle nada si ella insistía con lágrimas. ¡Nunca le había rehusado nada!

—Cristina dice que no te volverá a hablar hasta que no hayas abandonado ese asunto.

—No te aflijas; ya transará — le contestó Pedro, riendo.

—¡Esa mujer es una asesina!

—Acuérdate que estás hablando con su defensor — le replicó él, tratando de imprimir gravedad a sus palabras.

—Tienes que tomar las cosas en serio. Solamente porque es bonita, parece que tú y Jimmie han perdido la cabeza. — Y colgó el receptor.

Sorprendido por el furor de su madre, Pedro comenzó a vestirse, pero antes de que se hubiera terminado de afeitar, Jimmie entró como una tromba.

—¡Qué noche! — Y se dejó caer en una silla junto a la ventana, dándose aire con un diario. — Un poco más, y me vuelven loco. Cristina estalló como una bomba y levantó un infierno.

Pedro, que tenía la cara cubierta de jabón, aprovechó eso para no contestar.

—¿Y cuál es tu opinión sobre todo este asunto? — le demandó Jimmie después de esperar pacientemente. — ¡Por el amor de Dios, di algo! ¿Quieres?

En ese instante les fué traído el desayuno; pero Jimmie, sin hacer caso, estaba determinado a oír toda la historia.

—Oye, Pedro: quiero que entiendas que yo no te obligo en lo más mínimo a proseguir en este lío. — Jimmie estaba contrito. — Yo nunca me imaginé que esa muchacha pudiera ser Josefina Mordant. De habérmelo imaginado, jamás me hubiera metido en este lío. Siento pena por la chica, naturalmente, pero ella bien poca simpatía debe esperar de nosotros ahora.

Pedro continuó mudo.

—En el primer momento creí que se trataría de una chica bonita con quien O'Shea estaba cometiendo una injusticia... Pero, ¿a qué molestarse ahora? ¡Dicen que es la amante de Merkle!

El abogado atacó su desayuno, pero continuó en silencio. Por último, y viendo que su hermano iba a levantarse, dijo:

—No puedo decir nada hasta que haya hablado con mi defendida.

—¿Quieres decir que has tomado en serio la cuestión de su defensa?

El abogado asintió.

—Entonces Cristina romperá sus relaciones contigo.

—Lo dudo.

El telefóno sonó nuevamente. Era Cristina.

—Amor mío — decía la voz cálida de Cristina, — deberías estar avergonzado por haberme abandonado en la forma que lo hiciste anoche. Esta mañana, al leer los diarios, me quedé helada.

Jimmie obervaba atentamente, mientras su hermano soportaba el fuego de las palabras de su novia.

—Espero que ahora no insistirás en defenderla—continuó Cristina.

—Mucho me temo que sí, Cristina.



—¡Y yo te digo que es absurdo! ¡Seremos el hazmerreír de toda la ciudad! No comprendo siquiera cómo se te ha ocurrido. ¡Una asesina cursi!...

—Si tú crees eso, ¿para qué hablar tanto? — Pedro estaba comenzando a enojarse. Quería que lo dejaran tranquilo.

—No alcanzo a comprenderte. — Las lágrimas se mezclaban en la voz de Cristina.

—Querida mía, cuando tomo a mi cargo una defensa, no admito intromisiones. Sé buena, y esta noche a las ocho cenaremos en el Country Club.

—Ni pienses que me dejaré ver en el club hoy. — Cristina estaba furiosa. Había estado tan segura de que podría manejar a Pedro a su antojo, que esa fué la razón primordial que la indujo a a aceptar las relaciones con él; pero, por lo visto, las cosas estaban cambiando...

—Como quieras, querida; pero, por favor, sé razonable. — Ese fué justamente el golpe de gracia. ¡Razonable!

—¿Eso es todo lo que tienes que decirme, después que los diarios te han puesto en ridículo?

escabrosas

NOVELA De VERA BROWN

—¡Cristina!...

—Seguramente te has enamorado de ella.

Holden oprimía el receptor furiosamente.

—¡Es inútil tratar de discutir con una mujer! Cuando te sientas dispuesta a hablar como una persona sensata, hablaré contigo; antes, no.

—¡No te veré más!

—Su deseo será cumplido. Un abogado no puede trabajar en tinieblas y hacer ningún bien a su cliente. Conseguiré algún otro que la defienda...



—Me verás esta noche. Ya he soportado bastantes estupideces de mamá y tuyas sobre este asunto. Pórtate bien y te traeré un lindo regalito. — Y Holden cortó bruscamente la comunicación.

Jimmie se encogió de hombros cuando su hermano abandonó el teléfono.

—¿Ves? Ahora comprenderás en qué clase de infierno estuve metido durante toda la noche, y otra vez esta mañana. Las cosas han llegado a tal punto, que ni siquiera Jeanette quiere hablarme.

Pedro, con gesto sombrío, pareció no oír las palabras de su hermano.

—Tengo mucho que hacer hoy, viejo, y creo que sería mejor que tú no vinieras conmigo al departamento. ¿Para qué fomentar más habladurías de las necesarias?

Durante un momento se quedó con la mirada perdida en el vacío. Después habló:

—¿Harías algo por un amigo?

—Naturalmente.

—Averíguame la fecha exacta del regreso de mamá.

—¿Cómo?

—¡Por Dios, hombre! De cualquier manera. La cuestión es estar seguro.

—Muy bien; pero ¿para qué?

—Es allí justamente donde entra el favor al amigo. — Y Pedro abandonó la habitación, dejando a su hermano con la boca entreabierta, como para hacer una nueva pregunta.

Eran cerca de las doce cuando el abogado se encontró nuevamente en el Pabellón de Mujeres, esperando para hablar con Josefina. Estaba tan nervioso, que sintió vergüenza de sí mismo. Durante esa mañana había estado tan ocupado, que poco tiempo tuvo para pensar en su nuevo asunto. Mas ahora estaba listo para comenzar la lucha. Mientras que esperaba a la joven, pensaba si sería tal cual él la recordaba desde la noche anterior.

Josefina entró en la salita de entrevistas, luciendo el vestido de dril azul de las penadas. Y allí, en la claridad brillante del día, todas las líneas de su rostro y las obscuras y profundas ojeras resaltaban con una crueldad dolorosa. La naricita respingada, que tanto admirara Pedro la primera vez que vió a Josefina en el andén de la estación Central, daba a su rostro, pálido como una gardenia, una expresión extraña.

Era fácil comprender que la pobre no había dormido la noche anterior, y que ya esa mañana había sido sometida a un nuevo interrogatorio. ¡Preguntas y más preguntas! Y conociendo lo que él conocía, sabía que esas preguntas debieron ser muy difíciles de contestar. Devorando con la mirada la frágil belleza de esa mujer exquisita, el abogado decidió que cualquiera que fuese el pasado de Josefina, él, por lo menos, iba a luchar por su futuro. Le era imposible imaginarse a una mujer como ella en la cárcel. Sería demasiado terrible.

Josefina levantó la cabeza y sus ojos se encontraron con los del hombre que estaba frente a ella. Fué entonces que Pedro Holden la vió sonreír por primera vez. Era la suya una sonrisa divina, aunque triste. El abogado no podía alejar de sí el pensamiento de Merkle; pero cuando miraba a la joven, el pensamiento se hacía más borroso. La fascinación que Josefina ejercía sobre él era tan fuerte, que, aparte de ella, él no podía pensar en nadie más.

—Ha venido usted — le dijo ella con voz suave.

—Usted sabía que vendría.

—¡Temía tanto que usted no viniera! Esta mañana pensé que solamente había sido un sueño el haberlo visto aquí anoche.

Tomaron asiento el uno frente al otro. La mano que Josefina descansaba sobre la mesa temblaba como una hoja.

—¿Ha comido algo?

—No. Me es imposible comer...

—Eso es justamente lo más importante. Tiene que comer, pues de lo contrario se enfermará. — Y así diciendo, abandonó su asiento, y acercándose a la puerta, dió orden para que del café cercano le trajeran té y sandwiches.

Ocupando nuevamente su asiento, ambos jóvenes se miraron largamente en silencio. Y cuanto más miraba Holden esos ojos grises, más inverosímil se le antojaba la acusación de O'Shea; pero en seguida acudía a su mente el pensamiento de Merkle, para desaparecer dejándolo lleno de amargura.

—Josefina, quiero que usted sea sincera conmigo — comenzó él con voz queda.

Ella sonrió débilmente, y de pronto sus ojos se obscurecieron como si una pesada cortina hubiera caído sobre una ventana llena de luz.

—A solamente dos personas no deberá usted mentirles nunca. Una es su doctor; la otra... su abogado.

Josefina aprovechó los instantes, mientras él hablaba, para tomar su determinación. Holden comenzó a interrogarla sobre su pasado; dónde había nacido, qué estudios había cursado, cuál había sido su vida durante los últimos cinco años. Ella respondía a cada pregunta con una soltura que él estaba lejos de esperar. Después de unos

(Continúa en la página 60)



El hombre de cabellos grises lanzó un grito de agonía, y cayó.

¿Qué hombre no se siente poderosamente atraído por la belleza de una mujer? Pero muchas veces ésta resulta una...

BELLEZA FATAL

UN CUENTO POLICIAL de HAL PINK

... que pone en grave peligro su tranquilidad y a veces hasta su propia vida.



INDISCUTIBLEMENTE, las apariencias engañan. Para quienes no lo conocían, aquel hombrecito de renegrido bigote e indolentes maneras no era más que uno de esos señores que pierden sus horas en la pereza eterna de las salas de juego. Sin embargo, nadie lo había visto jugar. Pero para quienes lo trataban, aquel era el jefe del cuerpo de detectives, Monsieur Monagasque, uno de los más expertos policías secretos diseminados en la Riviera francesa. Hacía ya varios días que no se apartaba de la entrada principal del Casino, más que para descansar y comer.

Monagasque sospechaba la proximidad de algo sensacional. Sabía que había entrado en aquel sitio una mujer de deslumbrante belleza, a la que no perdía de vista. Y sabía también que Adolfo, el joven croupier de una de las mesas, estaba a punto de caer en las redes de aquella mujer que no era de fiar.

Ella llegaba siempre vestida de blanco. Nadie la acompañaba. Prodigaba a su paso el encanto irresistible de su sonrisa y se dirigía directamente a la mesa de Adolfo.

Allí jugaba siempre. Noche tras noche se cruzaban ambos miradas significativas, llenas de amor. Adolfo experimentaba una sensación jamás paladeada. ¡Era una mujer tan hermosa! ¡Había tal hechizo en sus miradas!...

Al fin, una noche ambos se encontraron en el jardín del Casino. ¿La casualidad? No. Fué el deseo de ambos que los unió. El beso fué lleno de juventud. En seguida...

—¡Qué loca soy, Adolfo!

—¡No, Beryl, no fué locura la tuya! ¡Llámale más bien amor!

Ella sonrió, miró al joven, y murmuró:

—¡Adolfo..., soy casada..., debo retornar!... ¡Perdóname..., fué un momento de desvarío!...

—¡Tu marido...! — murmuró él.

—Sí..., mi marido... — prosiguió ella, con la mirada iluminada por la felicidad. — Pero él parte mañana por la noche. A la una me quedaré sola..., a menos que...

—¡No estarás sola!... — terminó Adolfo, estrechando a la joven entre sus brazos.

Poco antes de que las puertas del Casino se cerraran, a la noche siguiente Adolfo salió del local más apresurado que de costumbre. Al cruzar el jardín fué saludado por varios amigos que ya se sospechaban su flirt con la bella.

—¡Adiós, Don Juan!

—¿Cherchez la femme, Adolfo?

—¡Cuídate de las mujeres casadas! — terció el hombrecito de renegrido bigote.

Pero Adolfo siguió su camino, sordo a tales palabras. Trepó en su voiturette. Monagasque, el detective, se quedó mirándolo. Cuando lo vió desaparecer se abotonó el saco, y murmuró:

—Bien; creo que ha llegado el momento de actuar.

Adolfo hundió el pie en el acelerador del coche. Tenía ante sus ojos la visión gloriosa de aquella divina mujer que lo seducía. ¡Pronto habría de verla! ¡Ah, Beryl! ¡Cómo la amaba!

El coche siguió avanzando dos kilómetros más, y una alegre carita blanca se destacó confusa. Chirriaron los frenos. Adolfo bajó, y ya al aproximarse a la puerta de entrada, dos brazos apresaron su cuello:

—¡Adolfo!

—¡Beryl!

Ella lo condujo escaleras arribas hasta su budoir.

—¿Un poco de whisky?

—¿De tus labios?

—¡Tonto!

Mientras ella servía, Adolfo se entretuvo en observar aquella pequeña habitación tan coqueta. El ambiente saturado de delicioso perfume invitaba a la ensoñación.

Gruesas cortinas cubrían una puerta que, sin duda, comunicaba con el dormitorio.

—¡Bebe, querido!...

Chocaron los vasos y bebieron. Pero ella, al hacer un movimiento con los brazos, volteó la botella. Él se inclinó, pero Beryl lo atrajo hacia sí:

—¿Me quieres mucho, Adolfo? ¡Dime cuánto me amas!

Y él, con palabras entrecortadas por la emoción, intentaba en vano decirle la inmensidad de su cariño. Ella inclinó la adorable cabeza sobre su pecho. Prodújose una pausa silenciosa. Luego, clara, perceptiblemente, ¡un clik! Ella se levantó.

—¿Qué hay? — preguntó Adolfo.

—Nada..., nada... Tal vez la puerta que no estaba bien cerrada... Iré a ver...

Más tranquilo, el joven se levantó y buscó fósforos para encender un cigarrillo. Pero al hacerlo, su mirada se posó involuntariamente sobre las cortinas. ¡Se movían! ¡Se movían como si alguien estuviera detrás de ellas! Adolfo no pudo decir nada, pues de improviso las luces se apagaron. Oyóse el ¡clik! peculiar de una cerradura al funcionar y la carcajada de un hombre.

—¡Miserable! ¡Cinco años esperé este momento para matarte! ¡Al fin ha llegado!

Adolfo se quedó paralizado. Comprendía que aquel hombre debía ser el marido de Beryl. ¿Qué hacer en aquellos momentos? Adolfo no atinó más que a caminar dos pasos. Por la respiración ya jadeante del otro, se dió cuenta de que lo perseguía. Presentía su presencia muy cerca de él.

—¡Ah!

Sintió su cuerpo oprimido por dos poderosos brazos. Con un gran esfuerzo consiguió librarse de aquella presión, y simultáneamente las luces se encendieron. Por una fracción de segundo, Adolfo se encontró frente a un espejo dominando la escena. ¡Y pudo entonces ver a Beryl que, delante del cortinado, le apuntaba con una pistola! Luego, el rostro enfurecido de un hombre de cabellos grises y atlético cuerpo. Presintió el ataque, y tuvo tiempo apenas de ver que aquel cuerpo se le venía encima, cuando escuchó el estampido

(Continúa en la página 60)

¡Hola!...

¿Con quién hablo?



4 de junio de 1932.

UNA VOZ. — *Señorita, ¿habla el 42438 de Liberta*

LULÚ. — *Sí, señorita.*

LA VOZ. — *De Bahía Blanca la quieren hablar.*

LULÚ. — *¡Ay! Sí...*

OSCAR. — *¡Querida!*

LULÚ. — *¡Cariño! ¡Qué sorpresa!*

OSCAR. — *Recién llego en el tren de las diez.*

LULÚ. — *¿Y te acordaste de mí, querido?*

OSCAR. — *[illegible]. El tren me ha parecido una cosa [illegible]. Ya no podré viajar sin ti.*

LULÚ. — *No he salido ni al balcón desde que te fuiste.*

LA VOZ. — *Ya va una comunicación, señor.*

OSCAR. — *No importa, no se moleste. ¿Qué piensas hacer esta noche?*

LULÚ. — *Recordarte... Soñarte... ¿Y tú?*

OSCAR. — *Mirar tus fotografías, esas deliciosas fotografías que te sacaste para mí. En dos días arreglaré mis asuntos y me vuelvo a Buenos Aires.*

LULÚ. — *¿Será posible, cariñito?*

OSCAR. — *No es vida estar sin ti.*

LA VOZ. — *Dos comunicaciones, señor.*

OSCAR. — *Deje nomás. ¡Qué tarde la de ayer! Estará en mi recuerdo toda la vida. ¡Qué gran invento el cinematógrafo!...*

LULÚ. — *¡Vieras! Mamá me retó mucho. Dice que no debí ir solamente con las chicas de Solari y tú.*

OSCAR. — *Tiene razón tu mamá; debiste ir conmigo sola.*

LULÚ. — *¡Sinvergüenza!*

OSCAR. — *Te adoro.*

LA VOZ. — *Tres comunicaciones, señor.*

OSCAR. — *Aunque vayan diez, señorita. ¿Qué me mandas, ricura?*

LULÚ. — *Muchos besos; mis brazos que te rodeen el cuello y se queden allí prendidos hasta que vengas.*

OSCAR. — *¡Ay, vida; esto es imposible! Trataré de terminar mis asuntos y tomo el tren esta noche.*

LULÚ. — *¿Serás capaz?*

LA VOZ. — *Cuatro comunicaciones, señor.*

OSCAR. — *Siga contando y no interrumpa, señorita. Tomo el tren a las once de la noche, tesoro. Trata de ir a Constitución, mañana.*

LULÚ. — *¡Cómo te lo agradezco! ¡Cómo te quiero cada vez más! Iré con la Tota Solari.*

OSCAR. — *Di alguna mentira, así almorzamos juntos.*

LA VOZ. — *Cinco comunicaciones.*

OSCAR. — *¿Y qué diablos me importa?*

LA VOZ. — *Es mi obligación, señor.*

LULÚ. — *No te molestes, rico... ¡y hasta mañana! ¡Un abrazo!*

OSCAR. — *¡Dos abrazos!*

. . . .

. de junio de 1933.

LA VOZ. — *¿432 Bahía Blanca?*

OSCAR. — *Sí, señorita.*

LA VOZ. — *De Buenos Aires lo van a hablar.*

OSCAR. — *¿De Buenos Aires?*

LULÚ. — *¿Está mi marido?*

OSCAR. — *Soy yo, Lulú. ¿Qué te pasa?*

LULÚ. — *¡Estoy desesperada, Oscar! ¡Sin carta tuya, no sé qué hacer!*

OSCAR. — *Mi trabajo, querida, mi trabajo. Pero, ¡qué ocurrencia llamar por teléfono!*

LULÚ. — *Perdóname, Oscar, no te molestes. ¡Estaba angustiada! ¿No estás enfermo? ¿Vendrás pronto?*

OSCAR. — *Estoy bien; quédate tranquila. Iré en cuanto me desocupe un poco.*

LA VOZ. — *Una comunicación, señor.*

OSCAR. — *¡Corta, Lulú, que ya va una comunicación, por favor! Prefiero que me escribas. ¡Es una locura esto de llamar por teléfono!*

LULÚ. — *¡Adiós, querido, querido!...*

OSCAR. — *¡Por favor, hijita..., adiós!...*

LA TELEFONISTA INDISCRETA.

Dos motivos distintos de bordado para carpeta

Sobre tela gruesa de hilo color crudo y con sedas de colores está bordada esta carpeta. Para la combinación de los colores, es necesario seguir los indicados en esta página, que ya han sido perfectamente estudiados para facilitar la labor y que resulten bien combinados. Su ejecución es en punto chato el bordado, y como terminación, se harán tres vainillas, combinándolas, dos pequeñas y una más ancha en el centro de las otras dos.



Esta estrella ornamental, como bordado del centro de una carpeta, será de un efecto encantador, sobre todo si su ejecución es prolija. Será trabajada a punto pasado y la decoración interna a barreta, punto lazada y punto cruz alargado. El mismo motivo puede repetirse o combinarlo ligado con cualquier bordado, según el tamaño de la carpeta y el estilo de los muebles que la rodeen.

La sonrisa de la semana

EL PAN NUESTRO DE CADA DIA...

Claro que se trata de un hombre supersensible; de serlo vulgar, el hecho habría suscitado en él un comentario distraído, no una anemia progresiva. Antes, en tiempos ya lejanos, nuestro amigo engullía por las mañanas, con el café, una suculenta y pringosa tostada mientras leía los periódicos antes de irse al trabajo; untaba con tierno y sabroso migajón, a mediodía, la rojiza salsa del pescado a la marinera (especialidad de su consorte) o el moreno aderezo de los sesos a la manteca negra; con el "five o'clock" despachaba dos o tres emparedados — filete de jamón o queso entre dos rebanadas níveas — y por las noches, no perdonaba un tierno bollo para atemperar el picante de una perdiz en escabeche o ensoparlo en la yema amarillenta como un sol entre nubes, de los huevos fritos. Inconscientemente se aplicaba, como puede verse, el régimen dietético preconizado hace poco en frondoso y obscuro estilo por el doctor Escudero, que ha demostrado lo indispensable que es al organismo humano la ingestión moderada de pan.

Pero, ¡ay!, una mañana, precisamente al hincar los incisivos en su tostada cotidiana, tropezó con una noticia policial del periódico, que rezaba así: "EN FORMA ALEVOSA FUE ASESINADO ANOCHE UN PATRÓN PANADERO EN SU DOMICILIO", y luego, en negrita, como subtítulo: "Catorce puñaladas por la espalda."

Aquella primera impresión dolorosa fué acentuándose en los días subsiguientes; porque las noticias policiales registraban a diario el asesinato de algún panadero, fuese patrón o repartidor; ajeno a los rencores y exigencias gremiales, a la "explicación lógica" de tales actos, nuestro amigo no veía en ellos los síntomas de la cordialidad y unión sindical que podrían explicarlos; veía crímenes horrendos y cobardes, atentados indignos a la seguridad humana, porque para él, un panadero antes que panadero es hombre. Ni siquiera la repetición pudo adormecer sus impresiones, porque si el resultado era el mismo, el picante del estilo renovado daba incentivo a la curiosa indignación de nuestro amigo: cuándo, era una bomba puesta en el horno como si fuese un "pastel" de Pandora, cuándo, el asalto a una jardinera de reparto; a veces, un disparo a boca de jarro; otras, una cuchillada en el vientre...

Y la sensibilidad exasperada de nuestro amigo, desviándose, fué a refugiársele en el paladar, impidiéndole probar el pan, al que, indefectiblemente, fuese en forma de sopas o picatostes, encontraba un acre gusto a sangre. Desmejoró mucho, porque sin pan tampoco le interesaban las salsas, las perdices ni los huevos; le producían náuseas los sandwiches, y las milanesas le daban arcadas. Al cabo de seis u ocho meses era una sombra, y los atentados seguían en una progresión alarmante como la de la tabla de Leonardo de Pisa: 0-1-1-2-3-5-7, etc.

Ultimamente, viéndole postrado por la imposibilidad de comer, su familia y algunos amigos le exoramos para que reaccionara.

— Puesto que las cosas siguen igual y su huelga anónima de hambre involuntaria no produce efecto, ¿por qué no trata usted de imponerse los alimentos? — le decíamos.

El movía la cabeza, y musitaba:



— Mientras "eso" sea el pan nuestro de cada día, no podré.

Hasta que, por fin, uno de nosotros creyó haber hallado la solución.

— ¡Salomón le salvara! — dijimos.

Pero el enfermo sonrío con melancolía no desprovista de cierto matiz de esperanza:

— No es un médico — susurró entre dientes — quien está destinado a salvarme, es un juez. — Y añadió: — No se trata del doctor Salomón; el predestinado parece ser el doctor Beruti...

Mis Gioconda

Margarita, su padre y yo

(Continuación de la página 27)

traspasa los límites de la oficina y de los intereses financieros y jurídicos.

Don Paco me miró con intensa curiosidad.

— ¡Nuestra alianza alcanza el campo sentimental!

— ¿El campo sentimental?

— ¡Usted será mi aliado siempre!

— ¡Siempre!...

Era inenarrable la sublimidad de don Paco.

— Don Paco...

— Alcides...

— Es en el campo sentimental en el que ahora comprometo su ayuda.

— Hable usted.

— Don Paco, usted y yo sellamos nuestra alianza en contra de Margarita.

— ¡En contra de Margarita!

— ¡En contra mía, Alcides!

— En contra de nuestra hija, Paco. ¿Lo oyes?

— Sí, Margarita. Sí, doña Eudosia. Sí, don Paco. ¡En contra de Margarita! Usted, don Paco, deberá luchar contra ella a mi lado. Margarita, a pesar de ella, deberá amarme, deberá seguirme..., y usted tiene que obligarla a ello, don Paco... Usted, su padre, mi futuro suegro. ¡Aunque ella no quiera! ¿Y su autoridad paterna? ¿Y su calidad de segundo mío? ¿No es nada eso?

— ¡Alcides... hijo mío!... ¡A mis brazos! ¡A mis brazos!

El hombrecito esmirriado, grasiento y heroico se trepó a una silla y desde allí se arrojó contra mi pecho.

Estaba enternecido y radiante. Era feliz. Tan feliz, que lloraba a moco tendido.

Margarita se reía nerviosamente y nos miraba con su mirada infantil. Doña Eudosia había desaparecido, tal vez emocionada. Vaya uno a saberlo.

En la puerta de la habitación tres criaturas mal vestidas abrían tamaña boca contemplando la escena con ojos absortos y bobalicones.

Al notar su presencia, don Paco se arrancó de mis brazos...

— Hijas mías — dijo — les presento a Alcides..., nuestro Alcides... Mi jefe desde hoy... Hermano de ustedes desde..., desde...

Consultó a Margarita y luego a mí con la mirada.

— ¡Papá, por favor!... — murmuró aquélla roja de bochorno.

— ...Desde...

— Desde cuando usted disponga, don Paco. Aquí manda usted — respondí yo.

Se bajó de la silla muy satisfecho y orondo.

— Ya lo han oído, — dijo — desde cuando yo disponga. Yo mando aquí. Ya veremos la fecha que conviene. Por lo pronto...

Se rascó el cráneo y nos volvió a mirar. No sabía cómo salir de la situación, hasta que encontró un expediente discreto.

— Bueno. Vengan conmigo. Tenemos que hablar.

Las tres criaturas salieron corriendo detrás de don Paco armando un alboroto infernal. Margarita y yo quedamos solos.

— Y, ¿qué tienes que decir ahora? — le pregunté sonriendo.

Bajó la cabeza y se aproximó a mí tímidamente.

— Nada más que una cosa: ¡te amo!

Y se arrojó en mis brazos sollozando puerilmente como un niño mimoso a quien le han dado un juguete que no se atrevía a desear por parecerle inalcanzable.

FIN

En el 7º piso...

(Continuación de la página 43)

y aparatos de cirugía. En otra, frascos conteniendo líquidos y materias blanquecinas. Sebastián se estremeció, al descubrir, en una caja colocada de pie contra la pared, un esquelto humano con toda la macabrosidad de sus huesos amarillentos. Le faltaba la cabeza.

Una gran curiosidad se apoderó de Sebastián al ver que el doctor sacaba de la valija un ramo de azucenas, blancas y alegres, y una corona de azahares. El doctor estaba llorando. Con manos temblorosas coronó la calavera como a una novia. Habló algo entre dientes. Llevó la calavera al rincón donde esperaba el esqueleto y se la colocó encima. Todo lo hacía con gran calma. Luego tomó una de las manos del esqueleto y bajó la cabeza como quien aguarda la bendición sacerdotal.

— ¡He cumplido mi palabra! — murmuró después dirigiéndose al esqueleto.

Le dió un beso a la calavera en el lugar donde debió estar la boca y sin perder tiempo, rápido, apremiante, como si tuviese arrepentirse, fué a otra mesa y de uno de aquellos frascos sospechosos vació un líquido y lo ingirió sin cerrar los ojos. Volvió donde la novia.

— ¡Estoy listo, mi Rosario!

Sebastián, poco a poco, se había ido estirando, estirando... hasta que, por fin, dió su cabeza contra el piso. ¿Estaría desmayado? No había, quizá, tenido fuerzas para sostenerse ante el hueco. ¿Había visto demasiado? María nada supo... Al menos por entonces.

Un rato más tarde oyeron que se abría la puerta del 23. Debía ser medianoche. Sebastián había vuelto del susto y con su mujer se asomó a curiosear. Era el doctor que iba hacia la calle. Pero ahora sin la valija. En cambio llevaba consigo una caja larga y, al parecer, liviana. Con ella se metió en el ascensor. Apretó el botón y se hundió como si fuese camino del infierno. Nada de cosas raras. Todo muy natural. Muy corriente. Tan natural como la visita que, al siguiente día por la mañana, hizo al Nº 23 la vieja que tenía cara de lechuza.

— El doctor no está — le dijo María. — El doctor salió anoche y no ha vuelto aún.

— Ya lo sé... Yo vengo por la ropa sucia.

En efecto. Se llevó la ropa porque ella traía la llave del cuarto. Pero no volvió más. No había para qué, puesto que el inquilino del 23 tampoco volvió más.

FIN

LOS SOBRINOS DEL CAPITAN

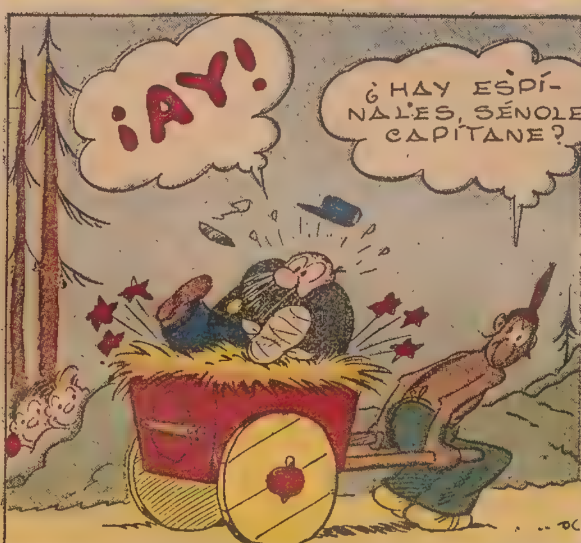
Por KNERR



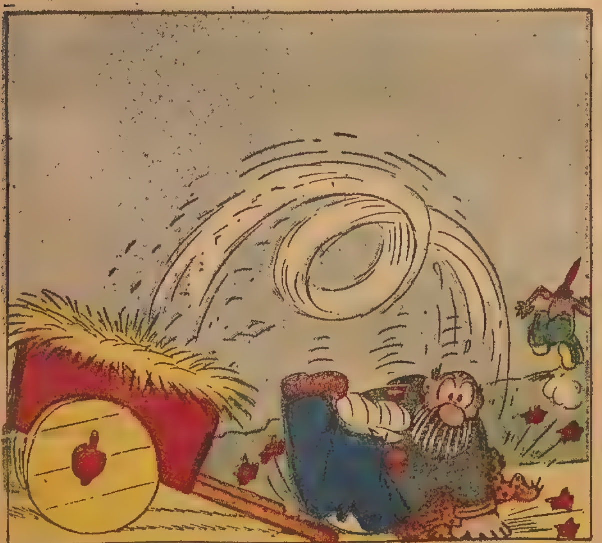






















¿Cuál ES el FORWARD al que



Alterio, de Chacarita Juniors, nos asegura que Seoane es, en su concepto, el mejor forward profesional del momento.

Manuel Seoane, el forward de Independiente, es para Eduardo Alterio el más peligroso.

Manuel Seoane, el impetuoso delantero de Independiente, y sobre quien los años parecen no hacer mella, resulta ser esta semana el forward más temido por varios de nuestros arqueros, por su habilidad y la destreza con que remata sus jugadas.

TRECE años hace que Eduardo Alterio defiende la valla de Chacarita Juniors. Desde 1920 actúa en ese club, y custodia la meta desde que él mismo actuaba en segunda división, pues como se recordará, recién en 1924 ganó el ascenso a primera. Es "Pibona", como cariñosamente le llaman sus amigos y admiradores, uno de los arqueros más veteranos de los cuadros profesionales, y tiene el orgullo de vestir los colores de su club desde tantos años. Dentro de la afición es considerado como uno de los goalkepeers más eficaces y conscientes de su misión.

Pese a que lleva tantos años en Chacarita, Alterio sólo cuenta veintiocho de edad. Destacamos este detalle, por cuanto en muchas oportunidades hemos oído comentarios que asignan al destacado guardavalla más edad. Hombre hábil y diestro para el puesto que desempeña, suele realizar grandes partidos. También le cupo el honor de lucir la casaca de internacional, porque debutó como tal integrando el cuadro combinado que enfrentó al equipo inglés Chelsea F. C. cuando éste nos visitó, en 1928. En el año 1930 también se le confió la custodia de la valla nacional contra el team yugoeslavo que actuó entre nosotros después de haber participado en el Campeonato del Mundo. El mismo año también jugó contra el eleven estadounidense del Hakoah All Star.

Cuando lo entrevistamos, Alterio nos atendió sin ese empaque que suelen usar los jugadores que se creen cracks, pues solícito se prestó al reportaje, contestando a nuestras preguntas.

—¿Cuál es el delantero que más respeto le infunde?

—Sin duda alguna, no obstante reconocer que en la presente temporada son todos dignos de ser considerados muy peligrosos, Bernabé Ferreyra es quien más respeto me infunde.

—¿Por qué razones le infunde ese respeto?

—Por la enorme potencia de su shot y por su habilidad para enfilar los tiros con tan ajustada dirección.

—¿Qué hace cuando está frente a usted ese hombre, en condiciones de poder shotear con éxito?

—Antes que nada, dominar mis nervios. Después, lo humanamente posible para evitar el éxito del formidable shoteador, a cuyo efecto trato de cubrir lo mejor que pueda el posible espacio por el que la pelota podrá transponer la valla.

—¿Cuál es, en su concepto, el forward más hábil para convertir goals engañando a los arqueros?

—Manuel Seoane, el veterano jugador de Independiente, que posee una serie de recursos que no sólo inducen a error al guardavalla, sino también a los hombres de la defensa. Nunca sabe uno por dónde vendrá el tiro remate final.

—¿Cuál es el shot que más le agrada atajar?

—Como atajar, todos. Pero los que menos esfuerzos requieren para mí, que soy de poca estatura, son aquellos que llegan a media altura.

—A su juicio, ¿cuál es actualmente el mejor forward de los teams profesionales?

—Creo que sigue siéndolo Seoane.



Yustrich, el eficaz guardavalla, declara que es a Seoane a quien más teme, por la potencia de su shot y la habilidad que pone en sus remates de cabeza.

Tres buenos arqueros asegu ball un delantero más

Juan E. Yustrich, goalkeeper de Boca Juniors, teme a Seoane, delantero de Independiente.

ENTRE los jugadores que ha consagrado el profesionalismo, se cuenta Juan Elías Yustrich, guardavalla de Boca Juniors. Desconocido por la afición metropolitana, debutó oficialmente en el partido inicial del campeonato del año pasado y demostró poseer condiciones excepcionales para la custodia de la meta.

Yustrich fué contratado por el popular club boquense cuando actuaba en el cuadro del Club Provincial, de Rosario, y bien pronto supo congraciarse con las multitudes futbolísticas. Hábil y diestro, ágil y de gran vista, de mucha colocación, valiente y arriesgado: estas relevantes condiciones fueron las que lo empujaron por la senda del prestigio, y así llegó pronto a consagrarse como uno de los mejores goalkeepers de cuantos militan en las filas de la Liga Profesional, al extremo de ser seleccionado para integrar el primer cuadro de la citada entidad para disputar su primer partido de carácter internacional con los uruguayos. No pudo en esa ocasión defender los colores liguistas en razón que el match debió suspenderse en la fecha que había sido fijada, y luego, cuando se realizó, su cuadro tenía un serio compromiso que cumplir. Por eso no lució, como para ello había sido elegido, la casaca internacional.

Lo hemos entrevistado para hacerle una serie de preguntas relacionadas con su misión en la custodia

temen MAS nuestros ARQUEROS?

Continuamos hoy con nuestra interesante encuesta iniciada hace pocas semanas, en la que tratamos de establecer definitivamente cuál es el forward más peligroso a juicio de cada uno de nuestros arqueros. Herrera, de Gimnasia y Esgrima de La Plata; Juan E. Yustrich, de Boca Juniors; Fernando Bello, de Independiente, y Eduardo Alterio, de Chacarita Juniors, responden hoy a nuestras preguntas. Sólo el primero se inclina por Bernabé Ferreyra. Los tres restantes lo hacen por Manuel Seoane, el peligroso delantero de Independiente.

Bernabé Ferreyra es el hombre al que más teme Atilio Herrera, arquero de Gimnasia y Esgrima de La Plata.

DENTRO de la nueva falange de los guardavallas, es indudable que uno de los que han logrado sugir con caracteres netos ha sido el brillante goalkeeper de Gimnasia y Esgrima de La Plata, Atilio Herrera.

Joven aún, puesto que sólo cuenta veintidós años, tuvo su iniciación en las actividades futbolísticas en 1929, en que actuó como guardavalla del C. A. Bar Sportman, clasificándose ese año campeón de la Asociación de Football, de Berisso. Al año siguiente pasó a ocupar la ciudadela de Gimnasia y Esgrima, haciéndolo en cuarta división, siendo ascendido bien pronto a la tercera, para terminar esa temporada ocupando la valla de la división intermedia. Ya en 1931 tuvo que actuar en primera división, suplantando a Ruiz, que era el guardavalla titular, y a pesar de haber sufrido su team una aplastante derrota, actuó todavía en algunos partidos más, hasta que en la temporada siguiente pasó a turnarse con Ruiz en la custodia de la valla platense. Más tarde acompañó a su club en las jiras a Tucumán, Santa Fe y Córdoba, siendo el primer guardavalla argentino que defendió los colores nacionales desde la implantación del profesionalismo.

Bernabé ... quien sólo uno de nuestros cuatro arqueros reporteados hoy, considera el delantero más peligroso



Atilio Herrera, arquero de Gimnasia y Esgrima de La Plata, ... Bernabé Ferreyra por la potencia que imprime a sus shots.

Interrogado por nosotros sobre una serie de preguntas interesantes, nos ha contestado que el forward que más respeto le infunde es, sin duda alguna, Bernabé Ferreyra. Al inquirir el motivo, agregó que ello se debía a la potencia de su shot. De ahí que cuando debe enfrentarse con este forward, mantiene la vista fija en todas sus intervenciones, para estar alerta y prevenido cada vez que entra en posesión de la pelota.

Sobre el delantero más hábil para convertir goals engañando a los arqueros, nos respondió rápidamente que era Naón. En cuanto al shot que más le agrada atajar, dice que no le interesa la distancia de su ejecución, ni su violencia, pero que los prefiere a media altura. Y al preguntarle cuál era el mejor forward, respondió que Peucelle.

del arco, y nos contestó lo que va a continuación:

—¿Cuál es el forward que más respeto le infunde?

—Entre todos, que los hay muy buenos, Manuel Seoane, el delantero de Independiente, es al que más le temo.

—¿Por qué motivo?

—En primer lugar, porque considero que no hay otro más peligroso y hábil para impulsar la pelota a la red con la cabeza. Un cabezazo de Seoane es algo serio. Impulsa la pelota muy fuerte. Además, su shot es respetable, y, sobre todo, muy hábil para tirar al arco y rematar los avances de su cuadro.

—¿Qué hace cuando tiene frente a usted a ese delantero en condiciones de shotear?

—Trato por todos los medios de quitarle la pelota.

—¿Cuál es, en su concepto, el más hábil para hacer goals engañando a los arqueros?

—Para mí, el hombre más hábil es Alejandro Scopelli. Tiene características especiales.

—¿Cuál es el tiro que más le agrada atajar?

Rápidamente nos contesta, diciéndonos: "Ninguno."

(En verdad que tiene razón, porque no atajando ninguno, jamás correrá riesgo.)

—A su juicio ¿cuál es el mejor delantero de los teams profesionales?

—El mejor forward es, para mí, mi compañero de equipo, Roberto Cherro. Es muy inteligente y le he visto convertir con la cabeza goals estupendos.

ran que no hay en nuestro foot-
peligroso que Seoane

El forward más peligroso es aquel que consigue eludir a la zaga, dice el goalkeeper de Independiente.

CUANDO sólo contaba catorce años, Fernando Bello, el guardavalla de Independiente, que tiene ahora veintidós años de edad, se inició en fútbol defendiendo los colores del Club Argentino, de Pergamino, en el cual actuó hasta que, contratado por el club de Avellaneda, se convirtió al profesionalismo.

Es, pues, éste uno de los muchos "chacareros" que hoy militan en los grandes clubs metropolitanos, como consecuencia del profesionalismo, que trata de concentrar en esta capital, la Meca de nuestro fútbol, a los mejores valores que el deporte produce en todo el vasto territorio de la república.

Bello es un arquero ágil, diestro y con excelentes condiciones para desempeñar con acierto su ingrata tarea de cuidar el marco del once rojo.

También lo hemos interrogado y a nuestras preguntas sus respuestas fueron claras y concisas. Helas a continuación:

—¿Cuál es el forward que más respeto le infunde?

—Aquel que luego de eludir la acción de los backs se aproxima al arco, ya completamente libre de adversarios.

—¿Por qué razones le inspira ese respecto?



Fernando Bello, goalkeeper de los rojos de Avellaneda, considera a Seoane como el delantero más hábil para convertir goals.

(Continúa en la página 65)

Los PRIMEROS



Con los últimos días del otoño la moda invernal ha entrado en su apogeo. Los diversos modelos que presentamos en esta página han sido especialmente seleccionados, a fin de conseguir el máximo de elegancia dentro de una confección sencilla y lógicamente de un costo reducido.

1. — Tapadito para niñas, confeccionado en paño inglés a grandes cuadros, adornado con recortes y cuello de terciopelo cotelé negro.

2. — Vestido para jovencitas, de género de lana liviana; tiene un original chaleco de piel de loutre marrón. Puños de lo mismo.

3. — Vestido tapado para niñas, de lana color rojo obscuro. Está adornado con recortes y cinturón de cuero brillante con gran hebilla de niquel.

4. — Tapado cruzado, de género inglés color marrón. Cuello y solapas muy grandes, adornados con una gruesa sobrecostura.

5. — Este vestido para jovencitas está confeccionado en jersey de lana, en color verde. La chaqueta es recta y está adornada con recortes y botones. Puños, cuello, botones y cinturón negros.

6. — Este tapado es muy sencillo, pero tiene detalles de última moda. El cuello es de piel gris, forma solapa de un solo lado. La manga se ensancha por medio de un detalle de piel colocado a la altura del codo.

7. — Tapado de terciopelo cotelé gris, adornado con recortes. El gran canesú es de piel y forma un bonito detalle en la parte delantera.

8. — Este tapado de paño inglés, para niñas, está adornado con recortes sobre costuras y grandes botones.

9. — Muy bonito también es este tapado, algo más sencillo que el anterior, pero muy práctico. Está confeccionado en paño inglés.

10. — Sencillo tapado para niñas, adornado con recortes. Está confeccionado en terciopelo cotelé, o en jersey grueso.

11. — Muy bonito es este tapadito para niñas, de forma ranglan, adornado con ondas, y una hilera de botones.

12. — Tapado para niñas, cruzado y prendido con un botón. La capa es muy graciosa, está atada a ras del cuello con un moño de la misma tela.

13. — Tapado muy elegante de jersey de lana. De corte recto y muy sencillo. Lleva una capa corta que comienza en el cuello y termina en la cintura, está todo ribeteado de piel.

14. — Vestido de saco tres cuartos. Los recortes están dispuestos en forma original y forman un solo bolsillo. Un gran cuello de zorro rojizo es el complemento de este traje.

15. — Gracioso tapadito para niñas. Es de corte ligeramente entallado, tiene una graciosa capita ribeteada con gruesa costura. Puede ser confeccionado en paño liso o tela inglesa.

16. — Gorrito de piel agneau rasé, adornado con un moño de lo mismo.

17. — Capita y manchón de piel de loutre dispuesta en bandas o formando acanalado, es muy sentadora y práctica y conviene llevarla sobre un vestido claro.

18. — Esta capa es de agneau rasé, tiene un cuello alto de gran moda.

19. — Este moño de piel puede hacer juego con el modelo de gorro núm. 16.

FRIOS INVERNALES



LA CIENCIA DE PREGUNTAR

UN ESTUDIANTE EXTRANJERO EN CORDOBA. — 1º Ese decreto no existe. 2º Los naturalizados no tienen obligación de hacer el servicio militar y es además optativo ir o no a la guerra en caso necesario.

• •

GIMIENTE. — Mejor es no ahondar en esas cosas de la vida literaria, pasada o presente. La existencia de los escritores y poetas, como la de todo el mundo, no está exenta de pequeñas miserias. José Zorrilla se reveló ciertamente poeta leyendo ante la tumba de Larra, que acababa de suicidarse, sus famosos versos. Más tarde renegó de esta actitud y escribió aquella tremenda definición:

"Broté como una planta maldecida
al borde del sepulcro de un malvado."

A nuestro juicio la novela de Larra, "El doncel de don Enrique el Doliente", es mala. Salvo mejor opinión que ande por ahí...

• •

LAUCHA. — En una biblioteca pública cualquiera encontrará ese libro.

• •

MENDOCINA. — La gran torre de Pisa ha permanecido inclinada por espacio de 8 siglos. No se ha derrumbado porque sus constructores notaron que se iba inclinando y hundiendo hacia un lado, y entonces siguieron construyéndola de modo que su peso gravitase en debida dirección.

La torre inclinada de Pisa.

• •

RICA TIPA Y ZULEMA. — Los colores marrón y azul son los preferidos en esta estación, pero para un traje de soirée son más convenientes los colores claros. Aún sigue la moda de la espalda descubierta. Le completaría el traje un gran moño en la cintura, se usa mucho y queda muy elegante.

• •

LILITA ESCOBAR. — La multiplicación de los helechos se consigue así: "A una hoja de estos vegetales se le corta un trozo de unos 8 cms. de longitud; a lo restante se le quitan los lóbulos foliares de un solo lado; se dobla el pedúnculo y se entierra profundamente el extremo. Se cubre con una campana de vidrio. Al cabo de algunos días se verán salir foliolos de los lóbulos que se dejaron."

ESTA de más ponderar la importancia de esta sección que venimos publicando semanalmente. Muchas veces el lector se habrá visto perplejo ante cosas aparentemente simples, pero que de momento no ha podido resolver. Toda consulta que se nos haga sobre los más diversos asuntos, trataremos de satisfacerla lo mejor que podamos. Cuantos se hallen en la duda respecto a cualquier motivo, diríjanse por carta a la dirección de MUNDO ARGENTINO, firmando con su nombre o seudónimo, y responderemos a la brevedad posible en forma sintética y clara.

LA DIRECCION.



LOS LECTORES QUE PREGUNTAN

OJOS AZULES. SAN NICOLAS. F. C. C. A. — Está muy bien la fórmula que usted nos envía, pero si le echa canela quedará mucho más rica. La carne no debe dejarla freír demasiado; conviene echarle dos o tres cucharadas de agua antes de ponerla al fuego. Usted tiene razón; la verdadera empanada criolla se fríe con grasa de vaca.

• •

¿SERA CIERTO? CIUDAD. — Esos sueños no deben preocuparla. Se ve que usted es muy supersticiosa; acuérdese del refrán que dice que "los sueños, sueños son". No consulte ningún libro de esa naturaleza, pues ellos no tienen ninguna explicación científica, y sólo consiguen perjudicarla.

• •

REBENQUE. — El término "carear" quiere decir, en la acepción que usted nos consulta: "Poner a una o varias personas en presencia de otra u otras, con objeto de apurar la verdad de dichos y hechos." Análogamente, y ya un tanto alejado de ese carácter judicial, quiere decir también: "Ponerse resueltamente cara a cara dos o más personas a fin de resolver algún asunto desagradable para cualquiera de ellas."

• •

RAMON MARTI. — No existe ninguna escuela de esa naturaleza en la capital federal y sí una de policía que funciona en la calle José María Moreno 101. Teléfono, 60 Caballito 0364.

• •

EMPEÑOSO. PILAR. F. C. P. — Si usted quiere devanar el capullo completo, no debe dejar salir la mariposa, sino que ella debe morir dentro del capullo. Tendrá una mariposa menos, pero, en cambio, habrá más seda.

TACHITO. CHAVARRIA. — No hay ninguna ley que obligue a un facultativo a atender determinado enfermo. Claro está, que los médicos rentados por el Estado o los gobiernos o municipalidades provinciales, deben cumplir con las obligaciones de su cargo, dentro del límite que se ha fijado para las mismas, con carácter ineludible, si expone razones profesionales. La ética, que es el verdadero norte de los médicos de responsabilidad, impone como propia obligación la atención de todos los enfermos, sin excepciones. 2º El linesman puede — porque esa es su función también — indicarle al referee si la pelota "picó mala", para usar su expresión. En muchos partidos, cuando hay duda, el juez suele recurrir a la opinión — con carácter definitivo — del linesman.

• •

FABULISTA. — Esa sentencia es de Lucrecio y dice así: "Un cuerpo no puede abandonar su naturaleza sin que deje de ser lo que antes era."

• •

ENFERMA. LAVALLOL. — El baño de pie con mostaza da buen resultado, pero no en la forma que usted lo toma. Debe hacerlo con agua tibia y así conseguirá descongestionar mejor su cabeza. 2º Lo más conveniente en este caso es consultar un médico.

• •



Gusano de seda

EL ARTE DE CONTESTAR

M. I. L. TUCUMAN. — Diríjase al Departamento Nacional del Trabajo, calle Azcuénaga 1038 y a la sede del partido socialista, Casa del Pueblo, calle Rivadavia 2150.

• •

FACIL DE ENTENDER. — Ese animal de la fauna pampeana prehistórica es el glyptodon reticulatus, que parecía una enorme tortuga, dos veces mayor que el tamaño de un buey. Sus restos abundan en el suelo de la provincia de Buenos Aires, y sobre todo de Luján.

• •

SIMPATICA IGNORANTE. — Las relaciones geográficas, libros de viaje, de historia y novelas del mismo carácter, colaboran eficazmente en la formación cultural de las personas. Es todo lo que podemos decirle con respecto a su primera pregunta. 2º Sería largo describirle a usted el Olimpo y sus dioses, tantas veces citado en las novelas de su preferencia. Consulte en algún diccionario enciclopédico o, en una biblioteca pública, alguna mitología.

• •



Depósito de bananas

MARIA. — Tiene razón su amiga, aunque la explicación dada por ella no es del todo exacta. Las bananas pueden conservarse en perfecto estado aun después de mucho tiempo de sacadas del árbol, porque al transportarlas las exponen a corrientes de aire frío. Ese es el mejor medio de conservación.

• •

LINA. DE BARADERO. — Hemos respondido ya varias veces a inquisiciones análogas. El terremoto que destruyó la ciudad de Mendoza tuvo lugar el 20 de marzo de 1861. Las víctimas ascendieron más o menos a 10.000 personas. En Buenos Aires se hizo sentir, en el año 1887, un levísimo terremoto.

• •

J. R. 61. RIO TERCERO. — Deje las cosas como están. Lo mejor que puede hacer es echar una lápida de olvido y nada más.

• •

LIBELULA. — Hay ediciones en castellano de esa obra de Lamartine, muy comunes y a bajo precio.

• •

AGRADECIDA. — No podemos darle ninguna fórmula que revele el aprecio que usted tiene por ese álbum porque eso debe partir de usted misma y debe ser la expresión de sus facultades espirituales. Todo lo otro sería ficción.



PORFIADO. — Está usted en un error. Hace miles de años los babilonios y los asirios aprendieron a hacerse comprender por escrito inventando signos que representaban ideas, palabras y letras. Escribían sobre arcilla blanda y luego la ponían a secar en hornos o al sol. Los egipcios escribían al principio sobre piedras, hasta que descubrieron el papiro, planta que crece en el valle del Nilo, y grababan sobre él las letras con un instrumento muy parecido a un lápiz; de ahí pasó a Europa, donde fué substituído por el pergamino. La vitela es otra clase de pergamino, que se hace de la piel de los animales más jóvenes. Los romanos acostumbraban a escribir sobre tablas de madera recubiertas de cera.

● ●

FERROVIARIO DE REMEDIOS DE ESCALADA. — Diríjase a la misma Caja de Empleados y Obreros Ferroviarios.

● ●

DULCERA. — No se le ocurra hacer el dulce de naranjas amargas sin antes raspar las cáscaras y luego exprimirlas, poniéndolas en agua salada hasta que se les quite el sabor amargo. El de limón también en la misma forma.

LECTOR DE "MUNDO ARGENTINO". — En cualquier fábrica de cerveza podrá solicitar que le vendan ese producto. No sabemos a qué líquido se refiere ni cómo piensa usted usarlo, si en vasijas o para pulverizar con él.

● ●

DOS QUE DISCUTEN. — Ustedes están en un error; la bandera actual no lleva el mismo número de franjas que la que creó Belgrano. Aquella constaba solamente de dos, una azul y otra blanca.

● ●

SARITA. — Me parece más conveniente que usted primero arregle su traje y después lo mande teñir. 2º Haga una fiesta de beneficencia; en esa forma recolectará fondos. Durante la fiesta puede realizar la rifa de que usted me habla, pudiendo, en los intervalos, vender bombones y caramelos a beneficio de la misma sociedad.

● ●

ESTHER. CAPITAL. — No se aflija usted por la mancha de grasa que tiene su traje; échele talco o magnesia y déjelo por espacio de unas horas, luego lo cepilla y la mancha habrá desaparecido.

La conquista de la felicidad (Continuación de la página 7)

Cristóbal, — y no creí necesario mencionarlo.

Al día siguiente Tomasa supo que el señor Servel se iba a Chile y, como es natural, la noticia le desagradó, porque nada se había concertado entre él y la señorita García. Después de cenar, como por casualidad, fué a la pieza de esta última:

— ¿Puedo hacer algo por usted, señorita?

Sin levantar los ojos Silvia contestó:

— No, gracias, Tomasa; nada.

— He oído que el señor Servel nos deja.

— Sí; es cierto — dijo Silvia sin variar de actitud.

— Me imagino que usted no se va con él

— ¿Irme con él?... ¿A qué viene esa idea, por Dios?...

— No sé; se me ocurrió; fué tal vez... — Y luego, rápidamente, dijo: — ¿No le pidió que se casara con él?

Por un instante la señorita García parecía divertida y disgustada, pero tomándolo a broma preguntó:

— ¿Y por qué iba a pedirme que me casara con él, Tomasa?

—¿Por qué? Porque él la ama. Todo el mundo puede verlo.

— No, Tomasa. El señor Servel se va a casar con la joven cuya fotografía tiene en su habitación.

— ¿Casarse con ella? ¡Pero si no puede, si ya se ha casado ella!

— ¿Ya se ha casado ella?

— Claro que sí; estaba en los diarios hace un mes; es decir, el compromiso. También sacaron su retrato, y tan pronto lo vi me dije para mí: "Este es el retrato que tiene el señor Servel en su pieza"; y para convencerme fuí hasta la pieza, y resulta que encontré el retrato todo roto; así que debía ser ella. ¿No le parece a usted?

Al día siguiente Cristóbal pasó toda la tarde solo en su pieza; de pronto la puerta se abrió y entró Tomasa con un plumero, y comenzó a usarlo en silencio.

— He oído decir que nos va a dejar pronto — dijo ella, moviendo el plumero.

— Sí, así es...

— Usted tiene suerte; se va a hacer un lindo viaje, y a casarse con la señorita García.

— ¿Quién le dijo eso? — preguntó Cristóbal sorprendido.

— A mí se me ocurre...

— La señorita García ha decidido casarse con otro...

— ¿Ha decidido casarse con otro?...

— Me mostró su fotografía — dice que trabaja en el campo..., en el pueblo de Carhué.

— ¿En Carhué? Entonces no puede casarse con él — dijo rápidamente Tomasa, — porque es su hermano.

— Pero si ella me dijo...

De pronto Tomasa encontró la solución del problema.

— Tal vez ella haya pensado que usted quería casarse con la otra joven, de la que usted tenía un retrato..., y por eso le había dicho que iba a casarse ella también, para que usted estuviera tranquilo.

— ¡De veras! — dijo Cristóbal poniéndose de pie de un salto. Y antes de emprender la subida al tercer piso, le dijo: — ¡Tomasa, es usted un ángel! ¡Me trae la felicidad!



MÚSICA

Un cuento de

ELENA S. MUÑOZ

Había sido siempre su mejor arma aquella...

MENTIRÍA yo si dijera que entiendo algo de música. Con respecto a ella no sé decir más que unas veces me molesta y otras me llena los ojos de lágrimas y de angustias el corazón. No se crea que en estos casos es una música sublime, de arpegios delicados, la que domina mi espíritu; no. Muchas veces he sido profundamente conmovida por una música alegre, de organillo; una de esas músicas que a otros les impulsa a mover los pies y a contorsionarse con transportes de alegría.

Acaso esto se deba a mi espíritu retraído, hosco, enemigo de cuanto significa desenfado. Nunca he participado de la jovial alegría del vulgo, aunque, es verdad, muchas veces me he sentido alegre y satisfecha de la vida. ¡Pero es tan diferente mi alegría a la alegría de los demás!...

Y la música que para otros es motivo de hondas emociones, que les hace soñar con otra vida mejor, que les remonta a regiones infinitamente bellas; la música, digo, no tiene para mí más belleza que su alegría, cuando es alegre, retozona y frívola. Y en estos casos — por increíble que parezca — me emociona y me entristece más intensamente. Es indudable que mi espíritu es diferente a esos otros, selectos, a los que sólo lo bello, lo tierno y lo puro domina y sugestiona.



Una madrugada, inesperadamente, una música sutil, música de maestro glorioso, entrándose por entre las maderas de la ventana, llegó hasta mis oídos y me despertó. Dulcemente sobrecogida por el ritmo de aquella música, me erguí en el lecho y me puse a escuchar. Estuve mucho rato así, preguntándome in mente de dónde vendría y qué la motivaba.

Dije que la música obraba en mi espíritu de un modo completamente opuesto a como obra en el espíritu de los demás. Aquella música, por lo delicada, por lo genial, no debió llegarme al corazón, no debió interesarme, y sin embargo, contra mi voluntad hube de continuar samiincorporada en el lecho, escuchándola, sintiéndome enternecida, pronta a las lágrimas. No sé por qué, aquella música me hablaba de cosas tristes, trágicas, en medio de su belleza. Llegué a pensar que morir arrullado así, debía ser hermoso. En ese momento, ¡de qué buen grado me hubiera dejado morir! Habría pasado de este mundo de la eterna lucha al otro del eterno descanso con aquellos arpegios grabados en los oídos.

Un cuarto de hora, quizá mucho menos, quizá muchísimo más, duró la música. Escuchándola perdí la noción del tiempo. Tan pronto se me antojaba que había durado un instante, como que había durado horas, días, años. Cuando cesó, aún siguió un rato vibrando en mis oídos. Era como un eco largo, purísimo, que iba debilitándose como una vida al borde de la tumba. Al fin se hizo el silencio, y la casa fué llenada por él Entonces volví a acostarme y cerré los ojos para volver a entregarme al sueño. Y me dormí formulándome estas dos preguntas: "¿Quién será el que tocaba?" "¿Por qué tocaba?"

Por la mañana, después de levantarme, le pregunté a mi hermana.

— Dime, Marcela, ¿no oíste tú esta noche una divina música de violín?

— ¡Cómo! Pero, ¿es verdad que alguien tocaba en el violín una de esas melodías que hacen soñar con cosas que no existen, con cosas que no es capaz de crear la inteligencia de los hombres?

— ¡Ah! ¿La oíste?

— Yo creí que estaba soñando. ¿Entonces es verdad que alguien tocaba?

— Sí; yo estuve escuchando. Escuché mucho tiempo, no sé cuánto. Era afuera, en la calle, en una casa vecina. Estuve tentada a levantarme, pero por no romper el encanto sutilísimo de la música no lo hice. ¿Quién podrá ser el que tocaba? Hasta ahora jamás oímos semejante música.

Pensó Marcela un momento, mientras se vestía, y de pronto se le ocurrió:

— Ya me figuro de dónde venía la música. De la casa de enfrente.

— Imposible. ¿No está vacía esa casa?

— Lo estaba hasta ayer por la mañana. Por la tarde he visto unos carros con muebles en la puerta. En esa casa debió ser donde tocaban el violín.

— ¿Qué gente es la que se ha mudado?

— No he podido verlos. Acaso una familia de artistas. De otro modo no se explica que tocasen el violín a una hora tan intempestiva.

No hablamos más. Como siempre, durante las primeras horas de la mañana nos ocupamos de los quehaceres domésticos. Luego, más o menos a las diez, nos consagramos a nuestras tareas de costura, junto a la amplia ventana que da sobre la calle.

Haría apenas unos minutos que nos hallábamos allí, cuando, imperceptiblemente, confundido con los ruidos callejeros, llegó hasta nosotras el ritmo cadencioso de un violín. Suspendimos automáticamente la costura y aguzamos el oído para que se nos entrara por ellos aquella melodía que una mano maravillosa arrancaba a las cuerdas del instrumento.

Aun a riesgo de romper el encanto de la melodía, nos alzamos de puntillas y nos asomamos a la ventana para mirar hacia los balcones de la casa de enfrente. Las maderas estaban abiertas de par en par, pero frente al balcón había una cortina granate corrida. No se veía absolutamente nada del interior, pero se "veía" salir por entre los pliegues de aquella cortina el hechizo musical del violín.

Mientras escuchábamos, pudimos observar que los transeúntes también se sentían atraídos por la "voz" del violín y se detenían a escucharla, elevando la mirada hasta el misterioso balcón.

Duró la música cinco, diez minutos, al cabo de los cuales cesó para no volver a oirse. Pero entonces nos fué dado reparar en algo inexplicable; en el preciso momento de apagarse la última nota vimos a un hombre trasponer el umbral de aquella casa. Salía precipitadamente, como huyendo; como si aquella música tan divina le hiciera un gran daño.

DIVINA

Nos fijamos atentamente en él. Era un hombre como de cuarenta años, de aspecto poco seductor. Nuestra primera impresión fué unánime. Marcela y yo tuvimos el mismo pensamiento: "Ese hombre es malo — pensamos. — Todas las facciones son las de un hombre cínico, impío, despiadado."

Era así, en efecto. Nos dió miedo. De habernos mirado aquel hombre habríamos temblado de pavor y de inquietud. Pero no nos miró. No miró a nadie. Echó a andar a largos pasos nerviosos, calle adelante, como para huir cuanto antes del hechizo o del maleficio de aquella divina música del violín.

Ese mismo día, durante las horas de la tarde, volvimos a oír la misma música. Como por la mañana, nos asomamos a la ventana para escucharla mejor, y para abandonarnos con mayor fruición a su deleite. Y escuchábamos en éxtasis, hasta que de pronto se nos ocurrió dirigir la vista hacia la puerta de calle para ver si, como por la mañana, aquel hombre que tan mal nos había impresionado salía de la casa como huyendo de la música. Pero no lo vimos salir.

Esta vez nos pareció más larga la melodía. Por lo visto, quien la ejecutaba, al terminarla volvía a empezar. Esto pudimos precisarlo por las muchas veces que se repetían los diversos motivos. Cuando cesó la música volvimos a nuestro sitio, junto a la máquina de coser. Su runruneo pesado, tedioso, bien pronto ahogó en nuestros oídos las últimas reminiscencias de la divina música que acabábamos de escuchar.

¡Se nos ocurrió entonces pensar qué se dirían los vecinos contrastando nuestra música prosaica, que era la música del trabajo, con la del violín desconocido!

Durante los días que siguieron aquella música volvió a llenar los ámbitos a horas muy diferentes. Como nosotras, todo el barrio sin duda estaba intrigado por las causas a que obedecía, que seguían siendo un gran misterio. "El hombre malo", como habíamos dado en llamarle, unas veces salía de la casa, hecho un basilisco, antes de que terminase el motivo musical y otras veces terminaba éste sin habérsele visto salir. Llegamos así a familiarizarnos con aquella música, a veces por demás extemporánea, y no volvimos a acordarnos del "hombre malo" ni volvimos a caer en la tentación de conocer al prodigioso artista que la arrancaba a las tensas cuerdas del violín.

Una tarde, estando de visita en casa una antigua amiga de mamá, el violín comenzó de pronto a desgranar sus notas melodiosas. Al oirlas, la amiga de mamá se sorprendió.

—¡Cómo! ¿Y esa música? ¿Dónde están tocando el violín?

—Ahí enfrente. Por cierto que es una mano prodigiosa la que ejecuta esos trozos tan sublimes — dije yo, contestando a sus preguntas llenas de extrañeza.

—Pero, ¿quién? ¿Quién es el que toca?

—¡Ah! Eso sí que no lo sabemos. No lo hemos visto jamás. Acaso sea un hombre. Acaso una mujer. Acaso un niño. No: no sabemos quién es el que toca.

—Yo conozco mucho esa música — dijo la amiga de mamá. — La tengo grabada en los oídos. Para mí que quien toca es una pobre mujer que en su juventud fué una violinista genial y que luego, al casarse, se convirtió en la mujer más desventurada del mundo. Esa mujer que yo digo, se casó con un hombre cínico, impío, despiadado, cuya sola vista impresiona desfavorablemente.

Al oír estas palabras me acordé del "hombre malo" que a veces salía de la casa, huyendo de la música, y que otras veces no daba señales de vida. Y se lo dije a aquella señora, que tuvo una exclamación de sorpresa:

—¡Entonces es ella, la que yo digo, Graciela!... Sí; es una pobre mujer sin espíritu, a quien su marido castiga y escarnece en venganza de una serie de fracasos inexplicables que sufrió la pobre, los cuales trajeron como consecuencia su eclipse total en lo más brillante de su carrera artística, y con ello el anónimo y la miseria. Pero ella, para bien suyo, ha descubierto un medio de defenderse: el violín. Cada vez que lo ve exaltado, dispuesto a agredirla como lo hacía siempre, toma el violín y ejecuta la melodía que había constituído su mayor éxito. Es una música mágica esa, que contiene el impulso del hombre y le hace huír, como avergonzado, o le hace dormirse, tirado sobre el lecho.

—¡Qué raro!

—Raro, raro, no. Ya sabéis que la música tiene la virtud de domesticar hasta a las fieras. No es, pues, extraño que ese hombre, al conjuro de la música, se sienta impotente para ofenderla; que se le ablande el corazón y se rinda mansamente. Graciela, al recurrir a la música, ha tenido una inspiración divina. Gracias a ella la pobre ha conseguido librarse de muchas torturas.

—¿Y por qué no lo abandona, la tonta? — dijo mamá.

—Eso nos lo hemos dicho todos, doña Elvira; pero es más fácil decirlo que hacerlo. En primer lugar, Graciela no tiene la suficiente voluntad como para abandonarle: le teme, se teme a sí misma. En segundo lugar, él posee otro talismán para rendirla, para esclavizarla: sus ojos, esos ojos suyos, fríos, acerados, terribles..., que han hecho seguramente muchas víctimas.

Esta revelación de la amiga de mamá nos llenó de una extraña congoja. Desde entonces, al oír aquella música delicada, sugerente, arrobadora, nos sentimos identificadas con aquella Graciela tan sin ventura, que hallaba en las cuerdas milagrosas de su violín un arma poderosa para defenderse.

Pasó algún tiempo. Un día un revuelo en la calle nos atrajo a la ventana.



Él, con el sigilo de los delincuentes o de los traidores, había burlado el sueño de ella y había consumado su obra.

En la casa de enfrente había ocurrido algo. Los vigilantes que entraban y salían de ella entre el gentío arremolinado a la puerta, así lo certificaban.

¿Qué habría ocurrido? Una terrible sospecha nos paralizó el corazón. ¿Sería que aquel "hombre-fiera", en uno de sus impulsos, habría agredido y lastimado a la pobre Graciela? ¿O sería que ella, cansada de sufrirle, se había hecho justicia?

Pronto supimos la verdad, y ésta no podía ser más dolorosa. La víspera por la noche, mientras ella se hallaba entregada al sueño, él, con el sigilo de los delincuentes o de los traidores, había abierto la caja del violín, y con un placer satánico le había roto todas las cuerdas. De este modo se libraba aquel hombre brutal de aquella fascinante música que le atenazaba los dedos y lo crispaba todo, en un sacudimiento epiléptico. Y fué así cómo, por la mañana, ya no le fué posible a la pobre defenderse del brutal instinto del marido, y había sucumbido entre sus brazos férreos, estrangulada, apretando el violín enmudecido para siempre contra su corazón, que fué apagando sus latidos como el violín había apagado su último arpegio: destrozado por la misma mano criminal.

FIN

Una TRAGEDIA de AMOR a TRAVES de un MANOJO de CARTAS PRIVADAS

(Continuación de la página 10)

miento mío, también te pido vida. Ámame con tu inteligencia, que siempre serás correspondido por la mía; con tu corazón, que amo por sobre todas las cosas; con tu espíritu sereno, que en la hora de fe es la más bella expresión de tu naturaleza, y quiéreme también con tu ser, con todo tu ser joven lleno de vida, que responde maravillosamente al llamado de mi cariño.

Quiéreme, comprende toda la vibrante oración de amor de esta súplica que llegará a ti en la hora de trabajo, pero que será como el oasis donde descanses, dando pequeña tregua a esa aridez refleja en que te hallas.

Cierra un momento los ojos y piensa que estoy cerca tuyo, junto a tu pecho, que toda la seguridad de amor es tuya, que todas las esperanzas mías van hacia ti, que mis ojos se han cerrado para contemplar otros rostros, y mis labios están sellados para toda palabra que de amor no vaya a ti.

¡Quiéreme, anhelante, espérame, recuérdame! A veces me verás un poco lejana, inaccesible casi; otras, seré tan tuya como un lunar de tu pecho. Es tu amor quien me hace así, y por eso debes quererme siempre, siempre.

Aquí estoy llena de recuerdos, recuerdos que me muerden el alma y ponen delicia y añoranza, nostalgia y ternura, placidez y estremecimiento. Recuerdo que se adueña de mí hasta obligarme a detenerme y gustar hasta el martirio el goce de haber existido.

Son las diez de la noche. ¿Cuántas veces me ha llamado tu palabra sin voces y cuántas has pensado en la delicia de estar junto a mí?

Pasarán los días, podrá el dolor herirnos, el mal asaltarnos, podremos alejarnos, sufrir, sentir la ansiedad de la ausencia y de la incomprensión de los otros, pero en tu corazón y en el mío perdurará siempre la alegría inefable de este sentimiento lleno de idealidad, inspirado en el más puro y querido amor.

¡Quiéreme! ¡Quiéreme más, siempre más, mucho más, y siempre, siempre, a pesar de todo, por sobre todo, a pesar de mí misma, de ti, de cualquier duda, porque siempre en el fondo de mi corazón seré tuya, tuya, tuya!

SUSY.

(En el próximo número publicaremos las cartas 8ª y 9ª)

Sendas escabrosas

(Continuación de la página 45)

diez minutos se produjo un largo silencio.

Holden continuaba observándola. ¡Le parecía tan hermosa, tan aturdida y tan indefensa!...

—¡Josefina, usted me está mintiendo!

Los ojos de la joven encontraron la mirada de él. Sostuvo esa mirada sin pestañear, pero no desmintió las palabras del abogado. De pronto se levantó como si repentinamente hubiese tomado una determinación.

—Señor Holden, todo es inútil. Tiene que irse. No hay nada que usted ni nadie puedan hacer para ayudarme.

—¿Qué es lo que quiere usted decir?

—Nada. Solamente que es preciso que usted se vaya y se olvide de todo esto.

—¿A quién está tratando de proteger?

—A nadie.

—¿A Merkle?

—A nadie — repitió Josefina, después de un instante de vacilación.

—No me crea usted un tonto, Josefina. Confiéseme la verdad, y ya verá cómo todo saldrá bien.

La muchacha guardó silencio.

—¿No tiene confianzo en mí?

—¡Oh, sí! — le contestó ella, con los ojos inundados de lágrimas.

Se abrió la puerta y entró un mozo trayendo una bandeja, la cual, a indicación de Holden, colocó cerca del lugar que ocupaba Josefina junto a la mesa. Ella hizo ademán de que la retirara, esforzándose para contener los sollozos.

—Usted me va a hacer caso, y va a comer todo eso — le ordenó Holden, al tiempo que se sentaba a observarla, mientras que ella le obedecía.

Al llevarse la taza a la boca, las manos le temblaban de una manera que daba pena. Holden se enterneció, arrojando de su alma todo el enojo que le había producido la terquedad de la joven. Cuando vió que ella verdaderamente no podía comer más, le retiró la bandeja y se apoderó de sus manos.

—Josefina, míreme.

Ella levantó los ojos hasta los de él.

—Usted me dice que tiene confianza en mí. Sin embargo, no quiere confiarse... ¿Desea usted, realmente, que me vaya y la deje?

Josefina no tuvo coraje para decirlo, limitándose a hacer una inclinación con la cabeza. El abogado tomó su sombrero.

—Su deseo será cumplido. Un abogado no puede trabajar en tinieblas y hacer ningún bien a su cliente. Conseguiré algún otro que la defienda...

No haciendo esfuerzos ya por contener las lágrimas, éstas rodaban libremente por las mejillas de Josefina, cayéndole sobre el vestido.

—Muchas gracias por haber sido tan bueno conmigo — pudo decir ella, tendiéndole una mano.

Él tenía la intención de retirarse. Más tarde no supo cómo sucedió, pero lo cierto es que se volvió repentinamente y la estrechó en sus brazos. Después la besó...

—¡Dios, no puedo abandonarla! Usted sabe que no puedo. Buscaré y hallaré la verdad, aunque ello sea lo último que haga en mi vida. Y de alguna manera la salvaré.

Estupefacta y sin aliento, con las manos colocadas sobre los hombros de él, Josefina lo miró con ojos cargados de incertidumbre.

Se quedaron allí en silencio durante largo rato, ambos sorprendidos por lo que había ocurrido. Después, sin agregar otra palabra, Holden se inclinó, le besó la frente donde le caían los encantadores rizos, y se retiró.

(Continúa en el próximo número)

Rulito y Blas

(Continuación de la página 28)

y por cuya culpa todos sufrieron penitencia.

El pobre Blas estaba desesperado. "¿Qué tendrá en el alma este amigo?", me preguntaba, o, "¿Cómo le cabe tanta maldad en una frente tan pequeña?"

—¡Déjale, hijo mío! — le repuse. — Ya la vida le hará bueno. Él se empeña en ser malo y destructor, pero ya lo verás tú; la vida le hará sufrir, y fatalmente se corregirá.

Reanudamos la fiesta, ya que los fuegos artificiales habían sido destruídos; organizamos juegos y bailes.

Mientras los amiguitos se divertían, Rulito, Blas y yo, nos escapamos al hospital de niños y llevamos un auto cargado de juguetes y otro de golosinas y ropas, para los pequeños enfermos. En cada camita dejamos un recuerdo, una alegría. La hermana de caridad que nos acompañó hasta la puerta del hospital agradeció y bendijo a mis hijos por su acto generoso.

—Ustedes — les dijo — poseen la mejor riqueza de la tierra; buen corazón. Además, han igualado en este día a todos los niños, ricos y pobres, sanos y enfermos. Han sido como la hostia sagrada: ella es igual para todas las almas, para todos los seres; lo mismo la recibe el espíritu del rico que el espíritu del pobre. *La comunión acerca las almas a Dios, y Dios sólo ve almas; no ve ni ricos ni pobres; todos para Él somos iguales.*

FIN

Belleza fatal

(Continuación de la pág. 46)

de un disparo de revólver.

El hombre de cabellos grises lanzó un grito de agonía, y cayó.

Adolfo no tuvo tiempo para pensar, pues cuatro hombrecitos hicieron irrupción en la habitación.

—¡Monagasque! — exclamó Adolfo, ya en el paroxismo de los nervios. — ¿Qué significa esto?

Pero el detective no contestó. Quitó el revólver que Beryl aún tenía en la mano, y se inclinó sobre el cuerpo.

—¡Muerto! — murmuró. Y dirigiéndose a él:

—¡Esto, Adolfo, significa que acaba usted de escapar milagrosamente de las manos de la muerte.

Media hora después Monagasque conversaba en su departamento con el joven, que aún no alcanzaba a explicarse el porqué de tan raro suceso.

—Beryl — comenzó el detective — tenía un "amigo". Lo tiene desde hace ya varios años. Ella odiaba a su marido, con quien se casó siendo muy joven. Riñeron muchas veces, pero él, persona de gran influencia, halló siempre manera de evitar el divorcio. Por lo tanto, para ella la única manera de librarse de él y poder vivir con su "amigo", era hacer que lo matara.

—Pero, ¡lo que ella me amaba! — protestó el joven.

—No tal, no lo amaba. Y la prueba está en que lo eligió como títere para su plan. Lo curioso del caso es que usted tiene una voz muy parecida al "amigo" de ella.

—Y eso, ¿qué tiene que ver?

—Mucho — prosiguió Monagasque. — Beryl sabía que poco después de la una su marido debía retornar al hogar. Con una artimaña se apoderó del revólver de él, y cuando hizo irrupción en el budoir apagó las luces. El marido estaba desarmado. Habría podido estrangularlo a usted, y tal fué lo que intentó. Ella disparó contra usted con la intención de volver luego a apagar las luces y huir, dejándolo a usted como víctima y al marido como victimario. Luego, ¡a unirse con el otro!

Adolfo se llevó la mano a la cabeza.

—¡Mujer infernal! — murmuró.

—Pero el plan fracasó — prosiguió Monagasque, imperturbable. — El tiro que iba destinado a usted, lo recibió el marido. Luego nuestra entrada...

Adolfo no quiso escuchar más. Dió las gracias al detective, y salió. Comprendió que, unida a la tragedia, el recuerdo de su primera desilusión permanecería indeleble en su cerebro.

FIN

Tigre a tigre

(Continuación de la página 11)

Pero iba preocupado. Si el Zancudo decía la verdad, era llegada la hora de definir posiciones: el pago resultaba chico para dos hombres como él y Nicasio Loza. Cierto era que él cuatrereaba, pero su enemigo hacía lo propio, y en más de una ocasión le había ganado

la mano, pues antes de que él llegara en busca de alguna hacienda que eligiera, se encontraba con los cercos rotos y con la hacienda levantada por el otro.

Se estorbaban mutuamente; y Braulio comprendía que el asunto sólo terminaría con la vida de uno de los dos. Y pensando en esto, resolvió que la vida que terminara fuera la de Nicasio. Decidido, se juró "in péctore", buscarlo a Nicasio y donde lo encontrara ofrecerle pelea.

Pasaron algunos días, y un atardecer, en un recodo de un camino, ño Braulio, de a caballo, se dió de manos a boca con ño Nicasio, de a caballo también.

—¡Güenas, Nicasio!...

—¡Güenas, Braulio!...

—Tengo que hablarte...

—Lo mesmo, digo...

—He sabido que andás diciendo que me tenés ganas...

—Es verdá... ¿Y vos?...

—Tamién..., ¿acaso no sos?

—Güeno...

—Que aquí no hay más cuatrero que yo... ¿es verdá?

—Tamién..., ¿acaso no sos?

—Sí...; pero... ¿vos no cuatreriás?...

—En ocasiones...

—Y, entonce, ¿por qué negas y decís que soy yo solo?

—Y... ¿querés que en delante 'e otros me ande ensuciando?...

—¡Es cierto!... Pero, pa defenderse, no hay necesidá de "caluniar" a naides...

—Yo no caluneo..., y si andás queriendo labia, yo no tengo gana..., pa otra cosa, si gustás, echá pie a tierra...

Braulio, como un relámpago, desmontó, y Nicasio no le fué en zaga.

Relumbraron las dagas de dos filos, y al primer encontronazo saltaron chispas de las aceradas hojas.

Las grandes historietas de SOGLOW

LAS AVENTURAS DE UN REY



SE TRAGÓ LA CORONA. ¡QUÉ GARUFA!

Derechos exclusivos de reproducción adquiridos por MUNDO ARGENTINO

Los dos hombres volvieron a arremeterse con ánimos de terminar de una vez, pero ambos, diestros en el manejo de sus armas, no abrían ni un ápice la guardia ni daban pie al enemigo para entrar una de las tantas feroces puñaladas que se ofrecían.

—¡Cha que visteás bien!... —dijo Braulio, parando de revés un corte de hacha.

—Y vos, ¡sos un "máistro"!... —devolvió el cumplido Nicasio, retrocediendo un paso después de parado el golpe.

—¿Sabés en qué estoy pensando? —continuó Braulio, levantando su daga y al tiempo que daba un salto atrás.

—¿En qué?... — replicó Nicasio, haciendo lo propio.

—En que sos un tigre...

—Lo mesmo pensaba yo de vos...

—Y, güeno... entonce... ¡Si se pelean dos tigres no van a quedar más que las colas!...

—Tenés razón...

—¿Y d'áhi?...

—Decí vos...

—Entonce, pienso que es una lástima que nos andemos achurando...

—Mesmo...

—Que vos y yo podemos ser amigos...

—Mesmo...

—¿Querés?...

—Sí...; ¿y vos?

—Tamién.

Envainaron las dagas, se estrecharon las manos, montaron a caballo y juntos siguieron viaje hasta la primera pulpería, donde cimentaron su amistad con dos vasos de caña "de la juerte".

Desde entonces, los robos de hacienda fueron casi diarios en el pago.

FIN

Tenorio de mostrador

(Continuación de la página 20)

— tartamudeó el marido, sintiendo que se le nublaba toda su dicha.

—Sí, pero como me acordé que hoy era día de pago y necesito tu sueldo para pagar algunas cuentas, aquí estoy — le contestó ella con el mayor aplomo, exigiéndole con un ademán que le diera el dinero.

—Todavía no he cobrado...

—¿Y qué esperas? Vea — le dijo al dueño, — hágame el favor de pagarle ahora a mi marido porque necesito el dinero.

El turco, parsimoniosamente, sin abrir la boca, le entregó cinco pesos.

—¿Cómo? ¿Qué me da?

—Cinco pesos. Es todo lo que le debo, porque su marido, señora, me adeuda ochenta y cinco.

Oír esto, armarse la de San Quintín y enterarse ella de todo, fué cosa de pocos segundos. Maldijo al turco, intentando arrancarle la boleta aquella firmada por su esposo, y tomando a éste del brazo, lo llevó a pellizcones hasta el teatro donde trabajaba la rubia para ver de dar con ella y cobrarle el importe del género.

—¿Quién? ¿La Fontán, una rubia oxigenada? — le preguntó el secretario del teatro, apiadado del lamentable aspecto del hombre y receloso de la cara de hiena de la mujer. — ¿Ustedes preguntan por ésta? — agregó, señalando en una fotografía a una de las bataclanas, tan ligera de ropa como sus compañeras.

Serapio, sin poder articular una palabra, asintió con la cabeza, mientras las uñas de Petra se le incrustaba en el brazo.

—Esa artista ya no trabaja más en esta compañía. Ayer rescindió el contrato y esta tarde se fué al Rosario. Hasta el año que viene no volverá.

El marido de Petra soportó estoicamente la furia de su mujer, viviendo a café con leche durante un més. Pero su decepción amorosa lo afectó más que los ochenta y cinco pesos, tanto, que perdió para siempre aquella sonrisita picaresca que prodigaba detrás del mostrador.

FIN

Para las madres

(Continuación de la página 12)

SOBRE LA LECHE

Toda leche al ser hervida pierde gran cantidad de subtancias alimenticias o vitaminas, pero si la leche común se consume sin hervir, constituye un peligro para la salud de las personas. ¿Qué hacer, entonces, para salvar los peligros de la una y aprovechar todos los beneficios de la otra? Por muchos años esto mismo se preguntaron los hombres de ciencia, hasta que, categóricamente, se pudieron contestar: pasteurizar.

Todas las mujeres se han hecho, por lo menos una vez en la vida, esta pregunta:

¿COMO ENCON

CUANDO mi mujer recibe, yo no comparezco en el pequeño salón: me quedo tranquilo en mi estudio sin estudiar. Ellas en el saloncito y yo en mi refugio, y me llega, de cuando en cuando, por una puerta abierta de improviso, el ruido de las conversaciones femeninas, el eco más sonoro de sus charlas.

Pero el otro día, mientras se celebraba la primera reunión de damas después de las vacaciones, en vez del ruido confuso de las conversaciones llegó directamente hasta mí una frase trunca pronunciada con acento polémico por una bellísima voz alta y vibrante.

— Puede ser, pero yo desearía discutir con el profesor.

¡Dios mío! Profesores hay muchos en el mundo; pero en mi casa, al menos por ahora, soy yo solo.

Un coro de exclamaciones admirables y alegres me acogió apenas aparecí en el umbral de la puerta del saloncito.

— ¡Aquí está! ¡Aquí está! ¡Venga, profesor, venga!...

¿Entonces era yo el invocado? ¿Era yo el solicitado?

Pero la bella voz polémica ahora callaba y todas las miradas se dirigían a mí, designándome de modo indudable y creando una lucha tácita entre la confusión y el desafío.

— ¿Quién me llamaba para discutir?

Mi mujer rió.

— Un poco cada una de todas estas señoritas, pero muy especialmente... Ahora los presento: mi marido... La maestra Carlota Donghi...

La voz... era, realmente, la suya. Desaparecido el ardor polémico, reaparecía de improviso en los ojos y en el acento de la maestrita.

— ¡Eso es! ¡Deseaba discutir con usted!

Se interrumpió porque yo saludaba en torno a las viejas y a las nuevas conocidas: la señora de Vanetti, con los cabellos plateados; la señora de Bertola, esposa de un colega mío; la señorita Raveri, hija de un médico ilustre, alta, morena y de una hermosura que denuncia sus treinta años próximos. Todas personas ya conocidas. Las nuevas relaciones son la señorita Luisita Zarra, una pizpireta vivacísima que estudia el violín bajo la dirección de su padre, e Inés Zoppi, recibida de química farmacéutica. Una..., dos..., tres... Cuatro señoras y cuatro señoritas.

— Estamos aquí... — dijo la pizpireta, pero calló de pronto.

— Adelante; veamos...

Las cuatro muchachas se consultaron con la mirada como diciendo: "¿Quién habla?", y luego miraron a mi mujer, que les daba ánimo.

Entretanto, yo las observaba. De la señorita Raveri yo hubiera garantizado que es bella más bien que fea, que borda bien y cocina bien, que lee solamente libros insulsos, que es elegante con sencillez y que ignora los "trucos" de la belleza: en una palabra, la hipotética compañera ideal para un buen hombre que busque lo práctico. Poco más o menos me parecía que también las otras no le irían en zaga: la maestrita Donghi, un poco varonil en el volumen y en la fisonomía, más vivaz que ella en sí; la señorita Zoppi, que debe tener de veintiséis a veintisiete años, posee un tipo de belleza tranquila, serena y fuerte; la señorita Zarra (la pizpireta), muy joven todavía — veinte a veintiún años, — llena de un audaz optimismo basado en la seguridad que la anima de poseer todo aquello que desea.

El examen había terminado.

La señora de Vanetti me explicó la presencia de aquellas señoritas, que hasta entonces no conocían ni siquiera a mi mujer.

— Estas chicas — dijo, — todas amigas entre sí, han leído el último artículo suyo en el que usted aparece discutiendo con varias señoritas sobre la conveniencia de tomar o no marido en tiempos como los actuales. Y piensan que sería interesante para ellas y para muchas como ellas, que usted tratase aún otro asunto: ¿cómo encontrar marido? Y como ellas vinieron a pedirme que yo hiciera de portavoz, las he traído aquí para que hablen con usted. Así, pues, yo he acompañado a la señorita Donghi, a la señorita Zoppi, a la señorita Zarra... A la otra señorita no la acompañé yo. Ya estaba aquí.

— Pero desde el momento que estoy aquí — intervino la señorita Raveri, — me adhiero a la encuesta.

— ¡Oh! ¡Muy bien! ¡También usted! Entonces ¿todas quieren maridos?

— Queremos..., queremos... — dijo la señorita Donghi. — ¡Como si dependiese de nosotras! Usted no debe dirigirse solamente o especialmente a nosotras tres..., a nosotras cuatro: considérenos como representantes e intérpretes de todas las muchachas que ven en el matrimonio la única sistematización natural de la vida de la mujer, y que en nombre de ellas deseamos saber de usted, que se interesa y escribe sobre estas cosas; de usted, que es hombre, que vive entre los hombres y que debe conocerlos, cómo podemos o qué debemos hacer las mujeres para encontrar marido. Muchas de nosotras nos miramos al espejo, y si bien no podemos decir que somos bellas como diosas, tampoco podemos decir que somos feas. No somos tampoco mujeres "grises"... ¿Entonces? ¿Hay un sistema, hay un procedimiento para encontrar ese bendito marido? Díganos usted. Estamos aquí para escucharle.

No me lo esperaba. Realmente, no me lo esperaba. ¿Cómo encuentra marido una mujer? ¡Hum! Usted trata con un hombre..., le agrada..., él gusta de usted... y adelante. Después es necesario más: basta el cura o el pastor, o el rabino. ¿Más simple que esto? ¡Imposible! Cuatro lindas y simpáticas chicas me planteaban la cuestión como un verdadero problema, del cual reclamaban, interesadas, la solución.

Intenté salvar las dificultades citando a "Perpetua", para sostener que no hay una mujer que, por lo menos una vez en la vida, no haya tenido tal ocasión. Pero me acosaron con una descarga de protestas.

— ¿Casarse con el primero que se presente?

— ¿Con un viejo baboso?

— ¿Con un ebrio consuetudinario?

— Permítame, profesor — me dijo entonces la señorita Donghi. — Al decir "un marido", entendemos decir el compañero digno de amor, de ternura, de estima. Entre los hombres que han pasado junto a cualquier muchacha de más de veinte años, el desconocido se fué, ciertamente. ¿Por qué no se quedó? ¿Por qué no ha sentido la tímida emoción que iba a su encuentro?

— Probablemente porque habrá sido demasiado tímida.

Y la señorita Donghi, a quien creía yo convencer con mis palabras, continuó:

— Esta es la cuestión—como decía Hamlet. — ¿Cómo debemos comportarnos las mujeres? ¿Debemos esperar inertes, pasivas, silenciosas, a que alguien se fije en nosotras y aprecie las dotes o cualidades de espíritu, de corazón o de educación que poseemos, o debemos armarnos de todos los recursos, de segundo orden en la feminidad, es decir, diablura, coquetería, artificio, melindrerías, superficialidad?

La pequeña señorita Zarra interrumpe:

— ¡Pero, sin duda alguna, es necesario ser coqueta, espiritual, vivaz y artificial!

— En este caso — dice Clarita Raveri, — yo renuncio al marido, porque no sabría adaptarme a ser como indica la señorita. Y no creo tampoco que ése sea el método mejor.

— ¿Nooo? Entonces, ¿cuál sería?

— Yo pienso que cuando un hombre un hombre digno de este nombre, se decide a elegir su compañera de toda la vida, la madre de sus hijos..., si vienen, no la busca entre las muchachas frívolas, fáciles, livianas, con las cuales juega solamente, sino en aquellas



TRAR MARIDO?

y no han sabido hallar la respuesta que las satisfaga.

familias donde se educan las niñas según la sana tradición de otros tiempos.

— Así debería ser.

La señorita Donghi me mira.

— Pero no es. Parece que usted quiere hacer entender que no es así.

Yo abro los brazos — extremo recurso de quien no sabe qué responder (¿es o no es?), y no me comprometo.

— Según los casos, o, mejor aún, según los hombres.

— Tiene razón — confirma la señora de Vanetti, con la autoridad de sus cabellos blancos. — Teóricamente, todos los hombres prefieren, para esposa, una muchacha educada a la antigua; en la práctica, son o no fieles a esta aspiración y eligen las que son más o menos fáciles. Porque usted sabe muy bien, profesor, que así como hay mujeres fáciles, hay también hombres fáciles. Hay los que se dejan seducir, los que caen en las redes de la primera muchachuela astuta que encuentran. Para ellos no hay otro método que el indicado por la señorita Zarra: coquetería, artificio, liviandad, y, sobre todo, lisonjas de la vanidad. ¡Es increíble cuánto puede la adulación sobre ciertos hombres! Hace un año un joven profesional, a quien estimaba mucho, me había expresado el deseo de formar un hogar. Lo hice entrevistar en mi casa con una guapísima chica, bella, inteligente, deliciosamente a la antigua. Me dijo: "Esta es la mujer que yo necesito." Naturalmente, yo apruebo su gusto, lo ayudo, facilito las ocasiones de nuevos encuentros, y así llegamos pronto al momento de solicitar su mano. De buenas a primeras no lo vi más, y, lo que es peor, tampoco lo vió más la propia señorita. Me informo, y llego a saber que se había casado, en menos de un mes, con una muchacha vacía y aparente. ¿Cómo? ¿Por qué? ¡Un joven serio! Algo lo supe por él, parte lo deduje yo. Y así un día me dijo: "¿Sabe? En el momento de decidirme me pareció fría aquella niña que conocí en su casa." Y su mujer, que un día me llevó a casa de visita — insoportable y odiosa — lo había conquistado no tanto con su rostro de porcelana, sino con lisonjas, con adulonerías, haciéndole creer que era el hombre más inteligente y más bello del mundo. Es un ardid que siempre tiene éxito.

— Con los imbéciles. Sólo con ellos esperamo que tenga éxito — interrumpió la señorita Donghi.

— ¡Es así! — dije yo, para no darles a aquellas señoritas una idea demasiado pobre de mi sexo. — Los imbéciles están excluídos de nuestra discusión. Aquí se habla de hombres serios, de hombres-hombres y de bravas chicas. Escuchemos, entonces, el parecer de estas señoritas sobre el método a seguir, para que aquéllos sepan que éstas existen y que conviene elegir entre éstas, y no entre otras, las compañeras de su vida.

— Pero el parecer lo debe dar usted, querido señor, y no nosotras: hemos venido a aprender y no a enseñar.

Pero yo insisto. Ellas son cuatro: que cada una diga su opinión, y luego yo resumiré, sacaré conclusiones, diré la mía. Entretanto, dirijo la discusión.

En primer lugar: ¿existe un método para encontrar marido? ¿Cuál es? ¿Quedarse en casa a esperarlo?

— ¡Bravo! Irá justamente a buscar en la puerta. ¡Con todas las ocasiones que tiene en la calle!...

— Usted, señorita Zarra: ¿es partidaria de la iniciativa femenina?

— Precisamente, porque yo voy más allá de la señora de Vanetti: los hombres son todos "fáciles", en el sentido de que los creo a todos sensibles a las atenciones, a las adulaciones femeninas. Hacerle creer a un hombre que nos ha gustado, es ya haberlo conquistado la mitad.

Un CUENTO DIALOGADO de SABATINO LOPEZ

— Conquistado, tal vez — dice la señorita Zoppi, — pero ¿cómo? ¿Para hacer de él un marido? No lo creo. No, no. ¡Sería sumamente detestable si el "método" consistiera en adoptar esas armas!

La señorita Zarra se defiende y replica:

— ¡Estas armas! ¡Estas armas! Y la vanidad femenina, ¿qué es? ¿No equivale a la masculina que ustedes se empeñan en despreciar tanto? ¿Acaso los hombres no se conquistan brindándoles nuestra belleza y nuestra elegancia?

— Pero desde que el mundo es mundo, es el hombre quien conquista y la mujer quien se deja conquistar. La iniciativa debe partir siempre del varón: él elige y nosotras aceptamos o negamos. Siempre ha sido y será así.

— ¡Era, era! Los tiempos cambian — rebate con fuerza la pequeña señorita Zarra. — Todo ha cambiado en el mundo: ¿por qué no admitir, pues, que esto también haya cambiado? Recuerden los relatos



de las relaciones entre hombre y mujer desde los tiempos de las caballerías, y compárenlas con las de hoy. Entonces se conquistaba la gloria para depositarla al pie de una dama; entonces la dama estaba colocada, al menos idealmente, sobre un trono, en alto, distante, para dejar intacto, por lo menos, su prestigio. Hoy, cuando la mujer no va a trabajar junto al novio, al hermano o al marido, lo sigue, al menos, o lo imita indiferentemente, en cualquier terreno: tiene como él su círculo, sus sports, sus amigos, y hasta... sus copetines espirituosos. ¿Y cómo quieren ustedes, en un mundo semejante, hablar todavía de dejarse "vencer", de "asperezas" y de "desear una cosa y decir que no"? Gran proverbio aquel que dice: "Ayúdate, que Dios te ayudará." Bueno hasta para las chicas. Entonces es necesario avanzar para no quedarnos rezagadas, para no enmohecernos.

— No exageremos — replica la señorita Donghi — y procuremos entendernos. Las asperezas estarán fuera de lugar cuando haya de por medio una honesta declaración de amor.

— Quieren oír también una declaración...

— Es necesario que la mujer espere a que ella se produzca.

— ¿Sin hacer nada para ayudarla?

— Yo no veo qué es lo que se puede hacer.

— Prepararla, guiarla, sugerirla y... hasta provocarla, si es necesario, con todas las artes que la feminidad posee. Hay un solo límite: la inconveniencia. De ese límite para acá, todo se pone en juego: elegancia, brío, amabilidad, engaño... ¡Seguramente! Si somos austeras, severas, ásperas, duras, desdeñosas, ningún hombre vendrá en nuestra busca.

Interviene la señorita Raveri:

— ¿Ni aun si bajo esa aparente severidad, que puede ser un exceso de amor propio, el hombre se da cuenta de las reales y preciosas cualidades femeninas de educación y de sentimiento que están ocultas?

— ¡Hum! Me parece que no — responde la señorita Zarra a la señorita Raveri.

— Le toca ahora hablar al profesor. Que él nos diga quién tiene razón — dice la Donghi.

No solamente las señoritas, sino también las señoras, incluso mi mujer, parecen esperar la respuesta del oráculo que, ¡ay de mí!, seré yo.

¿Cómo hacer para decir lo que pienso, esto es, que la pequeña señorita Zarra, más por intuición que por experiencia, y aun con algún esfuerzo, ha dicho, ciertamente, la gran verdad: que el reclamo femenino no puede ser hecho sino exclusivamente sobre cosas que tienen relación con el reino del espíritu, aun cuando el matrimonio sea amor y el amor hable a los sentidos? Miro a las cuatro señoritas que tengo frente a mí, una muy joven, las otras jóvenes también, ninguna fea, y me pregunto:

— ¿Detendrían en la calle la mirada de un hombre? La señorita Zarra, desembarazada aun en el aspecto, ciertamente la detendría; tal vez también la señorita Zoppi, con su aire bello y grave de Minerva elegantísima; pero no, seguramente, la señorita Raveri, que se peina como se peinaba su mamá cuando era joven, y menos todavía la señorita Donghi, que tiene en todo el aspecto de la mujer que ya ha renunciado a gustar.

He aquí cómo he hallado la respuesta: "Es necesario gustar." Pero no la formulo en alta voz, y les digo:

— No, todavía no me toca a mí. Conocemos el parecer de la señorita Zarra, que se sintetiza en esta frase: "Ser osada", parecer que es opuesto al de la señorita Raveri, que se resume en esta otra: "esperar en silencio"; conocemos

El buen humor en nuestros teatros

(DE LOS ULTIMOS ESTRENOS)

Apuntes de nuestro dibujante GINZO



CELESTINO (L. Sandrini). — ¡Sepa usted que, en quince años, nunca engañé a mi mujer!...
SERAFINA (C. Valdez). — ¡Pobrecita! ¡Ni siquiera ha tenido ese alivio!...
De "EL SEÑOR DE LAS 17", éxito del teatro Buenos Aires.



LAURA (E. Franco). — ...Y después de los tallarines, te prepararé un pollito a la portuguesa, ya que a ti te gusta tanto ir gratis al teatro...
De "EL CASO DE MECHA ORDOÑEZ", éxito del teatro Cómico.



MARTINA (I. Marga). — ¡Cómo me fastidia el croar de ese sapo!... ¡Lo mataría!...
ESTELA (N. Francy). — No vale la pena; otro le substituiría...
MARTINA. — ¿Es que están agremiados?...
De "LA GUITARRA Y LA JAZZ-BAND", éxito del teatro Odeón.



EL (F. Parravicini). — Las mujeres son como los autos. Una de mal carácter es un "cabriolet"; la interesada es como un colectivo...
ELLA (A. Sportelli). — ¿Y las desinteresadas?...
EL. — Esas... "¡sedan!..."
De "GRAN CACHADA AL BATACLAN", éxito del teatro Monumental.



CACHO (A. Gandía). — Por aquí, señora...
DOMINGUITA (R. Sánchez). — Señorita... ¡por la mala voluntad de los hombres!...
De "LA LOCATIS", éxito del teatro Apolo.



BERTA (L. Vehil). —
Volverán a insultarme en el Concejo,
y Roca de Inglaterra volverá,
pero el peso argentino ya no vuelve,
¡no vuelve a valer más!...
De "GRAN CACHADA AL BATACLAN", éxito del teatro Monumental.

aquél, no perfectamente definido, pero tendenciosamente... "raveriano" de la señorita Donghi, pero no sabemos cómo piensa la señorita Zoppi, que, en su carácter de química formacéutica, ¿no es así?, debería hallar el justo equilibrio entre las dos tendencias opuestas. Es decir, hallar la dosis...

La sabia "minervina" mira gesticulando y habla con pausa: hay en ella una armonía que parece emanar de un equilibrio superior. Será... o, mejor dicho, sería una de esas compañeras preciosas, si íntimamente no fuera tan imperativa, demasiado brava mujer.

— Yo — dice — no estoy convencida de que pueda haber un método — que es cosa estable y fija, — puesto que el problema en cuestión está esencialmente sujeto a las circunstancias. Por mi parte, no sabría adaptarme a la idea de que deba partir de mí una iniciativa. Pero en las palabras de la señorita Zarra una cosa me ha impresionado, es su referencia a los cambios en las condiciones de vida y de sentimiento de la mujer que trabaja. ¿Han cambiado en bien o en mal? ¿Gana o pierde la mujer estando junto al hombre como colega o como colaboradora? Yo he reflexionado sobre esto, pero no he llegado a conclusión alguna. Porque a veces me parece que esta forzada camaradería neutraliza toda atmósfera de sentimientos, y otras veces pienso que el vivir entre los hombres multiplica las posibilidades matrimoniales de una mujer, en cuanto le permite aplicar todos sus recursos sin salir del límite de las debidas reservas.

— Justamente — digo yo.

Pero la señorita Donghi observa:

— Si es así — y tal vez lo sea, — no es entonces cuestión de método, sino de circunstancias: digamos mejor de ocasiones. La mujer que trabaja tiene más frecuentes ocasiones de hacerse notar, de agradar, de ser elegida, que no la mujer de familia que no hace vida de sociedad.

— ¡Muy bien! — confirma casi melancólicamente la señorita Raveri. — En la carrera del matrimonio las rezagadas seremos nosotras, las muchachas caseras.

— Sí, pero pueden corregir las circunstancias. Por ejemplo...

No pudo terminar porque la señorita Donghi la interrumpe y me acosa sin más tolerancia.

— ¡Basta! Ahora debe hablar el profesor. A usted le toca. Pronúnciese.

Ya no puedo buscar más pretextos, y digo:

— A mí me parece que el "método" consiste en esto: saber agradar, proponerse agradar.

Las señoras aprueban; pero las señoritas en su mayoría, no parecen satisfechas ni persuadidas.

— Todas deseamos "agradar" — proclama la señorita Donghi, — pero si los hombres no se acercan a nosotras...

— ¡Acerquémonos nosotras a ellos! — rebate triunfalmente la señorita Zarra.

¿Se vuelve a empezar? ¿Se remiten a lo dicho ya? Yo no me siento ya con ánimo de seguirlas en su discusión, de contrarrestar las opiniones, de limitarlas. Por fortuna, la señorita Raveri tiene la ocurrencia de dirigirse tímidamente a mi mujer:

— Pero usted, que era una señorita de familia; usted, por ejemplo, ¿cómo ha hecho?

Mi mujer me mira y me interroga:

— ¿Te acuerdas tú cómo fué?

— ¡Ah, querida, si no lo sabes tú!...

La respuesta no me la da a mí, sino a las amables chicas que esperan.

— Nos conocimos y yo procuré agradarle.

Ahora me veo en el deber de rectificar:

— Seamos exactos: buscamos ambos de agradarnos.

FIN



CHARLAS FEMENINAS

Por MESEC TUBAT

LA SEGURIDAD

Mujeres inseguras e inciertas van desviando su propia suerte.

No hay ni hombres ni mujeres de buena o de mala estrella; lo que existe, sí, es el ser de poca confianza en sí mismo, y ese es el que malogra su buena estrella.

La seguridad en la propia capacidad es la que da fuerza para allanar un obstáculo, para reducir un dolor; la confianza es como un embrujo que llevamos en nosotras mismas, hace milagros, realiza imposibles.

La mujer de poca fe obtendrá poco de la vida; la de mucha fe obtendrá siempre todo.

MARIDOS ARGENTINOS

Yo dije en una oportunidad que los maridos argentinos todavía tenían sangre mora en las venas. Que aún se consideraban dueños, amos y señores de la esposa y de las hijas; que controlaban sus actos y sus relaciones, que opinaban sobre un traje y que con ese derecho de dueño, de amo y señor censuraban un escote grande o una falda corta.

Esto yo no lo dije en tono de crítica. Me parecía bien, lógico, casi cariñoso, y sobre todo, me parecía entonces que era el esposo padre, una especie de cancerbero del honor de la familia.

Pero ahora me desdigo.

Todo eso fué falso o imaginario. Me he convencido viendo este año a las mujeres tendidas sobre las playas, de que los argentinos están muy lejos de tener en las venas sangre mora. ¡Ya de moros no tienen nada!

Permiten a sus hijas, y lo que es peor, a las madres de sus hijas, pasearse con una falta de decoro y de pudor inconcebible.

¡Yo no sé cuánto habrá que esperar, un año o cinco, o diez, pero la "debacle" se habrá producido completa y totalmente en los hogares argentinos. Los casos "fatales" son cada día más frecuentes, pero un día llegará en que será un mal social, al cual nadie ni nada pondrá dique.

Estamos en la pendiente, en una pendiente vertiginosa; una y otra pierden pie. Todos los días el número aumenta, pero dentro de un año o de diez... ¡ya será muy difícil!

La que tenga una hija perfectamente moral, no encontrará con quién casarla..., el que tenga un hijo caballeresco y correcto, no tendrá nuera, salvo que el hijo transe con el mal social y venda su caballerosidad, si es que el amor le hizo víctima, a quien pronto dará por tierra con todo su caudal de correcciones.

CONFIAR Y VIVIR

Comparada con la eternidad, la vida es un pequeño instante, y por este pequeño instante, ¡cuánto sacrificio y cuánto desvelo! Hay que pensar en lo que más suma y no en lo que menos suma. Hay, pues, que vivir el instante lo mejor posible; llenándole de la mayor ventura posible. Hacer el mínimo de mal, por el máximo de bien. No envenenar el instante, porque el veneno le acorta; y el veneno de la vida es todo aquello que nos retuerce el corazón y nos amarga los labios.

¿Por qué tener miedo a la muerte, si es la puerta abierta a lo mejor de la vida? Ese miedo es también un tóxico de la vida. La muerte, al fin, es la liberación completa, es la ventura de no sufrir ya, es la cesación de todas las terribles angustias Es, tal vez, lo único verdaderamente limpio de la vida. El último traje sucio, reemplazado por el inmaculado traje eterno, blanco y purificado.

¿Por qué ennegrecer la vida con el absurdo miedo al sueño reposado de la muerte?

¿Cuál es el forward...

(Continuación de la página 53)

—Porque, dada su situación, tiene grandes probabilidades para obtener el goal.

—¿Qué hace cuando está frente a usted en condiciones de poder shotear con éxito?

—Trato de cubrir el arco y de concertarlo con algún movimiento, estando siempre listo para abandonar la valla si fuera necesario.

—¿Cuál es, en su concepto, el delantero más hábil para convertir goals engañando a los arqueros?

—A pesar de que no he jugado nunca contra él, considero a Manuel Seoane como el más hábil de todos.

—¿Cuál es el shot que más le agrada atajar?

—El shot a media altura, aunque eso depende de la suerte y de la colocación.

—A su juicio, ¿cuál es actualmente el mejor forward de los teams profesionales?

—Sastre y Molinas, que son dos delanteros sumamente inteligentes, hábiles y muy peligrosos.

FIN

DIÁLOGOS EN LA PELUQUERÍA
LA POLÍTICA AL PELO Y CONTRAPELO.

—Ponga atención, don Mandinga.

—*Lo escucho.*

—Usted conoce el "Golondrina". Es un aviso de la armada, con cañoncitos y todo. Sin embargo, un ex ministro de Irigoyen utilizaba el "Golondrina" para excursionarse los sábados a la tarde, como si fuera un yate. Hasta he oído contar que un día quiso atracar en la costa uruguaya, y el capitán tuvo que advertirle que eso daría motivo a una reclamación diplomática, porque usted sabe que un barco de guerra no puede entrar a un puerto extranjero sin aviso previo. Pero todo esto es al pasar...



—*¿Qué iba a contarme?*

—Que las otras tardes, misteriosamente, el "Golondrina" zarpó para Martín García con tres ministros a bordo. Y parece que uno de los tres era Melo. Hasta ahora no se ha podido saber qué perseguían con esa diligencia. Los mejor informados aseguran que hacía tiempo que el ministro del Interior quería apreciar directamente la capacidad y el "confort" de la isla, por lo que pueda suceder. Y como se van a emprender algunas obras, le pidió al ministro Alvarado que lo acompañara.



●●●

"Yo tengo la costumbre, no sé si buena o mala..."

—*¡Si es suya debe ser buena, don Giácomo!...*

—...la costumbre de hojearme las gacetas de tribunales. ¡Las cosas que se descubren!... He notado, por ejemplo, la sospechosa insistencia con que los nombramientos judiciales recaen en personas que llevan el apellido de uno de los actuales ministros. Justamente el del ministro que pasa por ser uno de los hombres menos generosos del gabinete. Hay entre esos nombramientos algunos que son verdaderas sinecuras, por la importancia de las regulaciones que comportan. En el tribunal ese apellido de que le hablo es una ganzúa maravillosa. Yo no sé qué gracia podrá hacerle al aludido ministro la reciente disposición ordenando que tales nombramientos se publiquen en los diarios a medida que se vayan otorgando. Porque usted sabe que las noticias publicadas en las gacetas judiciales siguen siendo inéditas para la inmensa mayoría del público. ¡Otra cosa son los diarios!..."



●●●

—*¡Habría tanto paño que cortar en los tribunales, don Giácomo!...*

—Usted lo ha dicho. Vez pasada un litigante había emitido un cheque sin fondos por diez mil pesos. Es cosa que la ley no perdona. El juez que entendía en el asunto, ¿qué hizo?... Se rascó la cabeza y subscribió un auto que fué comentadísimo, y que decía poco más o menos así: "Intímese al demandado que reponga los fondos, bajo apercibimiento de que en caso contrario, el juez se hará un deber depositarlos de su peculio." Sensacional. Pero pasaron tres meses, y ni el demandado ni el juez habían descargado su conciencia, quiero decir... su bolsillo, para que los diez mil pesos aparecieran. Todo, tal cual se lo cuento.

●●●

"Dos días antes de contestar el ministro de Hacienda la interpelación de Sánchez Sorondo, le advirtieron al doctor Hueyo que "iban a llover piedras sobre el gobierno".

—*Era de esperarse.*

—Al contrario, don Mandinga. El ministro no quiso creerlo. Recordó que siempre había mantenido excelentes relaciones con el senador interpelante, que no había por qué recoger esas especies, y que, en definitiva, la conducta del gobierno no era observable por quien acababa a su vez de ser gobierno, vale decir, de conocer por propia experiencia las dificultades del actual momento económico.

—*Me imagino la sorpresa, don Giácomo.*

—Sin embargo, parece que el doctor Hueyo añadió: "Somos amigos. No sé si después de la interpelación continuaremos siéndolo."



●●●

"Lo interesante de consignar es "el hambre" con que un alto funcionario del gobierno lo seguía a Sánchez Sorondo en su exposición desde uno de los pasillos que conducen al recinto. Este alto funcionario, que fué en la época del gobierno provisional una verdadera muralla para las ambiciones políticas del senador interpelante, y que en definitiva fué quien precipitó la crisis del gabinete, se encontró con un amigo al terminar la sesión, y empezaron a charlar y a recordar antecedentes, y por ahí se le fué al hombre la mano, diciendo: "¡Lo que hubiera dado esta tarde por ser yo el ministro!...."

●●●

"¿Se acuerda que se dijo del gobierno de Salta que estaba enajenando la provincia?"

—*Me acuerdo, don Giácomo.*



—Bueno. Por un ingeniero amigo que acaba de estar en la Comisión de Industrias de la Cámara de Diputados, sé que esas fantásticas concesiones impugnadas, no pasan de 18 mil hectáreas. Y ¡asómbrese!... En Salta hay más de un millón de hectáreas petrolíferas. Agréguele que ese insignificante negociado, representa para la provincia un ingreso de millón y pico de pesos este primer año, o sea la tercera parte del presupuesto total de la administración salteña, calculándose que antes de cinco años pasará ese ingreso de los cuatro millones de pesos. ¡Vea hasta qué punto la política deforma la verdad de las cosas!...

●●●



"Me hacía notar un viejo porteño de los tiempos de antes — concluye don Giácomo, — que Córdoba ha vuelto a ser la provincia argentina mejor consolidada en el escenario nacional. Se refería a que la vicepresidencia de la república, la presidencia de la Cámara de Diputados, la vicepresidencia del Consejo Nacional de Educación, la Dirección de Vialidad, y qué sé yo que otras, estaban desempeñadas por cordobeses. ¡Como para no creer en la "docta"!...

... é ben trovato

Un cierto ex interventor que debió ser comensal, por razones protocolares, en un reciente banquete político, supo que a última hora se había suprimido su cubierto, por considerarlo algo así como "persona no grata" para algunos de los invitados.

A una respuesta categórica del jefe del Ejecutivo Nacional, se le atribuye la virtud de haber paralizado todas las gestiones, en cuanto a la proyectada intervención a Tucumán.

Del presidente del Consejo de Educación se viene diciendo que se había acostumbrado a moverse con tanta comodidad durante el tiempo que permaneció sin vocales, que ahora inconscientemente suele prescindir de la contribución de éstos en asuntos que reglamentariamente deben ser deliberados y resueltos por el Consejo, al punto de saberse que hay entre los flamantes vocales uno, que ya se ha dolido de esta ligereza, con simpática indulgencia por cierto...

Por
El viejo Mandinga

LO QUE CADA UNO LEE EN LOS DIARIOS



(De "Le Rire", París)

EL GENERAL MITRE, POETA

EL PESCADOR DE PERLAS

Cuando la reina su soberbia frente
Quiere adornar con rayos refulgentes
De precio sin igual,
Le dice al pescador: — Baja a los mares
Y arrebata a sus genios tutelares
Las perlas de sus urnas de cristal.
Y el pescador, con ánimo sereno,
Del mar se precipita al hondo seno,
¡Al sepulcro tal vez!
Y por las frías ondas arrastrado
Arranca su tesoro al mar airado,
De su reina llevándolo a los pies.
Yo soy el pescador, amiga mía.
Tú eres la reina, que si acaso un día
Pidieses a mi ardor
Una joya de adorno a tu hermosura,
Como esclavo, en el mar de mi ternura,
Fuera a buscar la perla del amor.



—¿Puedo hablar con usted a solas unos minutos?
(De "The Humorist", Londres)

SALPICON

FABULA SIN MORALEJA

Iba arrastrándose por un camino una Serpiente cuando, volando de una a otra rama de un árbol frondoso, vió a un Jilguero.

Envidiosa del avispado pajarillo, la Serpiente le dijo:

—¡Dichoso tú que puedes volar! ¡Quién me diera tener tus alas!

Miróla el Jilguero un momento, y le repuso:

— Eres muy grande para mis alas. No te servirían para nada.

Siguió arrastrándose la Serpiente y, más allá, sobre una roca escarpada, vió descansando a un gran Milano. Y no pudo menos que decirle como al Jilguero:

—¡Dichoso tú que tienes tan grandes y hermosas alas! ¡Quién me las diera a mí!

Clavó el Milano sus ojos en la Serpiente, y le respondió:

—¿De qué te servirían mis alas, infeliz, si no sabes volar?

José M. Braña



—Disculpe; sólo quería echar un vistazo. Volveré más tarde.
(De "Collier's, Londres)

La anécdota extranjera

BAILE DE CARIDAD

Hallándose cierta vez el famoso Bernard Shaw en un baile de caridad a beneficio de chicos huérfanos, se le ocurrió sacar a bailar a una dama muy fea. Ésta, toda halagada con la preferencia de que había sido objeto de parte del insigne humorista, díjole:

—¡Cuán contenta estoy de bailar con usted!

— No es para tanto, estimada señora, tenga en cuenta que es un baile de caridad.

EL AGUILA Y EL LEON

Cerca de un manantial tenía su guarida un león, y en él iba a beber también un águila. Un día, dos héroes, dos reyes, llegaron a aquel manantial; se reconocieron, se batieron y allí cayeron heridos. El águila, cuando estaban agonizando, se cernió sobre ellos y les dijo: "Vosotros que encontráis el mundo pequeño para vuestra ambición, sois ahora una sombra. ¡Insensatos! ¿Por qué os habéis batido en sangriento duelo? Yo soy el águila, vivo apaciblemente en esta sociedad, con mi compañero el león. Los dos somos reyes de estos mismos territorios; él impera en las selvas, en las montañas y en las llanuras, y yo en el espacio. V. HUGO.

Untisal

al pecho remedio hecho

Para dominar las bruscas y violentas sacudidas de la tos sin tomar narcóticos, basta darse una buena friega de UNTISAL al pecho.

La tos se calma, la respiración es más fácil, la sangre se renueva y se oxigena y se evita la congestión respiratoria.



Untisal

Con friegas de UNTISAL, se ablanda su catarro y se calma su tos..., y para que el efecto sea más rápido y completo, lleve durante las horas del día, una franela empapada con UNTISAL y aplicada al pecho.

UNTISAL es el mejor protector de Bronquios y pulmones.

$ 1.80 EL FRASCO

El balsámico olor del UNTISAL, es agradable.

Impreso en los talleres gráficos de la Empresa Editorial Haynes Lda., S. A.